Antonio Gramsci

CONTRA EL PESIMISMO. PREVISION Y PERSPECTIVA



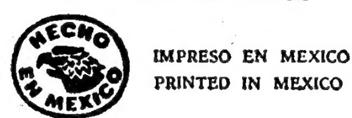
México, D. F., 1973

Antonio Gramsci

CONTRA EL PESIMISMO. PREVISION Y PERSPECTIVA

Versión al español de José Sandoval,
de la edición italiana de la revista
L'Ordine Nuovo, Roma, 1925.

Primera edición



IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

INDICE

NOTA EDITORIAL

La lectura de este libro sugiere la figura del Gramsci teórico. Mas este calificativo induce también a una reflexión. "¿Qué clase de «teórico»; qué clase de «teoría»? ¿El manejo de términos y conceptos dados ya por los maestros del marxismo?; ¿la expansión, divulgación, aplicación o el enriquecimiento de estos términos y conceptos? Gran mérito sería ello, sin duda. Sin embargo, el Gramsci teórico es el dirigente revolucionario creador, que partiendo del análisis real de una situación, sin dejarse dominar o influir por fórmulas ya hechas o válidas para otra situación y, principalmente, para otros países, llega a una conclusión que sintetiza esa realidad en sus rasgos esenciales y esclarece el contenido sacando a la superficie los elementos fundamentales que lo caracterizan. Leyendo al Gramsci teórico podemos observar que, dejando por completo a un lado toda ampulosidad conceptual, lo que él nos presenta son las leyes que están rigiendo el fenómeno concreto que aborda. Así es como podemos recrearnos en la lectura de este libro con hermosos conceptos sobre la previsión política, íntimamente ligados al papel del elemento subjetivo de la historia: la voluntad humana.

Independientemente del Gramsci teórico que recorre este libro de la primera a la última página, dos ángulos plenamente personales y de una valía humana fuera de lo común brillan y sobresalen en este volumen: el primero es la independencia de cri-

terio, la soltura y seguridad con que se movía en los medios todavía no consolidados de la Internacional Comunista tras los primeros años y aun meses de su constitución, y el segundo es la forma plenamente política con que daba consistencia y contenido a uno de los grandes atributos del hombre: el amor humano. Ejemplo no raro, por fortuna, entre los grandes luchadores del movimiento revolucionario, pero que en Gramsci adquiere unos tonos verdaderamente conmovedores y, sobre todo, ejemplares. Digna respuesta a quienes, en su mezquindad, niegan la posibilidad de confluencia, de identificación e interpenetración, hasta constituir un todo único, de los más caros sentimientos del amor humano y el cumplimiento de las responsabilidades que la conciencia del revolucionario imponen al amante. Las cartas de Gramsci a su esposa constituyen no un manual, sino todo un tratado de moral revolucionaria, no desde el ángulo de la pura teoría, sino de la vida real, dura, a veces trágica y siempre dolorosa que el deber impostergable impone a quien la defensa del pueblo trabajador se convierte en la norma de su vida.

EDICIONES ROCA

I. CONTRA EL PESIMISMO*

No hay mejor modo de conmemorar el quinto aniversario de la Internacional Comunista, la gran organización mundial de la que nosotros, revolucionarios italianos, más que nunca nos sentimos parte activa e integrante, que proceder a un examen de conciencia y a un examen de lo poquísimo que hemos hecho y del inmenso trabajo que aún debemos desarrollar, contribuyendo de esta forma a clarificar nuestra situación, contribuyendo, especialmente, a desvanecer esta oscura y pesada nube de pesimismo que oprime a los militantes más calificados y responsables y que representa un gran peligro, tal vez el mayor de la hora actual, por sus secuelas de pasividad política, de pereza intelectual y de escepticismo sobre el porvenir.

Este pesimismo se halla estrechamente ligado a la situación general de nuestro país; la situación lo explica, naturalmente, pero no lo justifica. ¿Qué diferencia cabría entre nosotros y el Partido Socialista, entre nuestra voluntad y la tradición del Partido Socialista, si tampoco fuésemos capaces de trabajar y de ser activamente optimistas sino en las épocas de las vacas gordas, cuando la situación es propicia, cuando las masas trabajadoras se mueven de manera espontánea por un impulso irresistible y los partidos proletarios pueden situarse en la brillante

* Artículo aparecido en *L'Ordine Nuovo* del 15 de marzo de 1924. Representó un punto de referencia básico para la preparación de la Conferencia del Partido de mayo de 1924.

posición de la mosca que aguijonea al caballo? ¿Qué diferencia habría entre nosotros y el Partido Socialista si, no obstante partir de otras consideraciones y otros puntos de vista, no obstante tener un mayor sentido de la responsabilidad y de haberlo demostrado con nuestra preocupación activa por la preparación de fuerzas organizativas y materiales aptas para hacer frente a cualquier contingencia, nos abandonásemos también al fatalismo, nos meciésemos en la dulce ilusión de que los acontecimientos sólo pueden producirse de acuerdo con una determinada línea de desarrollo —la prevista por nosotros—, en la que encontrarán indefectiblemente el sistema de diques y canales que ya hemos dispuesto, encauzándose y adquiriendo en él forma y potencia históricas? Es este el nudo del problema, que se presenta abstrusamente embrollado, porque la pasividad aparece exteriormente como diligente quehacer, porque aparenta ser una línea de desarrollo, un filón en cuyas vetas sudan, afanándose en excavarlas meritoriamente.

La Internacional Comunista fue fundada el 5 de marzo de 1919, pero su formación ideológica y orgánica sólo se verificó en el Segundo Congreso, en julio-agosto de 1920, con la aprobación de los Estatutos y de las 21 condiciones. A partir del Segundo Congreso comienza en Italia la campaña por el saneamiento del Partido Socialista; comienza a escala nacional, puesto que ya había sido iniciada en el mes de marzo precedente por la sección de Turín con la moción destinada a presentarse en la inminente Conferencia Nacional del Partido, que debería celebrarse precisamente en Turín, pero que no había obtenido repercusiones sensibles (en la Conferencia de la fracción abstencionista celebrada en Florencia en julio de 1920, antes del Segundo Congreso, fue rechazada la proposición presentada por

un representante de *L'Ordine Nuovo* en el sentido de ampliar la base de la fracción, haciendo que se transformase en fracción comunista antes de pronunciarse sobre el abstencionismo, que prácticamente había perdido en gran parte su razón de ser). El Congreso de Livorno, así como la escisión sobrevenida en él, estuvieron relacionados con el Segundo Congreso, con sus 21 condiciones, y fueron presentados como el resultado necesario de las deliberaciones "formales" del Segundo Congreso. Fue esto un error, y hoy podemos valorarlo en toda su extensión por las consecuencias que ha tenido. En realidad, las deliberaciones del Segundo Congreso eran la interpretación viva tanto de la situación italiana como de toda la situación mundial, pero nosotros, por una serie de razones, no arrancamos en nuestra acción de lo que sucedía en Italia, de los hechos italianos que daban la razón al Segundo Congreso, que eran una parte y de las más importantes de la sustancia política que animaba las decisiones y las medidas organizativas adoptadas por el Segundo Congreso: bien al contrario, nos limitamos a machacar sobre las cuestiones formales, de pura lógica, de pura coherencia, y fuimos derrotados porque la mayoría del proletariado organizado políticamente, que nos consideraba equivocados, no vino con nosotros, pese a que teníamos de nuestra parte la autoridad y el prestigio de la Internacional, que eran muy grandes y en las cuales nos habíamos confiado. No supimos llevar una campaña sistemática, de naturaleza tal que alcanzase a todos los núcleos y elementos constitutivos del Partido Socialista y los forzase a la reflexión; no supimos traducir a un lenguaje comprensible para cada obrero y campesino el significado de ninguno de los acontecimientos italianos de los años 1919-1920; no supimos plantear, después de Livorno, el problema

de por qué el Congreso había adoptado aquella decisión; no supimos plantear el problema prácticamente, en forma que se le encontrase solución, de forma que prosiguiésemos nuestra misión específica, que era la de conquistar a la mayoría del proletariado. Fuimos, preciso es decirlo, arrastrados por los acontecimientos; fuimos, sin proponérnoslo, un aspecto de la disolución general de la sociedad italiana, que se había convertido en un crisol incandescente donde todas las tradiciones, todas las formaciones históricas, todas las ideas preponderantes se fundían una y otra vez sin dejar rastros, nos quedaba un consuelo al que nos aferrábamos tenazmente: el de que nadie se salvaba, el de que podíamos afirmar que habíamos previsto matemáticamente el cataclismo, cuando los demás se acunaban en la más beata y estúpida de las ilusiones. Habíamos entrado, tras la escisión de Livorno, en un estado de necesidad. Sólo esta justificación podíamos dar a nuestra conducta y a nuestra actividad posteriores a la escisión de Livorno: necesidad que se planteaba crudamente, de la forma más exasperada, como dilema de vida o muerte. Debíamos organizarnos como partido en el fuego de la guerra civil, cimentando nuestras secciones con sangre de los militantes más abnegados; debíamos transformar nuestros grupos, en el mismo acto de su constitución, de su encuadramiento, en destacamentos de la guerrilla, de la más atroz y difícil guerrilla en que jamás la clase obrera hubiese tenido que combatir. Se consiguió, pese a todo; el Partido fue constituido, y constituido fuertemente: es una legión de acero, demasiado reducida, es cierto, para entrar en lucha contra las fuerzas adversarias, pero suficiente para convertirte en la armadura de una más vasta formación, de un ejército que, para servirse del lenguaje histórico italiano, pueda hacer que la batalla de Piave suceda a la derrota de Caporetto.

Tal es el problema actual que se presenta de manera inexorable: constituir un gran ejército para las próximas batallas, constituirlo encuadrándolo en las fuerzas que de Livorno a hoy han demostrado que saben resistir, sin vacilaciones y sin retrocesos, el ataque desencadenado violentamente por el fascismo. El desarrollo de la Internacional Comunista después del Segundo Congreso nos ofrece el terreno adecuado para ello, interpreta una vez más —con las deliberaciones del Tercer y Cuarto congresos, deliberaciones integradas en las del Ejecutivo ampliado de febrero y junio de 1922 y de junio de 1923— la situación y las necesidades de la situación italiana. La verdad es que nosotros, como Partido, ya habíamos dado algunos pasos adelante en esta dirección: sólo nos resta dejar constancia de ello y proseguir intrépidamente. ¿Qué significado tienen, en realidad, los acontecimientos que se han desarrollado en el seno del Partido Socialista, con la escisión de los reformistas en la primera fase, la exclusión del grupo de redactores de *Páginas Rojas* en la segunda fase y la tentativa de exclusión de toda la fracción "tercinternacionalista" en la tercera y última fase? Tienen este preciso significado: que mientras nuestro Partido se veía forzado, como sección italiana, a limitar su actividad a la lucha física de defensa contra el fascismo y a la conservación de su estructura primordial, como Partido internacional, laboraba, continuaba laborando en el sentido de abrir nuevas vías hacia el futuro, de ensanchar su ámbito de influencia política, de sacar de la neutralidad a una parte de la masa que al principio se mantenía a la espera, indiferente o titubeante. Por algún tiempo, la acción de la Internacional fue la única que permitió a nuestro Partido establecer un contacto eficaz con las amplias ma-

sas, la única que mantuvo un fermento de discusión y un principio de movimiento en sectores importantes de la clase obrera, a los que en la situación creada nos habría sido imposible llegar de otro modo. Igualmente, fue un gran éxito haber arrancado aquella mena de la ganga del Partido Socialista; el haber logrado, cuando la situación parecía peor, que de la amorfa gelatina socialista se constituyesen núcleos que, a despecho de todo, afirmaban su fe en la revolución mundial; grupos que en los hechos, si no en las palabras, que parece como si quemasen más que los hechos, reconocían haberse equivocado en 1920-21-22. Fue ésta una derrota del fascismo y de la reacción; fue, si queremos ser sinceros, el único descalabro físico e ideológico del fascismo y de la reacción en estos tres años de historia italiana.

Es menester reaccionar enérgicamente contra el pesimismo de algunos grupos de nuestro Partido, incluso de los más responsables y cualificados. El pesimismo representa el peligro más grave en estos momentos, en la nueva situación que se está creando en nuestro país y que se verá sancionada y clarificada en la primera legislatura fascista. Se aproximan grandes luchas, acaso más sangrientas y arduas que las de años pasados; se hace necesaria, por eso, la máxima energía por parte de nuestros dirigentes, la máxima organización y centralización de las masas del Partido, un gran espíritu de iniciativa y una enorme agilidad de decisión. El pesimismo adopta preferentemente la siguiente postura: retrocederemos a una situación ante-Livorno, tendremos que reemprender el mismo trabajo que habíamos hecho antes de Livorno y que considerábamos cumplido. Hay que demostrar a todos los compañeros que esta posición es política y teóricamente errónea. Cierto que aún será preciso luchar denodadamente;

cierto también que la estructuración del núcleo fundamental de nuestro Partido se constituyó en Livorno y todavía no está terminada ni lo estará durante mucho tiempo (esta tarea seguirá viva y actual aun después de la revolución victoriosa). Pero no volveremos a encontrarnos en una situación pre-Livorno, porque ni la situación mundial ni la italiana son en 1924 las de 1920, porque nosotros mismos no somos ya los de 1920 y no queremos volver a serlo jamás. Porque la clase obrera italiana ha cambiado mucho y no volverá a ser la cosa más simple de este mundo llevarla de nuevo a ocupar las fábricas con tubos de estufa en vez de cañones, tras haberle atronado los oídos y removido la sangre con la torpe demagogia de las fieras maximalistas. Porque existe nuestro Partido que, pese a todo, es algo, que ha demostrado ser algo y en el cual tenemos una confianza ilimitada, como la tenemos en la parte mejor, más sana y más honesta del proletariado italiano.

II. PREVISION Y PERSPECTIVA

Es cierto que prever significa únicamente ver claro el presente y el pasado en tanto que movimiento. Ver claro: esto es, identificar con exactitud los elementos fundamentales y permanentes del proceso. Pero es absurdo pensar en una previsión puramente "objetiva".[1] Quien hace la previsión tiene, en realidad, un "programa" que quiere hacer triunfar, y la previsión es precisamente un elemento de ese triunfo. Ello no significa que la previsión deba ser siempre arbitraria y gratuita o simplemente tendenciosa. Puede decirse, antes bien, que sólo en la medida en que el momento objetivo de la previsión se halla vinculado a un programa adquiere objetividad: 1) porque sólo la pasión aguza el intelecto y coopera a hacer más clara la intuición; 2) porque siendo la realidad el resultado de una aplicación de la voluntad humana a la sociedad de las cosas (del maquinista a la máquina), prescindir de cualquier elemento voluntarista o considerar únicamente la intervención de la voluntad ajena como elemento objetivo del juego general es mutilar la realidad misma. Sólo aquel que quiere con fuerza identifica los elementos necesarios para la realización de su voluntad.

Por eso es un error de grosera fatuidad y superficialidad imaginarse que una determinada concep-

[1] Es decir, en una previsión basada únicamente en el movimiento de las fuerzas económicas, prescindiendo de la acción "subjetiva" de los hombres y del Partido.

ción del mundo y de la vida contenga en sí misma una superior capacidad de previsión. Es cierto que en toda previsión se halla implícita una concepción del mundo y por ello no deja de tener importancia que ésta sea una reunión inconexa de actos arbitrarios del pensamiento o una visión rigurosa y coherente, pero adquiere precisamente su importancia en el cerebro viviente de quien hace la previsión y la da viva con su fuerte voluntad. Esto se advierte en las previsiones hechas por los llamados "desapasionados": son previsiones pródigas en futilidades, en minucias sutiles, en elegancias conjeturales. Sólo la posesión por el "previsor" de un programa a realizar hace que se atenga a lo esencial, a aquellos elementos que siendo "organizables", susceptibles de ser dirigidos o desviados, son en realidad los únicos previsibles. Esto va contra la forma usual de considerar el problema. Generalmente se piensa que cualquier acto de previsión presupone la determinación de leyes de regularidad del tipo de las de las ciencias naturales.[2] Mas, como quiera que estas leyes no existen en el sentido absoluto o mecánico que se supone, no se tiene en cuenta la voluntad ajena y no se "prevé" su aplicación. Por lo tanto, se construye sobre una hipótesis arbitraria y no sobre la realidad...

Análisis de las situaciones. Correlación de fuerzas

El estudio de cómo hemos de analizar las "situaciones", es decir, de cómo hay que establecer los diversos grados de la correlación de fuerzas, puede

[2] Gramsci se refiere a ciertas posiciones del marxismo vulgar, según las cuales el derrumbamiento del capitalismo sobrevendría inevitablemente por el desarrollo de sus contradicciones puramente económicas, sin la intervención activa del Partido y de las masas.

prestarse a una exposición elemental de la ciencia y del arte de la política, entendidos como un conjunto de reglas prácticas de indagación y de observaciones particulares, útiles para avivar el interés por la realidad efectiva y despertar intuiciones políticas más rigurosas y vigorosas. Conjunto llamado a presentar la exposición de lo que hemos de entender en política por estrategia y táctica, por "plan" estratégico, por propaganda y agitación, por ciencia de la organización y de la administración en política.

Los elementos de observación empírica que de ordinario se hallan expuestos sin orden ni concierto en los tratados de ciencia política (se puede tomar como ejemplo la obra de G. Mosca, *Elementi di scienza politica*), deberían integrarse en la medida en que no sean cuestiones abstractas o castillos en el aire en los diversos grados de la correlación de fuerzas, comenzando por la correlación de las fuerzas internacionales (donde tendrían acomodo las notas escritas sobre lo que es una gran potencia, sobre las agrupaciones de Estados en sistemas hegemónicos y por consiguiente sobre el concepto de independencia y soberanía en lo que concierne a las pequeñas y medias potencias) para pasar luego a las relaciones sociales objetivas, esto es, al grado de desarrollo de las fuerzas productivas, a las relaciones de las fuerzas políticas y de partido (sistemas hegemónicos en el interior del Estado) y a las relaciones políticas inmediatas (o sea potencialmente militares)...

Las relaciones internacionales ¿proceden o siguen (lógicamente) a las relaciones sociales fundamentales? Indudablemente, las siguen. Toda innovación orgánica en la estructura modifica orgánicamente las relaciones *absolutas* y *relativas* en el campo internacional, a través de sus expresiones

técnico-militares. Ni siquiera la posición geográfica de un Estado nacional precede a las modificaciones estructurales, sino que las sigue (lógicamente), reaccionando no obstante sobre ellas en cierta medida (en la medida precisamente en que las sobrestructuras reaccionan sobre la base, la política sobre la economía, etc.). De otra parte, las relaciones internacionales reaccionan pasiva y activamente sobre las relaciones políticas (de hegemonía de los partidos). Cuanto más subordinada se halla la vida económica inmediata de una nación a las relaciones internacionales, tanto más un determinado partido representa esta situación y la aprovecha para impedir la promoción de los partidos adversarios (¡recordemos el famoso discurso de Nitti sobre la imposibilidad técnica de la revolución italiana!). De esta serie de hechos se puede extraer la conclusión de que a menudo el "partido del extranjero" no es propiamente el que se indica vulgarmente como tal, sino precisamente el partido más nacionalista que, antes que representar a las fuerzas vitales del país propio, encarna en realidad la subordinación y la servidumbre económica a las naciones o a un grupo de naciones hegemónicas.

Es preciso plantear exactamente y resolver el problema de las relaciones entre estructura y sobreestructura para llegar a un correcto análisis de las fuerzas que operan en la historia de un determinado periodo y precisar su correlación. Hemos de movernos en el ámbito de dos principios: 1) el de que ninguna sociedad se traza tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes o no estén éstas, cuando menos, en vías de aparición y desarrollo; 2) el de que ninguna sociedad desaparece y puede ser sustituida si antes no se han desarrollado todas las formas de

vida implícitas en sus relaciones.[3] La reflexión sobre estos dos principios puede llevarnos a desarrollar toda otra serie de normas de metodología histórica. Por lo pronto, en el estudio de una estructura hemos de distinguir los movimientos orgánicos (relativamente estables) de los movimientos que pudiéramos llamar "de coyuntura" (y que se presentan como ocasionales, inmediatos, casi accidentales). Los fenómenos de coyuntura dependen también, ciertamente, de los movimientos orgánicos, pero su significado no tiene gran alcance histórico: dan origen a la crítica política menuda, cotidiana, que involucra a los pequeños grupos dirigentes y a las personalidades inmediatamente responsables del poder. Los fenómenos orgánicos dan lugar a la crítica histórica-social, que involucra a las grandes agrupaciones, van más allá de las personas inmediatamente responsables y del personal dirigente. Al estudiar un periodo histórico aparece la gran importancia de esta distinción. Se comprueba la existencia de una crisis que, a veces, se prolonga durante decenas de años. Esta excepcional duración significa que en la estructura se han revelado (han adquirido madurez) contradicciones irreparables, y que las fuerzas políticas que actúan positivamente para la conservación y defensa de esa misma estructura se esfuerzan, sin embargo, en curarlas dentro de

[3] Gramsci hace suyo, expresado en palabras propias, el contenido de dos pasajes de Marx, extraídos del Prefacio a la obra *Contribución a la crítica de la economía política*: "La humanidad no se propone nunca más que los problemas que puede resolver pues, mirando de más cerca, se verá siempre que el problema mismo no se presenta más que cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o se encuentran en estado de existir". Y abundando una vez más: "Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad".

ciertos límites y en superarlas. Estos esfuerzos incesantes y perseverantes (ya que ninguna formación social se avendrá nunca a confesar que está superada) constituyen el terreno de lo "ocasional", en el cual se organizan las fuerzas antagónicas que tienden a demostrar (demostración que en última instancia sólo se impone y es "verdadera" si se convierte en una nueva realidad, si las fuerzas antagónicas triunfan, pero que en lo inmediato se desarrolla en una serie de polémicas ideológicas, religiosas, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., cuya concreción es valorable en la medida en que logran ser convincentes y desplazar el anterior alineamiento de las fuerzas sociales) que existen ya las condiciones necesarias y suficientes para que determinadas tareas puedan, y por lo tanto deban, resolverse históricamente (deban, porque cualquier dimisión del deber histórico aumenta el desorden necesario y prepara catástrofes más graves).

El error que se comete con frecuencia al hacer análisis histórico-políticos consiste en no acertar con la relación justa entre lo orgánico y lo ocasional: así ocurre que, o bien se presentan como causas directamente operantes las que por el contrario actúan de manera mediata, o bien se afirma que las causas inmediatas son las únicas eficientes; en un caso, se cae en un exceso de "economismo" o doctrinarismo pedante; en el otro, en un exceso de "ideologismo"; en un caso, se sobrevaloran las causas mecánicas; en el otro, se exalta el elemento voluntarista e individual.[4] La distinción entre "movimientos" y hechos orgánicos y movimientos y hechos de "coyuntura" u ocasionales, debe aplicar-

[4] Aquí el término "economismo" es utilizado para indicar la conexión demasiado fácil e inmediata entre fuerzas y movimientos económicos y sus consecuencias políticas; "ideologismo" indica la sobrevaloración de las ideas políticas respecto a fuerzas y movimientos económicos.

se a toda clase de situaciones; no sólo a aquellas en las que se verifica una involución regresiva o de crisis aguda, sino también a aquellas en las que se verifica un desarrollo progresivo y de prosperidad y a aquellas en las que se comprueba un estancamiento de las fuerzas productivas. El nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimiento y, por lo tanto, de investigación, difícilmente vendrá establecido de manera exacta; y si el error es grave en historiografía, aún lo es más en el arte de la política, cuando se trata no de reconstruir la historia pasada, sino de construir la presente y futura; los propios deseos y las propias pasiones inmediatas son la causa del error, en cuanto éstos substituyan el análisis objetivo e imparcial, y ello se produce no como "medio" consciente para estimular la acción, sino como autoengaño. También en este caso la serpiente muerde al charlatán; en otros términos, el demagogo es la primera víctima de su demagogia...

Un aspecto del mismo problema es la llamada cuestión de la correlación de fuerzas. A menudo leemos en las narraciones históricas la expresión genérica: "correlaciones de fuerzas favorables o desfavorables a tal o cual tendencia". Así, abstractamente, esta formulación no explica nada o casi nada, porque no se hace más que repetir el hecho que se debe explicar, presentándolo una vez como hecho y otra como ley abstracta y como explicación. El error teórico estriba, por tanto, en presentar como "causa histórica"[5] lo que es una regla de investigación y de interpretación.

[5] La afirmación pura y simple de que las correlaciones de fuerzas son favorables (o desfavorables) aún no nos dice nada si no se explica por qué son favorables (o desfavorables). Es menester, por consiguiente, interrogarse sobre el *por qué;* en este sentido, el análisis de las correlaciones de fuerzas ofrece un método (reglas) de investigación y de interpretación histórica.

En la "correlación de fuerzas" hemos de distinguir diversos momentos o grados, que fundamentalmente son:

1) Una correlación de fuerzas sociales estrechamente ligada a la estructura, correlación objetiva, independiente de la voluntad de los hombres, que puede ser ponderada con los sistemas de las ciencias exactas o físicas. Sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción se producen los reagrupamientos sociales, cada uno de los cuales representa una función y ocupa una posición determinada en la producción misma. Esta correlación es lo que es, una realidad irreductible: nadie puede modificar el número de las empresas y de los hombres empleados en ellas, el número de las ciudades con la población urbana existente, etc. Este alineamiento fundamental permite estudiar si en la sociedad existen las condiciones necesarias y suficientes para su transformación, es decir, permite controlar el grado de realismo y de viabilidad de las diversas ideologías nacidas en su mismo terreno, en el terreno de las contradicciones que él ha generado a lo largo de su desarrollo.

2) El siguiente aspecto es el de la correlación de las fuerzas políticas, es decir, la valoración del grado de homogeneidad, de autoconciencia y de organización alcanzado por los diversos grupos sociales. Este aspecto puede, a su vez, ser analizado y dividido en distintos grados, que corresponderían a los diversos momentos de la conciencia política colectiva, tal y como se ha manifestado hasta ahora en la historia. El primero y más elemental es el económico-corporativo: un comerciante siente el *deber* de ser solidario de otro comerciante; un fabricante, de otro fabricante, etc., pero el comerciante no se siente aún solidario del fabricante;

esto es, se siente la unidad homogénea, y el deber de organizarla, del grupo profesional, pero todavía no la del grupo social más vasto. El segundo momento es aquel en que se adquiere conciencia de la solidaridad de intereses entre todos los miembros del grupo social, pero sólo en el terreno meramente económico. Ya en esta fase se presenta la cuestión del Estado, pero sólo en el terreno de llegar a la igualdad político-jurídica con los grupos dominantes, puesto que se reivindica el derecho a participar en la legislación y en la administración y tal vez a modificarlas, a reformarlas, pero dentro de los marcos fundamentales existentes. El tercer momento es aquel en que se cobra conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo presente y futuro, rebasan el círculo corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Es ésta la fase más francamente política, la que marca el tránsito neto de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas; es la fase en que las ideologías que han germinado anteriormente se convierten en "partido", vienen a la confrontación y entablan la lucha hasta que sólo una de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse en toda el área social, determinando además de la unicidad de los fines económicos y políticos la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha, no sólo en el plano corporativo, sino en el plano "universal", y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados. El Estado se concibe, de esta suerte, como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del grupo mismo; pero este desarrollo y esta

expansión se conciben y presentan como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías "nacionales", es decir, el grupo dominante aparece coordinado concretamente a los intereses generales de los grupos subordinados, y la vida estatal se concibe como un constante formarse y superarse de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en que los intereses del grupo dominante predominan, pero hasta un cierto punto, esto es, no hasta el mezquino interés económico-corporativo.

En la historia real, estos momentos se implican recíprocamente, por así decirlo, horizontal y verticalmente, a saber: de acuerdo con las actividades económicas sociales (horizontalmente) y de acuerdo con los territorios (verticalmente), combinándose y escindiéndose de diversas formas: cada una de estas combinaciones puede estar representada por una particular expresión orgánica, económica y política. Es preciso tener en cuenta, además, que a estas relaciones internas de un Estado nacional se entrelazan las relaciones internacionales, creando nuevas combinaciones originales e históricamente concretas. Una ideología nacida en un país más desarrollado se difunde en países menos desarrollados, incidiendo en el juego local de las combinaciones.

Esta relación entre fuerzas internacionales y fuerzas nacionales se complica aún por la existencia en el interior de cada Estado de múltiples zonas territoriales de diversa estructura y diversa correlación de fuerzas en todos los grados (así la Vendée, que estaba aliada con las fuerzas reaccionarias internacionales y las representaba en el seno de la unidad territorial francesa; así Lyon, que repre-

sentaba en la Revolución Francesa un particular nudo de relaciones, etc.)

3) El tercer momento es el de la correlación de las fuerzas militares, decisivo de manera directa en cualquier caso. (El desarrollo histórico oscila continuamente entre el primer y el tercer momentos, con la mediación del segundo.) Pero tampoco éste es algo indistinto e identificable inmediatamente, de manera esquemática; también en él se pueden distinguir dos grados: el militar en el sentido estricto o técnico-militar, y el grado que pudiéramos llamar político-militar. En el desarrollo de la historia, estos dos grados se han prestado a una gran variedad de combinaciones. Un ejemplo típico, que puede servirnos como demostración-límite, es el de la relación de opresión militar de un Estado sobre una nación que intenta alcanzar su independencia estatal. La relación no es puramente militar, sino político-militar; y, de hecho, semejante tipo de opresión sería inexplicable sin el estado de disgregación social del pueblo oprimido y la pasividad de su mayoría; por lo tanto, la independencia no podrá alcanzarse con fuerzas puramente militares, sino militares y político-militares. En efecto, si la nación oprimida tuviese que esperar a que el Estado hegemónico le permitiese organizar un ejército propio en el sentido estricto y técnico de la palabra para iniciar la lucha por la independencia, tendría que esperar un buen rato (puede ocurrir que la reivindicación de contar con un ejército propio fuese satisfecha por la nación hegemónica, pero esto significaría que ya la lucha, en gran parte, habría sido entablada y ganada en el terreno político-militar). Inicialmente, la nación oprimida opondrá, pues, a la fuerza militar hegemónica una fuerza que es sólo "político-militar", es decir, opondrá una forma de accción política que tenga la virtud

de determinar reflejos de carácter militar en el sentido: 1) que sea eficaz para disgregar íntimamente la eficiencia bélica de la nación hegemónica; 2) que obligue a las fuerzas militares hegemónicas a diluirse y a dispersarse en un amplio territorio, anulando gran parte de su capacidad bélica. Durante el *Risorgimento* italiano se pudo apreciar la desastrosa ausencia de una dirección político-militar, especialmente en el Partido de Acción (por incapacidad congénita), pero también en el Partido piamontés-moderado, ya sea antes o después de 1848, no ciertamente por incapacidad, sino por "maltusianismo económico-político", esto es, porque no se quería ni insinuar la posibilidad de una reforma agraria y porque no se quería convocar una Asamblea Nacional constituyente, sino que se tendía sólo a que la monarquía piamontesa se extendiese a toda Italia sin condiciones o limitaciones de origen popular, con la exclusiva sanción de los plebiscitos regionales.

Otra cuestión vinculada a las anteriores es la de ver si las crisis históricas fundamentales vienen determinadas de manera inmediata por las crisis económicas. La respuesta está contenida implícitamente en los parágrafos precedentes, en los que se tratan cuestiones que constituyen una forma distinta de presentar la que ahora tratamos; sin embargo, siempre es necesario, por razones didácticas y en función del público particular, examinar cada una de las formas en que se presenta una misma cuestión como si se tratara de un problema independiente y nuevo. Debe excluirse el que, por sí mismas, las crisis económicas inmediatas produzcan acontecimientos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertos modos de pensar, de plantear y resolver las cuestiones en las que se implica todo

el desarrollo ulterior de la vida estatal. Por lo demás, todas las afirmaciones que conciernen a los períodos de crisis o de prosperidad pueden dar lugar a juicios unilaterales. En su *Compendio de historia de la Revolución Francesa,* Mathiez, oponiéndose a la historia vulgar tradicional, que apriorísticamente "encuentra" una crisis coincidente con las grandes rupturas del equilibrio social, afirma que hacia 1789 la situación económica era más bien buena en lo inmediato; por lo cual no se puede decir que la catástrofe del Estado absoluto fuese debida a una crisis de empobrecimiento. Cabe advertir que el Estado era presa de una mortal crisis financiera y que se planteaba la cuestión de sobre cuál de los tres estados sociales privilegiados[6] deberían recaer los sacrificios y las cargas de la ordenación de las finanzas estatales y regias. Además, si la posición económica de la burguesía era floreciente, no era buena, ciertamente, la situación de las clases populares de la ciudad y del campo, especialmente las de éste último, atormentadas por la miseria endémica. En cualquier caso, la rotura del equilibrio de fuerzas no sobrevino por causas mecánicas inmediatas de empobrecimiento del grupo social que tenía interés en romper el equilibrio y lo rompió de hecho, sino que se produjo en el marco de conflictos superiores al mundo económico inmediato, ligados al "prestigio" de clase (intereses económicos futuros), a una exasperación del sentimiento de independencia, de autonomía y de poder. La cuestión particular del malestar o el bienestar económico como causa de nuevas realidades históricas es un aspecto parcial del problema de la correlación de fuerzas en sus diversos grados. Pueden producirse novedades, ya sea por-

[6] Se trata de la nobleza, el clero y la burguesía (denominada también "tener estado").

que una situación de bienestar se ve amenazada por el sórdido egoísmo de un grupo adversario, o porque el malestar se ha hecho intolerable y no se atisba en la vieja sociedad ninguna fuerza capaz de mitigarlo y de restablecer una normalidad por medios legales. Puede decirse, por consiguiente, que todos estos elementos son la manifestación concreta de las fluctuaciones de coyuntura del conjunto de las correlaciones sociales de fuerzas, en cuyo terreno se produce la transición de estas correlaciones políticas, hasta culminar en la correlación militar decisiva.

Si este proceso de desarrollo falta en uno u otro momento, y es éste en esencia un proceso del que son protagonistas los hombres y la voluntad y capacidad de los hombres, la situación permanece inoperante y pueden producirse resultados contradictorios: la vieja sociedad resiste y se asegura un período de "respiro", exterminando físicamente a la *élite* adversaria y aterrorizando a las masas de reserva; o bien sobreviene la destrucción recíproca de las fuerzas contrincantes, con la instauración de la paz de los cementerios, tal vez bajo la vigilancia de un centinela extranjero.

Pero la más importante observación que cabe hacer a propósito de cualquier análisis concreto de la correlación de fuerzas es éste: que tales análisis no pueden ni deben ser un fin en sí mismos (a menos que se escriba un capítulo de historia del pasado), sino que sólo adquieren un significado si sirven para justificar una actividad práctica, una iniciativa de voluntad. Estos análisis muestran cuáles son los puntos de menor resistencia donde la fuerza de la voluntad puede ser aplicada con mayor fruto; inspiran las operaciones tácticas inmediatas, indican cómo se puede plantear mejor una campaña de agitación política, cuál

será el lenguaje más comprensible para las multitudes, etc. El elemento decisivo de cualquier situación es la fuerza permanentemente organizada y dispuesta de antemano, que se puede hacer avanzar cuando se juzga que una situación es favorable (y sólo es favorable en la medida en que tal fuerza exista y se encuentre llena de ardor combativo); por eso, la tarea esencial es la de tender sistemática y pacientemente a formar, desarrollar y hacer esta fuerza cada vez más homogénea, compacta y consciente de sí misma. Esto se advierte en la historia militar y en el cuidado con que, en no importa qué época, se ha preparado a los ejércitos para iniciar una guerra en cualquier momento. Los grandes Estados se han convertido en grandes Estados precisamente porque se hallaban preparados en todo momento para insertarse eficazmente en las coyunturas internacionales favorables, y éstas lo eran porque representaban la posibilidad concreta de insertarse eficazmente en ellas.

III. PROBLEMAS DE LA DIRECCION POLITICA

Espontaneidad y dirección consciente

De la expresión "espontaneidad" se pueden dar diversas definiciones, ya que el fenómeno al que se refiere es multilateral. De momento, hemos de advertir que no existe en la historia la espontaneidad "pura": ésta coincidiría con el "puro" mecanicismo. En el movimiento "más espontáneo" los elementos de "dirección consciente" son sencillamente incontrolables, no han dejado huellas documentales verificables. Puede decirse que el elemento de la espontaneidad es por eso característico de la "historia de las clases subalternas", e incluso uno de los elementos más marginales y periféricos de estas clases, que han cobrado conciencia de clase "para sí" y que por ello no sospechan siquiera que su historia pueda tener importancia alguna ni que tenga ningún valor dejar de ella pruebas documentales.

Existe, pues, una "multiplicidad" de elementos de "dirección consciente" en estos movimientos, pero ninguno de ellos es predominante ni sobrepasa el nivel de la "ciencia popular" de un determinado estrato social, del "sentido común", es decir, de la tradicional concepción del mundo de aquel determinado estrato...

Que en todo movimiento "espontáneo" existe un elemento primario de dirección consciente, de dis-

ciplina, lo demuestra indirectamente el hecho de que existan corrientes y grupos que sostienen la espontaneidad como método. A este propósito hay que hacer una distinción entre elementos puramente "ideológicos" y elementos de acción práctica, entre estudiosos que defienden la espontaneidad como "método" inmanente y objetivo del devenir histórico y políticos de café que la propugnan como método "político". En los primeros, se trata de una concepción errónea; en los segundos, de una contradicción directa y mezquina que deja ver el origen práctico evidente, es decir, la voluntad inmediata de sustituir a una determinada dirección por otra. También en los estudiosos el error tiene un origen práctico, pero no inmediato como en los segundos. El apoliticismo de los sindicalistas franceses de la anteguerra contenía ambos elementos: era un error teórico y una contradicción (era el elemento "soreliano" y el elemento de la competición entre la tendencia política anarco-sindicalista y la corriente socialista)...

El movimiento turinés[1] fue acusado en su tiempo de ser "espontaneísta" y "voluntarista" o bergsoniano (!). Analizada esta acusación contradictoria, muestra la fecundidad y la justeza de la dirección emprendida. Esta dirección no era "abstracta", no consistía en repetir mecánicamente fórmulas científicas o teóricas; no confundía la política, la acción real, con la disquisición teórica; se aplicaba a hombres reales, formados en unas determinadas relaciones históricas, con unos determinados sentimientos, maneras de ver, fragmentos de concepciones del mundo, etc. que resultaban de las combinaciones "espontáneas" de un ambiente dado de producción material, con las "causales"

[1] Se refiere al movimiento de los consejos y a *L'Ordine Nuovo*.

acumulaciones en él de elementos sociales dispares. Este elemento de "espontaneidad" no fue omitido y menos aún desdeñado: fue *educado*, fue encauzado, fue purificado de todo lo que de extraño podía contaminarlo, a fin de hacerlo homogéneo, pero de modo vivo, históricamente eficaz, por medio de la teoría moderna.[2] Los propios dirigentes hablaban de la "espontaneidad" del movimiento; era justo que hablasen de ello: esta afirmación era un estimulante, un vitalizador, un elemento de unificación en profundidad; era, más que nada, la negación de que se tratase de algo arbitrario, aventurero, artificial y no históricamente necesario. Transmitía a la masa una conciencia "teórica" creadora de *valores históricos* e institucionales, fundadora de Estados. Esta unidad de la "espontaneidad" y de la "dirección consciente", o sea, de la "disciplina", es precisamente la acción política real de las clases inferiores en cuanto que política de masas, y no simple aventura de grupos que convocan a las masas.

A este propósito se plantea una cuestión teórica fundamental: ¿Puede estar la teoría moderna en oposición con los sentimientos "espontáneos" de las masas? ("espontáneos" en el sentido de que no obedecen a una actividad educadora sistemática por parte de un grupo dirigente ya consciente, sino que se han formado a través de la experiencia cotidiana iluminada por el "sentido común", es decir, por la concepción tradicional popular del mundo, eso que bastante pedestremente se denomina "instinto" y que no es más que una adquisición histórica primaria y elemental). No puede estar en oposición: entre ellas hay una diferencia "cuantitativa", de grado, no de calidad; debe ser posible una reducción, por así decirlo, recíproca, un trán-

[2] Es decir, el marxismo.

sito de unos a otra y viceversa... Descuidar y, aun peor, desdeñar los movimientos llamados "espontáneos", esto es, renunciar a dotarles de una dirección consciente, a elevarles a un plano superior insertándolos en la política, puede tener con frecuencia consecuencias muy serias y graves. Ocurre casi siempre que un movimiento "espontáneo" de las clases subalternas va acompañado de un movimiento reaccionario de la derecha de la clase dominadora por motivos concomitantes: una crisis económica, por ejemplo, determina descontento en las clases subalternas y movimientos espontáneos de masas, de un lado; determina, de otro, complots de grupos reaccionarios, que aprovechan el debilitamiento objetivo del gobierno para intentar golpes de Estado. Entre las causas efectivas de estos golpes de Estado hay que incluir la renuncia de los grupos responsables a dotar de una dirección consciente las rebeliones espontáneas, haciendo que se conviertan, por consiguiente, en un factor político positivo. Por ejemplo, las Vísperas Sicilianas[3] y las discusiones de los historiadores para averiguar si se trataba de un movimiento espontáneo o de un movimiento concertado; se me antoja que en las Vísperas Sicilianas se combinaron los dos elementos: la insurrección espontánea del pueblo siciliano contra los provenzales, velozmente extendida, hasta dar la impresión de simultaneidad y, por lo tanto, de existencia de un acuerdo, a causa de la opresión que ya se había hecho

[3] Así se ha denominado, muchos años después, el levantamiento que a finales del siglo XIII derrocó la dominación angerina en Sicilia y elevó al trono a Federico de Aragón. La sublevación empezó el 31 de marzo de 1282 a la hora de vísperas del lunes de Pascua, en la explanada adyacente a la Iglesia del Santo Espíritu de Palermo. Hoy los historiadores ya no dudan de que en ella confluyeron la cólera popular espontánea y la organización antiangerina de los exiliados, cuya figura descollante era, precisamente, Giovanni da Procida.

intolerable en todo el ámbito nacional, y el elemento consciente de diversa importancia y eficacia, con ventaja para la conjura de Giovanni da Procida con los aragoneses. Se podrían traer ejemplos de todas las revoluciones pasadas, en las cuales las clases subalternas se hallaban diversificadas y jerarquizadas en cuanto a la posición económica y a la homogeneidad. Los movimientos "espontáneos" de las capas populares más amplias hacen posible el acceso al poder de la clase subalterna más avanzada, a causa del debilitamiento objetivo del Estado. Es éste también un ejemplo "progresivo"; pero en el mundo moderno son más frecuentes los ejemplos regresivos.

Concepción histórico-política escolástica y académica, según la cual sólo es real y digno aquel movimiento que es consciente al ciento por ciento y que incluso se determina mediante un plan minuciosamente trazado con anterioridad o que corresponde (lo que es lo mismo) a la teoría abstracta. Pero la realidad es rica en las combinaciones más raras, y es el teórico quien debe rastrear en esa rareza la confirmación de esa teoría, "traducir" al lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no al revés: la realidad quien se presente conforme al esquema abstracto. Esto no sucederá jamás y, por lo tanto, esta concepción no es más que una expresión de pasividad...

La fábula del castor

(El castor, perseguido por los cazadores que quieren extirparle los testículos, de los que se extraen substancias medicinales, para salvar la vida se castra a sí mismo).[4] ¿Por qué no se defendió? Escaso

[4] El castor, en este caso, simboliza a los partidos políti-

sentido de la dignidad humana y de la dignidad política de los partidos: pero estos elementos no son datos naturales, deficiencias propias de un pueblo de manera permanentemente característica. Son "hechos históricos" que se explican por la historia pasada y las condiciones sociales presentes.

Contradicciones aparentes

Predominaba una concepción fatalista y mecánica de la historia (Florencia, 1917, acusación de bergsonismo)[5] y, no obstante, se registraban actitudes de voluntarismo formalista, desmañado y trivial: por ejemplo, el proyecto de constituir en 1920 un consejo urbano en Bolonia, exclusivamente con los elementos de las organizaciones, es decir, de crear un duplicado inútil, substituyendo un organismo histórico enraizado en las masas, como la Cámara del Trabajo, por un organismo puramente abstracto y libresco. ¿Era, al menos, el intento político de dotar de una hegemonía al elemento urbano, que con la constitución del Consejo vendría a contar con un centro propio, dado que la Cámara del Trabajo era provincial? Esta intención estaba ausente en absoluto y, por lo demás, el proyecto no fue realizado.

El discurso de Treves sobre la "expiación"

Este discurso me parece fundamental para com-

cos tradicionales (incluido el Partido Socialista, que no supo oponer una resistencia eficaz al fascismo).

[5] En la entrevista de Florencia del P.S.I. (1917) fueron acusados de "bergsonismo", es decir, de excesivo activismo, aquellos que propugnaban una intervención más activa en la situación italiana de entonces. "Bergsonismo" viene del nombre del filósofo Henri Bergson (1859-1941), cuyas posiciones filosóficas influyeron notablemente sobre Sorel.

prender la confusión política y el dilettantismo polémico de los *leaders*. Detrás de esta discusión está el miedo a las responsabilidades concretas; detrás de este miedo, la ausencia de unión con la clase representada, la ausencia de comprensión de sus exigencias fundamentales, de sus aspiraciones, de sus energías latentes: partido paternalista, de pequeños burgueses que sólo hacen lo imprescindible. ¿Por qué no hubo defensa? Había la idea de la psicosis de guerra y de que un país civilizado no puede "permitir" que se produzcan ciertas escenas salvajes. Estas generalidades eran asimismo coberturas de otros motivos más profundos (y por otro lado estaban en contradicción con las afirmaciones repetidas una y otra vez después de una masacre: ¡Siempre hemos dicho que la clase dominante es reaccionaria!), que de nuevo se centran en la incomunicación de la clase, es decir, en las "dos clases": no se acierta a comprender lo que sucederá si la reacción triunfa porque no se vive la lucha real, sino la lucha exclusivamente como "principio libresco".[6] Otra contradicción en torno al voluntarismo: si se está contra el voluntarismo, se debería justipreciar la "espontaneidad". Pues no: lo "espontáneo" era algo inferior, no digno de consideración, no digno ni siquiera de ser analizado. En realidad, lo "espontáneo" era la prueba más abrumadora de la ineptitud del Partido, porque demostraba la escisión entre los programas sonoros y los míseros hechos. Pero entre tanto, los hechos espontáneos ocurrían (1919-1920), dañaban intereses, alteraban posiciones adquiridas, suscitaban odios terribles incluso en gentes pacíficas, hacían que saliesen de la pasividad estratos sociales

[6] Todo este pasaje se refiere a la actitud de los reformistas (Turati, Treves, etc.) cara al fascismo: no resistencia a las escuadras, definición del fascismo como manifestación transitoria de la psicosis bélica, etcétera.

empantanados en la putrefacción: creaban, precisamente por su espontaneidad y por el hecho de que eran reprobados, el "pánico" generalizado, el "gran pavor" que no podían dejar de concitar las fuerzas represivas, implacables a la hora de sofocarlos.

Un documento excepcional de esta incomunicación entre representados y representantes es el llamado pacto de alianza entre Confederación y Partido,[7] que puede parangonarse con un concordato entre el Estado y la Iglesia. El Partido, que es en embrión una estructura estatal, no puede admitir ninguna división de sus poderes políticos, no puede admitir que una parte de sus miembros se sitúe en pie de igualdad de derechos, como coligados con el "todo", así como un Estado no puede aceptar que una parte de sus súbditos, además de las leyes generales, establezca con el Estado al que pertenecen, y a través de una potencia extranjera, un tratado especial de convivencia con dicho Estado. La admisión de una situación semejante implica la subordinación de hecho y de derecho del Estado y del Partido a la llamada mayoría de los representantes: en realidad, a un grupo que se sitúa como anti-Estado y anti-Partido y que acaba ejerciendo indirectamente el poder. En el caso del pacto de alianza resultaba claro que el poder no pertenecía al Partido.

A un pacto de alianza correspondían los extraños lazos existentes entre Partido y grupo parlamentario, lazos también de alianza y de paridad de derechos. Este sistema de relaciones determinaba que el Partido no existiese concretamente como

[7] Se trata de la convención estipulada el 29 de septiembre de 1918 entre el PSI y la CGL, en la cual se diferenciaban netamente los respectivos campos de acción y se establecía, entre otras cosas, que el Partido habría de dirigir las huelgas políticas y la CGL las económicas ("sin obstaculizarse").

organismo independiente, sino sólo como elemento integrante de un organismo más complejo, que reunía todas las características de un partido laborista, descentralizado, sin voluntad unitaria, etc. Entonces, ¿deben estar los sindicatos subordinados al Partido? Sería erróneo presentar así la cuestión. El problema debe plantearse de esta manera: todo miembro del Partido, cualesquiera que sean las posiciones o cargos que ocupe, es siempre un miembro del Partido y se halla subordinado a su dirección. No puede haber subordinación entre sindicato y Partido; si el sindicato ha elegido espontáneamente como dirigente suyo a un miembro del Partido, significa que el sindicato acepta libremente las directrices del Partido y, por consiguiente, que acepta libremente (incluso lo desea) el control sobre sus funcionarios. Este problema no fue formulado correctamente en 1919, aun cuando existía un gran precedente instructivo, el de junio de 1914; pues, en realidad, no existía una política de las fracciones, es decir, una política del Partido.

Centralismo orgánico, centralismo democrático, disciplina

¿Cómo debe entenderse la disciplina, si con esta palabra indicamos una relación continuada y permanente entre gobernantes y gobernados que realiza una voluntad colectiva? Ciertamente, no como una aceptación pasiva y obtusa de órdenes, como mecánica ejecución de una consigna (lo cual será, no obstante, necesario en determinadas ocasiones, como, por ejemplo, en el curso de una acción ya decidida e iniciada), sino como una consciente y lúcida asimilación de la directriz a realizar. La

disciplina no anula, pues, la personalidad en el sentido orgánico, sino que limita únicamente el albedrío y la impulsividad irresponsable, sin hablar ya de la fatua vanidad por sobresalir. Si se medita sobre el concepto de "predestinación", propio de algunas corrientes del cristianismo, ni siquiera aquél anula el llamado "libre albedrío" en el sentido católico, pues el individuo acepta de grado el designio divino (así presenta Manzoni el problema en la *Pentecoste),* designio que no puede contrariar, es cierto, pero al que colabora con todas sus fuerzas morales. La disciplina, por consiguiente, no anula la personalidad ni la libertad: la cuestión de la "personalidad y la libertad" no se suscita por el hecho de la disciplina, sino por el "origen del poder que ordena la disciplina". Si éste es un origen "democrático", es decir, si la autoridad es una función técnica especializada y no un "arbitrio" o una imposición extrínseca y exterior, la disciplina es un elemento necesario de orden democrático, de libertad. Se dirá que es función técnica especializada cuando la autoridad se ejerza en un grupo socialmente (o nacionalmente) homogéneo; cuando la autoridad la ejerce un grupo sobre otro, la disciplina será autónoma y libre para el primero, mas no para el segundo.

En caso de una acción iniciada, o bien decidida ya (sin que haya tiempo para volver a discutir con utilidad la decisión), la disciplina puede parecer asimismo extrínseca y autoritaria. Pero otros elementos la justifican entonces. Es una observación de sentido común que una decisión (directriz) parcialmente errónea puede causar menos estrago que una desobediencia, aunque ésta se justifique con razones generales; pues a los daños parciales de la orientación en parte equivocada se acumulan los de la desobediencia y de la duplicación de directrices (esto se ha comprobado a menudo en la guerra, cuando determinados generales no han obedecido órdenes parcialmente erróneas o peligrosas, provocando catástrofes peores y con frecuencia irreparables).

Paso de la guerra de maniobra (y del ataque frontal) a la guerra de posiciones también en el campo político

Se me antoja ésta la cuestión de teoría política más importante que ha planteado el período de postguerra, y la más difícil de resolver con justeza. Cuestión ligada a las promovidas por Trotsky que, de uno u otro modo, se puede considerar el teórico político del ataque frontal en un período en que este ataque sólo es causa de derrota. En la ciencia política este paso está ligado sólo indirectamente (de manera mediata) con el que se produce en el terreno militar, si bien existe una relación, ciertamente, y una relación esencial. La guerra de posiciones exige enormes sacrificios a masas inabarcables de la población; por eso es necesaria una concentración inaudita de la hegemonía y, por consiguiente, una forma de gobierno más "intervencionista", que emprenda más abiertamente la ofensiva contra los oposicionistas y organice de manera permanente la "imposibilidad" de la disgregación interna: controles de todo género políticos, administrativos, etc., reforzamiento de las "posiciones" hegemónicas del grupo dominante, etc. Todo lo cual indica que se ha entrado en una fase culminante de la situación político-histórica, ya que en la política la "guerra de posiciones", una vez ganada, es decisiva definitivamente. Es decir, en la política subsiste la guerra de movimiento mien-

tras se trata de conquistar posiciones no decisivas y, por consiguiente, no son movilizables todos los recursos de la hegemonía del Estado; pero si por una u otra razón estas posiciones han perdido su valor y sólo tienen importancia las decisivas, se pasa entonces a la guerra de asedio, densa y difícil, en la que se requieren cualidades excepcionales de paciencia y de espíritu de inventiva. En la política el asedio es recíproco, no obstante todas las apariencias, y el solo hecho de que el dominante tenga que hacer ostentación de todos sus recursos demuestra el valor que concede al adversario...

Dirigir y organizar

Convicción cada día más arraigada de que no menos que las iniciativas importa el control de ejecución de las iniciativas; de que medios y fines coinciden perfectamente (aunque esto no ha de entenderse materialmente) y de que sólo se puede hablar de perseguir un fin cuando se sabe preparar con exactitud, cuidado y meticulosidad los medios adecuados, suficientes y necesarios para alcanzarlo (ni más ni menos, ni a este lado ni al otro del visor). Convicción arraigada, asimismo, de que si las ideas caminan con los hombres de buena voluntad, y se realizan históricamente a través de ellos, el estudio de los hombres, la elección de éstos, el control de sus actividades son tan necesarios como el estudio de las ideas, etc. Por eso, cualquier distinción entre dirigir y organizar (y en organizar se incluye "verificar y controlar") apunta a una desviación y, a menudo, a una traición.

IV. EL PARTIDO POLITICO

Elementos de política

Es preciso decir que los primeros que se olvidan son precisamente los elementos primarios, las cosas más elementales; aquéllos, por otra parte, repitiéndose infinitas veces, se convierten en las columnas de la política y de cualquier acción colectiva.

El primer elemento es que existen de veras gobernantes y gobernados, dirigentes y dirigidos. Toda la ciencia y el arte de la política se basan en este hecho primordial, irreductible (dentro de ciertas condiciones generales). Los orígenes de este hecho constituyen un problema en sí, que habrá de estudiarse en sí (por lo menos se podrá y se deberá estudiar cómo atenuar y hacer desaparecer el hecho, modificando ciertas condiciones identificables como operantes en este sentido),[1] pero persiste el hecho de que existen dirigentes y dirigidos, gobernantes y gobernados. Sentado este hecho, habremos de considerar cómo se puede dirigir del modo más eficaz (a partir de ciertos fines) y, por lo tanto, cómo preparar de la mejor manera a los dirigentes (y en esto consiste, más precisamente, la primera parte de la ciencia y del arte de la política) y cómo, de otro lado, conocer las líneas de menor resistencia o líneas racionales para contar con la aquiescencia de los dirigidos o gobernados.

[1] Que operan en el sentido de crear gobernantes y gobernados.

En la formación de los dirigentes es fundamental esta premisa: ¿se quiere que haya siempre gobernados y gobernantes, o bien, se aspira a crear las condiciones en las que desaparezca la necesidad de la existencia de esta división? Es decir, ¿se parte de la premisa de la perpetua división del género humano, o se cree que ésta es únicamente un factor histórico que responde a ciertas condiciones? Ha de estar claro, además, que aun cuando la división entre gobernantes y gobernados surja, en último análisis, de la división entre grupos sociales, también existe, tal como están las cosas, incluso en el seno de un mismo grupo socialmente homogéneo; en cierto sentido puede decirse que esa división es una creación de la división del trabajo, es un hecho técnico. Sobre esta coexistencia de motivos especulan aquellos que en todo ven tan solo "técnica", necesidad "técnica", etc., para no formularse el problema fundamental.

Dado que también en el mismo grupo existe la división entre gobernantes y gobernados, es menester fijar algunos principios inderogables, y es precisamente en este terreno donde se producen los "errores" más graves, es decir, donde se manifiesta la incapacidad más criminal, pero más difícil de enderezar. Se cree que habiendo sido establecido el principio por el propio grupo,[2] la obediencia

[2] Puesto que, como se ha visto líneas atrás, existen dirigentes y dirigidos incluso en el interior de un grupo socialmente homogéneo (por ejemplo, en el interior de la clase obrera o de su Partido de vanguardia), es preciso no caer en el error o en la ilusión de creer que sea supérflua la acción de persuasión y convicción en el interior del grupo mismo. Gramsci advierte con agudeza que precisamente en este terreno pueden producirse los errores más graves tales como el burocratismo, el caudillismo, el autoritarismo o lo que él llama el "cadornismo", derivado del nombre del general Cadorna, principal responsable de la catástrofe de Caporetto (que sacó a la luz del día los errores de dirección del ejército italiano).

debe ser automática, debe producirse no sólo sin que se requiera una demostración de "necesidad" y racionalidad, sino que debe ser indiscutible (alguno piensa y, lo que es peor, actúa de acuerdo con esta idea de que la obediencia "vendrá" sin tener que ser requerida, sin tener que indicarse la vía a seguir). Es difícil, pues, extirpar el "cadornismo" de los dirigentes, es decir, la convicción de que una cosa se hará porque el dirigente considera justo y racional que se haga; si no se hace, "la culpa" se atribuye a quien "debería haber...", etcétera. De esta suerte, resulta difícil extirpar el hábito criminal de la despreocupación por evitar sacrificios inútiles. Sin embargo, el sentido común nos dice que la mayor parte de los desastres colectivos (políticos) se producen porque no se ha buscado la forma de evitar el sacrificio inútil o se han dado pruebas de que no se tenía en cuenta el sacrificio de los demás y se jugaba con la piel ajena. Todos hemos oído contar a oficiales del frente cómo los soldados arriesgaban realmente la vida cuando más necesario era, pero se rebelaban cuando se sabían desatendidos. Por ejemplo, una compañía era capaz de ayunar durante muchos días cuando veía que los víveres no podían llegar por causa de fuerza mayor, pero se amotinaba si perdía una comida por el abandono y el burocratismo, etcétera.

Este principio se extiende a todas las acciones que exigen sacrificio. Por cuya razón, siempre después de un revés hay que indagar ante todo las responsabilidades de los dirigentes, y esto en un sentido estricto (por ejemplo, un frente está constituido por varias secciones y cada sección tiene sus dirigentes; es posible que de una derrota sean más responsables los dirigentes de una sección que los de otra, pero se trata de más o de menos, nunca de

exclusión de responsabilidad para nadie).

Establecido el principio de que existen dirigidos y dirigentes, gobernantes y gobernados, resulta cierto que los "partidos" son, hasta ahora, el modo más adecuado para formar dirigentes y capacidad de dirección (los "partidos" pueden presentarse bajo las denominaciones más diversas, incluso la de antipartidos y "negación de los partidos"; en realidad, hasta los sedicentes "individualistas" son hombres de partido, sólo que quisieran ser "jefes de bandería" por la gracia de Dios o de la imbecilidad de quienes les siguen)...

El partido político

Se ha dicho que el protagonista del nuevo Príncipe[3] no podría ser en la época moderna un héroe individual, sino el partido político, es decir, en cada caso y en las diversas relaciones internas de las distintas naciones, aquel partido concreto que se propone fundar un nuevo tipo de Estado (y que ha sido creado racional e históricamente con este fin).

[3] Para Gramsci el nuevo Príncipe es precisamente el partido político de la clase obrera. Con esta expresión Gramsci alude al *Príncipe*, de Nicolás Maquiavelo (1469-1527), el más grande de los historiadores y pensadores políticos italianos. En esta obra, Maquiavelo examinaba los diversos tipos de principados y se detenía, sobre todo, en los de nueva formación, estableciendo los principios sobre los que deberían regirse. De este modo conformaba la figura ideal de un Príncipe que, valiéndose de todas las habilidades de la política, la fuerza, la astucia y la persuasión, lograse unificar los dispersos miembros de Italia (o al menos de una parte de ella), expulsar a los extranjeros y construir un gran Estado unitario. El paralelo entre el Príncipe de Maquiavelo y el nuevo príncipe de Gramsci se basa en esta idea: entonces, el problema del Estado unitario (es decir, el problema del progreso de la sociedad italiana) sólo podía ser resuelto por un gran monarca; hoy, el problema de la unidad más profunda (es decir, el problema de la transformación socialista de Italia) puede únicamente ser resuelto por un gran partido de nuevo tipo.

Debemos anotar que en los regímenes que se ajustan al modelo totalitario asume, en realidad, la función tradicional de la institución de la Corona un partido determinado, que es precisamente totalitario porque asume dicha función. Si bien todo partido es la expresión de un grupo social, determinados partidos representan, con todo, a un solo grupo social, en ciertas condiciones dadas, cuando ejercen una función de equilibrio y de arbitraje entre los intereses del grupo propio y los demás grupos, y procuran que el desarrollo del grupo representado se produzca con el consenso y la ayuda de los grupos aliados, cuando no de los grupos decididamente adversarios. La fórmula constitucional del rey o del presidente de la república que "reina, pero no gobierna" es la fórmula jurídica que expresa esta función de arbitraje, la preocupación de los partidos constitucionales de no "dejar al descubierto" la Corona o el presidente; las fórmulas sobre la no responsabilidad del jefe del Estado por los actos de gobierno, sino sobre la responsabilidad ministerial, constituyen la casuística del principio general de tutela derivado de la concepción de la unidad estatal, del consenso de los gobernados a la acción estatal, cualesquiera que sean las personas que ejercen de manera inmediata el gobierno y su partido.

Con el partido totalitario estas fórmulas pierden significado y quedan minimizadas, por consiguiente, las instituciones que funcionaban en el sentido de dichas fórmulas, pero la función misma se transfiere al partido, que exaltará el concepto abstracto de "Estado" e intentará de diversas maneras dar la impresión de que la función de "fuerza imparcial" sigue activa y eficaz[4]...

[4] Gramsci se refiere al partido fascista, que tendía, precisamente, a identificarse con el Estado.

Cuando se quiere escribir la historia de un partido político, hay que afrontar, en realidad, una serie de problemas mucho menos simples de lo que cree, por ejemplo, Roberto Michels, al que se considera, sin embargo, especialista en la materia. ¿Qué es la historia de un partido? ¿Será la simple narración de la vida interna de una organización política? ¿El relato de cómo nace, de los primeros grupos que la constituyen, de las polémicas ideológicas a través de las cuales se forma su programa y su concepción del mundo y de la vida? En tal caso se trataría de la historia de grupos intelectuales restringidos y a veces de la biografía política de una sola individualidad. El cuadro habrá de ser, por lo tanto, más vasto y comprehensivo.

Tendrá que hacerse la historia de una determinada masa de hombres que ha seguido a los promotores, que les ha sostenido con su confianza, su lealtad, su disciplina, o les ha criticado "realmente", dispersándose o permaneciendo pasiva ante determinadas iniciativas. Pero esta masa, ¿estará integrada exclusivamente por los miembros del partido? ¿Será suficiente seguir los congresos, las votaciones, etc., es decir, todo el conjunto de actividades y modos de existencia con los que una masa de partido manifiesta su voluntad? Evidentemente, habrá que tener en cuenta el grupo social del que es expresión y parte más avanzada el partido en cuestión; esto es, la historia de un partido no puede dejar de ser la historia de un determinado grupo social. Pero este grupo no está aislado; tiene amigos, simpatizantes, adversarios, enemigos. Sólo del complejo cuadro de todo el conjunto social y estatal (y a menudo con interferencias internacionales) resultará la historia de un determinado partido, por lo que puede decirse que escribir la historia de un partido significa ni más ni menos que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para poner de relieve un aspecto característico. Un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso, en la medida justamente en que su actividad particular haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país.

Por consiguiente, del modo de escribir la historia de un partido se deriva el concepto que se tiene de lo que es y de lo que debe ser un partido. El sectario se exaltará ante los pequeños hechos internos, que tendrán para él un significado esotérico y lo llenarán de místico entusiasmo; el historiador, aun dando a cada cosa la importancia que tenga dentro del cuadro general, pondrá el acento ante todo en la eficiencia real del partido, en su fuerza determinante, positiva o negativa, en su contribución para promover un acontecimiento y también para impedir que otros acontecimientos se cumpliesen.

La cuestión de saber cuándo un partido está formado, es decir, cuándo tiene una tarea precisa y permanente, da lugar a muchas discusiones y con frecuencia también, por desdicha, a una forma de vanidad no menos ridícula y peligrosa que la "vanidad de las naciones" de que habla Vico. Es cierto que se puede decir que un partido nunca está formado y cumplido, en el sentido de que todo desarrollo crea nuevas tareas y misiones y de que para algunos partidos es cierta la paradoja de que sólo están cumplidos y formados cuando ya no existen, es decir, cuando su existencia se ha hecho históricamente inútil. De esta suerte, puesto que todo partido no es más que una nomenclatura de clase, es evidente que para el partido que se propone anular la división en clases, su perfección y su plenitud consisten en haber dejado de existir

porque ya no existen clases ni, por consiguiente, la expresión de éstas. Pero aquí queremos aludir a un particular aspecto de este proceso de desarrollo, al momento que sigue a aquel en que un hecho puede existir o no existir, en el sentido de que la necesidad de su existencia todavía no se ha hecho "perentoria", sino que depende en "gran parte" de la existencia de personas de extraordinario poder volitivo y de extraordinaria voluntad.

¿Cuándo un partido se hace "necesario" históricamente? Cuando las condiciones de su "triunfo", de su infalible hacerse Estado están, por lo menos, en vías de formación y permiten prever normalmente sus ulteriores desarrollos. Pero ¿cuándo puede decirse, en tales condiciones, que un partido no puede ser destruido con medios normales? Al responder tenemos que desarrollar un razonamiento: para que exista un partido es necesario que confluyan tres elementos fundamentales (es decir, tres grupos de elementos):

1) Un elemento difuso, de hombres comunes, corrientes, cuya participación viene dada por la disciplina y la fidelidad, no por el espíritu creador y altamente organizativo. Sin ellos, el partido no existiría ciertamente, pero es también verdad que "solamente" con ellos tampoco existiría. Son una fuerza en tanto que hay quien las centraliza, las organiza, las disciplina, pero en ausencia de esta fuerza cohesiva se dispersarían y se anularían en un polvillo impotente. No se niega que cada uno de estos elementos pueda convertirse en una de las fuerzas cohesivas, pero hablamos de ellos precisamente en el momento en que no lo son ni están en condiciones de serlo, o si lo son, lo son únicamente en un círculo restringido, políticamente ineficiente y sin consecuencias.

2) El elemento cohesivo principal, que se centraliza en el terreno nacional, que comunica eficiencia y potencia a un conjunto de fuerzas que abandonadas a sí mismas no contarían para nada o poco menos; este elemento está dotado de una fuerza altamente cohesiva, centralizadora y disciplinadora, y también, acaso por lo mismo, de inventiva (entendiendo "inventiva" en una determinada dirección, de acuerdo con ciertas líneas de fuerza, ciertas perspectivas, ciertas premisas). También es verdad que este elemento por sí solo no formaría el partido, pero lo formaría más que el primer elemento considerado. Se habla de capitanes sin ejército, pero en realidad es más fácil formar un ejército que formar capitanes. Tan cierto es esto, que un ejército ya existente es destruido cuando faltan los capitanes, mientras que la existencia de un grupo de capitanes puestos de acuerdo entre sí con fines comunes, no tarda en dar lugar a un ejército, incluso donde no existía.

3) Un elemento medio, que articula el primer elemento con el segundo, que los pone en contacto, no sólo físico, sino moral e intelectual. En la práctica, para cada partido existen "proporciones definidas"[5] entre estos tres elementos, y se alcanza el máximo de eficacia cuando estas "proporciones definidas" se realizan.

Sentadas estas consideraciones, se puede decir que un partido no puede ser destruido con medios normales cuando, al existir necesariamente el segundo elemento, cuyo nacimiento está ligado a la existencia de condiciones materiales objetivas (y si este segundo elemento no existe, todo razona-

[5] Gramsci pone esta expresión entre comillas, porque alude a la ley química de las "proporciones definidas", según la cual las substancias se combinan únicamente en determinadas relaciones cuantitativas (Ley de Dalton). La fuente directa de Gramsci es, sin embargo, una página de los *Princípi di economia pura*, de Maffeo Pantaleoni, que él mismo cita en otra ocasión.

miento es baldío), bien que sea en un estado disperso y errante, no pueden dejar de formarse los otros dos, el primero de los cuales forma necesariamente el tercero como su continuación y su medio de expresarse.

Para que esto ocurra es preciso que se haya adquirido la convicción férrea de que es necesaria una determinada solución de los problemas vitales. Sin esta convicción no se formará el segundo elemento, cuya destrucción es la más fácil por lo reducido de su número; pero es necesario que este segundo elemento, si es destruido, haya dejado como herencia un fermento que permita su reproducción. ¿Y dónde mejor subsistirá este fermento, dónde mejor podrá formarse que en el primer y en el tercer elementos, que evidentemente son los más homogéneos respecto al segundo? La actividad de éste es por eso fundamental para la constitución de dichos elementos. El criterio para enjuiciar este segundo elemento deberá buscarse: 1) en lo que realmente hace; 2) en lo que prepara ante la hipótesis de su destrucción. De estos dos hechos es difícil decir cuál es más importante. Puesto que en la lucha siempre se debe prever la derrota, la preparación de los propios sucesores es un elemento tan importante como todo lo que se hace para vencer.

A propósito de la "vanidad" de partido se puede decir que es peor que la "vanidad de las naciones" de que habla Vico. ¿Por qué? Porque una nación no puede no existir, y en el hecho de que existe es siempre posible encontrar —si bien con buena voluntad y apelando a los textos— que esa existencia está plena de destino y de significación. En cambio, un partido puede no existir por fuerza propia. No se debe olvidar *nunca* que en la lucha entre naciones cada una de ellas tiene interés en

que la otra se debilite en luchas internas y que los partidos, son precisamente, los elementos de las luchas internas. En lo que concierne a los partidos es, pues, siempre posible la pregunta de si existen por fuerza propia, como necesidad propia, o si, al contrario, sólo existen por interés ajeno (y de hecho este punto jamás se olvida en las polémicas; bien al contrario, es motivo en el que se insiste, especialmente cuando la respuesta no ofrece dudas, lo que significa que prende y hace dudar). Naturalmente, sería un estúpido quien dejara que la duda le royese. Políticamente, la cuestión sólo tiene una relevancia momentánea. En la historia del llamado principio de la nacionalidad, las intervenciones extranjeras en favor de los partidos nacionales que perturban el orden interno en los Estados antagonistas son innumerables, hasta el punto en que cuando se habla, por ejemplo, de la política "oriental" de Cavour, uno se pregunta si se trataba de una "política", es decir, de una línea de acción permanente, o de una estratagema del momento para debilitar a Austria con vistas al 59 o al 66.[6] De la misma forma, en los movimientos mazzinianos de principios de 1870 (ejemplo, el caso Barsanti)[7] se ve la intervención de Bismarck, quien con vistas a la guerra con Francia y ante el peligro de una alianza italo-francesa pensaba debilitar a Italia mediante conflictos internos. Así también, en los hechos de junio de 1914[8] al-

[6] Gramsci alude a la alianza de Piamonte con Inglaterra y Francia y a la intervención de las tropas piamontesas en la guerra de Oriente contra Rusia (1855). Cavour sostenía la necesidad de la intervención incluso sin contrapartida inmediata.

[7] El 24 de mayo de 1870 en Pavía, el cabo Pietro Barsanti, a la cabeza de cuatro decenas de republicanos, asaltó un cuartel al grito de "¡Viva Roma!" ¡Viva la República! ¡Abajo la Monarquía!". Barsanti fue detenido, condenado a muerte y fusilado el 27 de agosto de 1870.

[8] Se trata de la famosa "Semana Roja" (7-14 de junio de

gunos ven la intervención del Estado Mayor austríaco cara a la guerra inmediata. Como se ve, la casuística es abundante y hay que tener al respecto ideas claras. Admitiendo que hagamos lo que hagamos se hace siempre el juego de alguien, lo importante es intentar por todos los medios hacer bien el juego propio, es decir, vencer claramente. En cualquier caso, hay que despreciar la "vanidad" de partido, sustituyendo esa vanidad por hechos concretos. Quien sustituye los hechos concretos por la vanidad o hace la política de la vanidad, se hace, sin más, sospechoso de ser poco serio. No es necesario añadir que los partidos deben evitar hasta la apariencia "justificada" de que hacen el juego de alguien, especialmente si este alguien es un Estado extranjero; que luego se especule es cosa que nadie puede evitar.[9]

Es difícil excluir que un partido político, cualquiera que sea (tanto de los grupos dominantes como de los grupos subalternos) deje de cumplir asimismo una función de policía, es decir, de tutela de un cierto orden político y legal. Si esto se demostrase taxativamente, la cuestión debería plantearse en otros términos, esto es, en términos de las formas y la orientación con que dicha función se ejerce. ¿Se ejerce en un sentido represivo o de difusión; tiene un carácter reaccionario o un carácter progresista? El partido en cuestión, ¿ejerce

1914). La Semana Roja fue un vasto movimiento de carácter insurreccional, provocado por la sangrienta matanza ocurrida en Ancona el primer domingo de junio. La rebelión tuvo su epicentro en Las Marcas y Romaña. Expresión de un profundo descontento popular, este levantamiento asumió caracteres anárquicos y en ocasiones primitivos por la ausencia de una eficaz dirección política socialista.

[9] Todo el anterior razonamiento conserva siempre su actualidad, particularmente en lo que se refiere a los partidos comunistas, a los que se acusa de hacer el juego a una potencia extranjera (después de 1917 a la Unión Soviética) con necia monotonía por la propaganda anticomunista.

su función de policía para conservar un orden exterior, extrínseco, obstaculizador de las fuerzas vivas de la historia, o la ejerce en el sentido que tiende a elevar al pueblo a un nuevo nivel de civilización, del que el orden político y legal es una expresión programática? En efecto, una ley encuentra infractores: 1) entre los elementos sociales reaccionarios que la ley ha desposeído; 2) entre los elementos progresivos a quienes la ley comprime; 3) entre los elementos que no han alcanzado el nivel de civilidad que la ley puede representar. La función de policía de un partido puede ser, pues, progresiva o regresiva; es progresiva cuando tiende a mantener en la órbita de la legalidad las fuerzas reaccionarias desposeídas y a elevar al nivel de la nueva legalidad a las masas atrasadas. Es regresiva cuando tiende a comprimir las fuerzas vivas de la historia y a mantener una legalidad rebasada, antihistórica, que se ha vuelto extrínseca. Por lo demás, el funcionamiento del partido en cuestión suministra criterios para la distinción: cuando el partido es progresivo funciona "democráticamente" (en el sentido de un centralismo democrático); cuando es regresivo, funciona "burocráticamente" (en el sentido de un centralismo "burocrático). En este segundo caso, el partido es un puro ejecutor, no un partido deliberante: entonces es, técnicamente, un órgano de policía y su nombre de "partido político" es una pura metáfora de carácter mitológico.

V. EL CONGRESO DE LIVORNO*

El Congreso de Livorno está destinado a convertirse en uno de los acontecimientos históricos más importantes de la vida italiana contemporánea. En Livorno se comprobará por fin si la clase obrera italiana es capaz de extraer de sus filas un partido autónomo de clase; se comprobará por fin si la experiencia de cuatro años de guerra imperialista y de dos años de agonía de las fuerzas productivas mundiales han servido para hacer que la clase obrera italiana cobre conciencia de su misión histórica.

La clase obrera es una clase nacional e internacional. La clase obrera debe situarse a la cabeza del pueblo trabajador que lucha para emanciparse nacional e internacionalmente del yugo del capitalismo industrial y financiero. La tarea nacional de la clase obrera viene definida por el proceso de desarrollo del capitalismo italiano y del Estado burgués, que es su expresión oficial. El capitalismo italiano ha conquistado el poder siguiendo esta línea de desarrollo: ha uncido el campo a la ciudad industrial y la Italia central y meridional a la septentrional. El problema de las relaciones entre la ciudad y el campo se presenta en el Estado

* Apareció sin firma en *L'Ordine Nuovo* del 13 de enero de 1921. Como es notorio, el Congreso de Livorno del PSI condujo el 21 de enero de 1921 a la escisión del ala comunista de aquel partido y a la fundación del Partido Comunista Italiano.

burgués italiano, no sólo como cuestión de relaciones entre las grandes ciudades industriales y el campo que se halla directamente vinculado a ellas en la propia región, sino como la cuestión de las relaciones entre una parte del territorio nacional y otra absolutamente distinta y caracterizada por rasgos peculiares. El capitalismo mantiene, de esta suerte, su explotación y su dominación: en la fábrica, de manera directa sobre la clase obrera; en el Estado, sobre las más amplias capas del pueblo trabajador italiano, constituido por campesinos pobres y semiproletarios. Es verdad que sólo la clase obrera está en condiciones de resolver la cuestión meridional, problema central de la vida nacional italiana, arrancando de las manos de los capitalistas y de los banqueros el poder político y económico; es verdad que sólo la clase obrera puede llevar a término el laborioso esfuerzo de unificación iniciado con el *Risorgimento*. La burguesía ha unificado territorialmente al pueblo italiano; la clase obrera tiene la misión de llevar a término la obra de la burguesía, tiene la misión de unificar económica y espiritualmente al pueblo italiano. Esto sólo se puede lograr destruyendo la actual máquina del Estado burgués, construida sobre la base de la yuxtaposición jerárquica del capitalismo industrial y financiero sobre otras fuerzas productivas de la nación; esta transformación sólo puede producirse mediante el esfuerzo revolucionario de la clase obrera directamente sometida al capital, sólo puede producirse en Milán, en Turín, en Bolonia, en las grandes ciudades de donde parten los millones de hilos que constituyen el sistema de dominación del capitalismo industrial y bancario sobre todas las fuerzas productivas del país. En Italia, por la singular configuración de su estructura económica y polí-

tica, no es sólo cierto que al emanciparse la clase obrera emancipará a todas las demás clases oprimidas y explotadas, sino también que estas otras clases no conseguirán jamás su emancipación a menos de que se alíen estrechamente a aquélla, aunque para ello hayan de atravesar los más duros sufrimientos y las pruebas más crueles. El deslindamiento que se producirá en Livorno entre comunistas y reformistas tendrá este significado concreto: la clase obrera revolucionaria se aleja de aquellas corrientes degeneradas del socialismo que se han corrompido en el parasitismo estatal; se aleja de aquellas corrientes que tratan de aprovechar la posición de superioridad del Norte sobre el Mediodía para crear una aristocracia proletaria; de aquellos que, al amor del proteccionismo aduanero burgués (forma legal del predominio del capital industrial y financiero sobre las demás fuerzas productivas nacionales) habían creado un proteccionismo cooperativo y creían emancipar a la clase obrera a costa de la mayoría del pueblo laborioso.[1] Los reformistas agitan como algo "ejemplar" el socialismo reggiano, desearían hacernos creer que toda Italia y el mundo entero pueden convertirse en una sola y gran Reggio Emilia. La

[1] Gramsci hace suyos (insertándolos en una perspectiva más vasta) algunos de los temas principales de la polémica meridionalista: polémica contra la protección aduanera de los productos industriales del Norte, que iba en perjuicio de los campesinos meridionales forzados a comprar aquellos productos a precios más elevados; polémica, asimismo, contra las facilidades de que gozaba el movimiento cooperativo del Norte, facilidades que tendían a crear estratos privilegiados dentro de la clase obrera, y de las cuales la burguesía se resarcía siempre a costa de los campesinos. De aquí la desconfianza de los "meridionalistas" respecto al PSI, considerado como representante de intereses obreros no conciliables con los de las masas meridionales. La perspectiva más vasta que introduce Gramsci es, precisamente, la de la necesaria alianza entre obreros y campesinos para romper las cadenas de una común explotación.

clase obrera revolucionaria declara que rechaza esas formas espúreas de socialismo: la emancipación de los trabajadores no puede producirse a través del privilegio arrancado por una aristocracia obrera, mediante el compromiso parlamentario y el favor ministerial; la emancipación de los trabajadores únicamente puede producirse a través de la alianza de los obreros industriales del Norte y los campesinos pobres del Sur para derrocar el Estado burgués, para instaurar el Estado de los obreros y de los campesinos, para construir un nuevo mecanismo productivo industrial al servicio de las necesidades de la agricultura, al servicio de la industrialización de la atrasada agricultura italiana y de la consiguiente elevación del nivel de bienestar nacional en provecho de las clases trabajadoras.

La revolución obrera italiana y la participación del pueblo trabajador de Italia en la vida del mundo no puede realizarse más que en el marco de la revolución mundial. Existe ya un germen de gobierno obrero mundial: es el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista salido del II Congreso. La fracción comunista del Partido Socialista, vanguardia de la clase obrera italiana, proclamará en Livorno que es necesaria e imprescindible la disciplina y la fidelidad que debemos al primer gobierno mundial de la clase obrera: precisamente de esto hará el punto central de las discusiones del Congreso. La clase obrera italiana acepta el máximo de disciplina porque desea que todas las demás clases obreras nacionales la acepten y observen al máximo.

La clase obrera italiana sabe que no puede emanciparse ni puede emancipar a las demás clases oprimidas y explotadas por el capitalismo nacional, si no existe un sistema de fuerzas revolucio-

narias mundiales que laboran hacia el mismo fin. La clase obrera italiana está dispuesta a ayudar a las demás clases obreras en sus esfuerzos de liberación, pero desea también tener cierta garantía de que aquéllas la ayudarán en los suyos. Esta garantía sólo puede darla la existencia de un poder internacional fuertemente centralizado, que goce de la confianza plena y sincera de todos los asociados, que esté en condiciones de poner en movimiento sus efectivos con la misma celeridad y la misma precisión con que acierta a hacerlo por su parte y en interés de la burguesía el poder mundial del capitalismo.

Resulta, pues, evidente que los problemas que hoy angustian al Partido Socialista y que serán decididos en el Congreso de Livorno, no son meras cuestiones internas de partido, no son conflictos personales entre individuos aislados. En Livorno se discutirá el destino del pueblo trabajador italiano, en Livorno se iniciará un nuevo período de la historia de la nación italiana.

VI. FUERZA Y PRESTIGIO

La comunicación en que la actual dirección del Partido Socialista italiano presenta al Congreso de Livorno su propia actividad y la de todo el Partido en los últimos quince meses es digna, realmente, en su árido esquematismo burocrático, de lo que ha sido en estos meses la vida del Partido, y casi parece hecha aposta para cancelar, sin variación de estilo, un período que tal vez será únicamente recordado porque en su transcurso ha madurado en la vanguardia revolucionaria del proletariado italiano la conciencia de la necesidad de destruir la unidad formal y burocrática del Partido Socialista, para alcanzar en el Partido Comunista la unidad substancial de acción y pensamiento. Por si aún fuere menester, esta comunicación suministra la última prueba de dicha necesidad, y una vez más invita a abandonar sin pensar lo que se ha convertido ya en carga vana e inútil impedimento. Si hay todavía quien, llegado el momento de separarse y emprender su camino, rememora la unidad que ya no existe y exalta junto con ella el prestigio de un pasado "glorioso", esta comunicación ha sido hecha para él. Jamás como en ella ha aparecido de manera tan evidente la posibilidad de que un movimiento de masas, al pasar a través de los órganos de un partido que debería servir para imprimirle una forma orgánica, ordenada y regular, así como para hacerlo más fuerte y arrollador, consiga, por el contrario, perder cuanto te-

nía de originalidad, de espontaneidad y de fervor, para consumirse en una sucesión de prácticas burocráticas, de relaciones jerárquicas y de discusiones vacuas e intranscendentes. En verdad que al leer estas páginas frías, donde se ennumeran una tras otra las agitaciones para decir de ésta que la dirección no creyó oportuno desarrollarla porque no le parecía maduro el momento, y objetar de aquélla que la dirección se vio obligada a asumir su responsabilidad pese a no haberla iniciado, sino que había asistido a su espontáneo surgimiento del seno de las masas, lanzadas a la acción con la fe puesta en las palabras que se les habían dicho; al leer estas páginas uno acaba por preguntarse si el Partido y la espontánea y casi ciega confianza depositada en él por las masas no han sido un obstáculo para que el pensamiento y la actuación de éstas se desplegasen en formas orgánicas capaces de desembocar en algo sustancial y concreto. Sin embargo, el prestigio del Partido, especialmente en los últimos años, después del periodo de la guerra ha constituido un elemento fundamental de la psicología de las masas italianas, y constituye tal vez hasta hoy un punto muerto que los comunistas deben superar mediante un esfuerzo lento de esclarecimiento, esfuerzo orientado a inculcar en aquéllas un poco de espíritu de crítica y de examen.

En el fondo, si se examina atentamente la acción del Partido y su propaganda durante la guerra, es decir, el origen de este prestigio, se encuentran en ellas los mismos rasgos negativos que provocan hoy la crítica de los comunistas a la actitud mantenida en los últimos años. También entonces, como hoy, se sustentaba en los periódicos, se difundía entre las masas y se adoptaba sin reservas ni restricciones un programa de oposición e incluso de eversión total. Los trabajadores, instintivamente

atraídos y arrastrados por su evidente veracidad y por la completa correspondencia de aquél con sus aspiraciones y su manera profunda de enjuiciar los hechos y los hombres, seguían, esperaban, confiados en que los propósitos, los proyectos, los planes de acción estarían de acuerdo con las palabras. Ante las masas, la absoluta oposición a la guerra aparecía como la lógica continuación de la lucha de clases. Tal era aquella oposición en los principios y tal debería haberlo sido también en los hechos, en los acontecimientos menudos de la vida del Partido y de las organizaciones afines al Partido y a su política, en los hechos cotidianos de la vida de toda la masa. En realidad, la lucha de clases, cuya continuación se proclamaba audazmente, se había apagado en los hechos que concernían de cerca, directamente, a los trabajadores; en los hechos en los que aquélla suele adoptar para los trabajadores una forma concreta. Los obreros, en los que continuaba latiendo el espíritu y la necesidad de la lucha como exigencia imprescindible de la vida, se veían obligados a actuar por caminos oblícuos, fuera del control y del marco del Partido y de las organizaciones, en forma contraria incluso a la táctica oficial u oficiosamente legitimada por aquéllos. Entre los obreros metalúricos de Turín, aún hay quien recuerda haber ido a tratar con los organismos gubernamentales sobre el control de la industria, como representantes de un embrionario organismo de fábrica, y haberse encontrado allí, al lado de los delegados de los patronos, "paritariamente" sentados a discutir, con los compañeros del Partido, con aquellos que fuera proclamaban la imposibilidad de interrumpir la lucha de clases a causa de la guerra, renunciando en cambio, en la práctica sindical, a los más elementales principios de la acción clasista. De este modo, el programa

se esfumaba al contacto con la práctica, el Partido se mostraba ya entonces impotente para mantenerse coherente con sus principios hasta en los más pequeños desarrollos de la acción cotidiana realizada o inspirada por él, para crear, en suma, alrededor de su programa una real y sustancial unidad sin darse por satisfecho con el fantasma de una palabra. Y, desde entonces, su fuerza comenzó a quedar reducida a lo que ha sido en los dos últimos años: un "prestigio", un simple "prestigio", es decir, el resultado de un estado de ánimo de seguidores y adversarios, pero no de una capacidad de acción organizada. Pero el prestigio adquirido por la oposición a la guerra se arruinaba por primera vez en 1917, después de Caporetto, cuando el partido de la derrota se revelaba incapaz de aprovecharla y transformarla en una victoria y cuando la oposición verbal, piadosamente, se suicidaba ante el Monte Grappa,[1] con un discurso de Filippo Turati.

Después de la guerra han pasado dos años de propaganda, de resoluciones siempre decididamente extremosas, de espera y de promesas; y tras dos años, la fuerza nuevamente ha demostrado ser un simple prestigio, un estado de ánimo colectivo que ahora tiende a disiparse ante un conjunto de circunstancias exteriores e internas. El informe que la dirección presenta al Congreso de Livorno puede considerarse como la prueba documental de la caída de éste prestigio a través de movimientos que los burócratas señalan como victoriosos porque han enviado al Parlamento 150 socialistas para hacer lo contrario de cuanto habían prometido, a través de agitaciones que dejaron se extinguiesen porque

[1] Aquí Gramsci acusa al PSI de no haber aprovechado la derrota de Caporetto para conquistar el poder, y más aún de haber retirado en aquella ocasión hasta la oposición verbal a la guerra que hasta aquel momento había desplegado.

no "era el momento", y de aquellas otras de las que se asumió la responsabilidad de... sepultarlas, por cuanto que no fueron elegidas a iniciativa de la oficina y del empleo competente. Dedicamos, por consiguiente, esta comunicación a los compañeros que aún razonan acerca del "prestigio" de la unidad y lloriquean quejumbrosamente contra quienes no saben ya qué hacer con un hombre vacío; la dedicamos a quienes viven de una sombra: a los comunistas cumple sustituir una sombra por una fuerza efectiva.

VII. FUNCIONARISMO

El Congreso Confederal de Livorno ha terminado. Ni una consigna nueva, ni una directriz ha salido de él. En vano esperaban las grandes masas italianas que se las orientase, en vano esperaban una palabra iluminadora que pudiese calmar su congoja y dar forma a sus pasiones. El Congreso tampoco ha planteado ni resuelto ninguno de los problemas vitales para el proletariado en el actual periodo histórico: ni el problema de la emigración, ni el problema del paro, ni el problema de las relaciones entre obreros y campesinos, ni el problema de las instituciones que mejor puedan encauzar el desarrollo de la lucha de clases, ni el problema de la defensa material de los locales de clase y de la seguridad personal de los militantes obreros. La única preocupación de la mayoría del Congreso ha sido la de salvaguardar y garantizar la posición y el poder político de los actuales dirigentes sindicales, salvaguardar y garantizar la posición y el poder (poder impotente) del Partido Socialista.

No podía encontrar mejor justificación nuestra lucha contra el funcionarismo sindical. En muchas regiones de Italia, masas de trabajadores habían saltado a la palestra para defender su elemental derecho a la vida, a la libertad de moverse en la calle, a la libertad de asociarse, de reunirse, de disponer de locales propios. El campo de lucha se transforma rápidamente en un campo trágico: in-

cendios, cañonazos, fuego de ametralladoras, decenas y decenas de muertos. La mayoría del Congreso no se ha conmovido ante estos acontecimientos; la tragedia de las muchedumbres populares que se defendían desesperadamente frente a un enemigo implacable y cruel fue incapaz de imbuir seriedad, de infundir el sentido de la propia responsabilidad histórica a esta mayoría, integrada por hombres de corazón aridecido y de cerebro disecado. Estos hombres ya no viven para la lucha de clases, ya no sienten las mismas pasiones, los mismos deseos, las mismas esperanzas de las masas: entre ellos y las masas se ha abierto un abismo insalvable; entre ellos y las masas el único contacto es el registro de cuentas y el fichero de socios. Estos hombres ya no ven en la burguesía al enemigo, lo ven en los comunistas; tienen miedo a la competencia, se han convertido de lleno en banqueros de hombres en régimen de monopolio, y el menor indicio de competencia les vuelve locos de miedo y desesperación.

El Congreso Confederal de Livorno ha sido para nosotros una experiencia formidable; esta experiencia ha rebasado nuestro pesimismo. Nosotros, la redacción de *L'Ordine Nuovo,* siempre habíamos visto en el problema sindical, en el problema de la organización de las grandes masas, en el problema de la elección del personal dirigente de esta organización, en el problema central del movimiento revolucionario moderno; sin embargo, nunca como hoy habíamos advertido toda la gangrena que corroe al movimiento. Los artículos de *L'Ordine Nuovo* han sido leídos, apostillados y comentados en el Congreso, y han llenado el aula de clamores y tumultos: y no obstante, estos artículos no decían siquiera la décima parte de nuestro juicio pesimista sobre las insuficiencias de los hombres y de las instituciones. Este juicio es aún más severo después del Congreso. Sí,

porque mientras los obreros se batían en calles y plazas, mientras las llamas de los incendios llenaban de terror a la población y la inducían, desesperada, a la exasperación individual y a las más espantosas represalias, no hubiéramos podido concebir que los sedicentes delegados de estas masas populares se extraviasen entre los pantanos más cenagosos y miasmáticos de la lucha personal; las multitudes se desangraban en las calles y en las plazas, entraban en escena los cañones y las ametralladoras, y estos dirigentes, estos jefes, estos futuros administradores de la sociedad enloquecían y se enfurecían por un artículo, por un entrefilete, por un título. Y esos hombres querían convencernos de que habíamos hecho mal, de que habíamos cometido un delito apartándonos de ellos; querían convencernos de que somos ligeros, de que somos nosotros los irresponsables, de que somos nosotros los "milagreros", de que no somos capaces de comprender y ponderar las dificultades de la situación histórica y del movimiento revolucionario. Y querían que nos persuadiésemos de que ellos personifican la sagacidad, la competencia, la técnica, la sensatez, la capacidad política y administrativa acumulada por el proletariado en su lucha y en su experiencia histórica de clase. Vamos... El Congreso Confederal hace bueno al Parlamento, hace buenas las peores asambleas de las clases que en el pasado demostraron estar más corrompidas y putrefactas.

Ha aumentado nuestro pesimismo, no ha disminuido nuestra voluntad. Los funcionarios no representan a las masas. Los Estados absolutistas eran precisamente los Estados de los funcionarios, los Estados de la burocracia: no representaban a la población y fueron sustituidos por los Estados parlamentarios. La Conferencia representa, en el des-

arrollo histórico del proletariado, lo que el Estado absolutista ha representado en el desarrollo histórico de las clases burguesas; será sustituida por la organización de los consejos, que son los parlamentos obreros cuya función es corroer los sedimentos burocráticos y transformar las viejas relaciones organizativas. Ha aumentado nuestro pesimismo, pero sigue siempre viva y actual nuestra divisa: pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad.

VIII. SOCIALISTAS Y COMUNISTAS

Cada uno de los acontecimientos que en estos días se suceden muestra mejor los caracteres de los dos partidos que han salido del Congreso de Livorno: el comunista y el socialista. Si a muchos les parece ocioso distinguir a socialistas y comunistas en el terreno de las afirmaciones generales, los hechos que se desenvuelven en la historia, por lo mismo que requieren una interpretación crítica y exigen que se asuma ante ellos una posición neta y precisa, han puesto de manifiesto los dos métodos opuestos de uno y otro partido. La escisión de Livorno debería haberse producido un año antes por lo menos, porque así los comunistas habrían tenido tiempo para proporcionar a la clase obrera la organización propia del periodo revolucionario en que vive. Mas, con todo, de Livorno a hoy se han sucedido no pocos acontecimientos. Y estos acontecimientos, sin duda graves, han revelado de manera clara la diferencia sustancial entre comunistas y socialistas.

Esa diferencia radica en el método y en la interpretación de los hechos históricos. Los socialistas nunca han comprendido el espíritu del periodo de la lucha de clases que atravesamos; no han comprendido que la lucha de clases se puede convertir en guerra abierta por cualquier motivo en cualquier momento, guerra que sólo puede terminar con la toma del poder por el proletariado. De esta incomprensión del espíritu de este periodo histó-

rico se deriva también la ausencia de un método para orientar a la clase obrera y campesina hacia formas nuevas de gobierno. Los socialistas creen que los términos de la lucha entre las dos clases son los mismos de antes de la guerra. Para los socialistas la guerra y la revolución rusa no tienen valor. Por eso continúan confiando en su viejo método y contemplando el socialismo como una meta lejana.

Pero en el Partido Socialista hay también comunistas; hay también, según se dice, quienes afirman que vivimos en un periodo revolucionario. Esos comunistas —esto es, los maximalistas revolucionarios de un tiempo— pretenden incluso ser la mayoría del Partido Socialista. Pero sólo se trata de palabras. En realidad, éstos han demostrado que son iguales que los demás; en realidad, no han sabido elaborar un método propio, distinto al de los socialistas no comunistas. El Partido Socialista ha marchado siempre más bien a la derecha, a despecho de todas las declaraciones revolucionarias genéricas que alguien haya tenido aún la hipocresía de hacer de cara a las masas. Los comunistas que han permanecido dentro del Partido Socialista han seguido la corriente de la derecha. Por consiguiente, no se puede hacer ninguna distinción dentro del Partido Socialista. Los métodos que hoy se enfrentan son dos y sólo dos: el de los comunistas adheridos a la III Internacional y el de los socialistas.

Ahora los socialistas, colocados frente a la historia, han reafirmado su incapacidad para organizar a la clase obrera como clase dominante. Los sucesos de Emilia, de Puglie, de Toscana, los más recientes de Casalese, hablan precisamente de que los socialistas han perdido por completo la visión de los problemas y de las necesidades de los obreros. Demuestran tener horror a la guerra civil, como si

al socialismo se pudiese llegar sin guerra civil. Creen aún posible oponerse a la clase burguesa, que organiza y desencadena por todas partes su violencia, mediante la protesta en el Parlamento y el orden del día deplorando la barbarie fascista. No sólo en este terreno se alejan los socialistas de la clase obrera. En la vida de la fábrica y del sindicato ocurre lo mismo.

Los socialistas enfocan también el grave problema de la crisis industrial, que amenaza con el cierre de todas las fábricas, con la mentalidad de anteguerra, es decir, con la mentalidad de que es posible continuar una política de compromisos y de medias tintas. Tanto frente al problema del poder como frente al problema de la defensa de la producción, los socialistas no tienen ni un método ni una idea clara. Y es por eso por lo que aún conservan el dominio sobre las masas; éstas se hallan desorientadas y tardan en encontrar la vía del rescate. Pero éstas son responsabilidades que han de pagarse un día. Hay problemas que no se pueden diferir eternamente. Y la historia terminará por hacer justicia con los ineptos y con los errores cometidos. Acosadas por los acontecimientos, las masas se percatarán un día de que han sido traicionadas y acabarán por orientarse hacia el partido histórico, el Partido Comunista. Con tal de que no sea ya demasiado tarde...[1]

[1] Reaparece aquí el acicate dramático que tanto preocupaba a Gramsci: la lucha contra el tiempo para tener organizado un partido fuerte y capaz, *antes* de que la burguesía descargase sus golpes decisivos. Tal era el trágico imperativo de la situación al que Gramsci no sabía si los comunistas acertarían a responder de manera adecuada.

EPISTOLARIO

GRAMSCI A TOGLIATTI: LA SITUACION DEL PARTIDO Y SUS PERSPECTIVAS

18 de mayo de 1923

Querido Palmiro:

Responderé largamente a tu carta y te expondré cuál es en este momento mi opinión sobre la situación del Partido y las perspectivas que se pueden abrir para su desarrollo futuro y para la actitud del grupo que lo constituye. En líneas generales te digo de inmediato que eres demasiado optimista; la cuestión es mucho más compleja de lo que se deduce de tu carta. He tenido, durante el IV Congreso, algunas conversaciones con Amadeo,[1] que me inducen a creer necesaria una discusión franca y definitiva entre nosotros a propósito de cuestiones que hoy parecen, o pudieran parecer, querellas intelectuales, pero que considero pueden convertirse en caso de un desarrollo revolucionario de la situación italiana en motivo de crisis y descomposición interna del Partido. Hoy, es ésta la cuestión fundamental, la que tú mismo has planteado: hay que crear en el interior del Partido un núcleo —no

[1] Bordiga. Las "conversaciones con Amadeo" de que habla Gramsci tuvieron lugar durante el IV Congreso de la Internacional. Participó también en ellas Scoccimarro. Gramsci estaba convencido de que las diferencias con Bordiga no se limitaban a la cuestión de las relaciones con los socialistas, sino que afectaban a todos los problemas de estrategia y de táctica del movimiento obrero comunista. Solicitó, pues, las *conversaciones* y su curso le reafirmó en su juicio y en la inevitabilidad de una ruptura. Scoccimarro estuvo de acuerdo con él. Por consiguiente, se hacía necesaria la formación de un nuevo grupo dirigente. Del texto de esta carta resulta que Gramsci daba incluso como ya existente este grupo, no en el sentido de acuerdos establecidos, sino de las posiciones que los camaradas a quienes se dirigía habían mantenido en otros momentos". (Palmiro Togliatti, *La formación del grupo dirigente del PCI*, Roma, Editori Riuniti, 1962, pág. 63.)

una fracción— de camaradas que tengan el máximo de homogeneidad ideológica y logren, en consecuencia, imprimir a la acción práctica un máximo de unicidad directiva. Nosotros, el viejo grupo turinés,[2] hemos cometido muchos errores en este campo. Hemos rehuido llevar hasta sus extremas consecuencias las disensiones ideológicas y prácticas que surgieron con Angelo,[3] no clarificamos la situación, y hoy nos encontramos en este punto: que un pequeño grupo de camaradas disfruta por cuenta propia las tradiciones y las fuerzas que nosotros pusimos en pie, y Turín se ha convertido en una pieza contra nosotros.

En el terreno general, a causa de la repugnancia que sentimos de crear una fracción en 1919-1920, quedamos aislados, como simples individuos o poco menos, mientras en el otro grupo, el abstencionista, la tradición de fracciones y de trabajo en común ha dejado huellas profundas que aún hoy tienen reflejos ideológicos y prácticos muy considerables en la vida del Partido. Pero te escribiré largo y tendido. Quiero además escribir una carta más general para los camaradas de nuestro viejo grupo, como Leonetti, Montagnana, etc., en la que les explicaré también mi actitud en el IV Congreso,[4] que, si recuerdan, reproduce la misma situación mía de 1920 en Turín, cuando no quise entrar en la fracción comunista eleccionista,[5] pero sostenía la necesidad de un entendimiento mayor con los propios abstencionistas.[6]

[2] El grupo de *L'Ordine Nuovo.*

[3] Angelo Tasca.

[4] De la Internacional.

[5] Partidarios de la participación de los comunistas en las elecciones.

[6] "Gramsci se había separado de Togliatti (secretario de la sección socialista), Montagnana, etc., y había dado vida a un Grupo de Educación Comunista, tendencialmente más próximo a los abstencionistas bordiguianos. El episodio, sin embargo, fue de breve duración". (Togliatti, *op. cit.*, pág. 63).

Pienso que hoy, aquí arriba, será más fácil, dadas las condiciones generales del movimiento en Europa, resolver favorablemente para nosotros, al menos en lo sustancial, las cuestiones que se han planteado. Por nuestra parte hemos cometido formalmente groseros errores que nos han perjudicado enormemente y han hecho que aparezcamos como gente pueril, ligera, desorganizada. Pero la situación nos es favorable en toda la línea. En lo que a Italia se refiere soy optimista a condición, se entiende, de que sepamos trabajar y permanecer unidos. La cuestión del PSI debemos enfocarla, creo, de una forma más realista y pensando por reflejo en el periodo posterior a la toma del poder. Tres años de experiencia nos han enseñado, y no sólo en Italia, hasta qué punto están arraigadas las tradiciones socialdemócratas y cuán difícil resulta destruir los residuos del pasado mediante la simple polémica ideológica. Se hace precisa una vasta y detenida acción política que disgregue día a día esta tradición, disgregando el organismo que la personifica. La táctica de la Internacional es la adecuada para ello. En Rusia, sobre 350,000 miembros del PC, sólo 50,000 son viejos bolcheviques; los otros 300,000 son mencheviques y socialrevolucionarios llegados a nuestras filas por la acción política del núcleo originario que, sin embargo, no ha quedado inmerso en este elemento, sino que continúa dirigiendo el Partido e incluso se refuerza continuamente en las representaciones del Congreso y en el movimiento general del estrato dirigente.

En el Partido alemán ocurre lo mismo: los 50,000 espartaquistas han encuadrado íntegramente a los 300,000 independientes; en el IV Congreso, de veinte delegados alemanes, sólo tres eran ex-independientes, y he aquí que la representación había sido elegida en gran parte por los organismos locales.

En lo que a nosotros se refiere, creo que teníamos excesivas preocupaciones y, si se examina cuál es la raíz psicológica de ello, sólo encuentro una explicación: teníamos conciencia de ser débiles y de que podíamos ser anegados. Claro que esto tiene reflejos prácticos de enorme importancia. En Italia habíamos cultivado una oposición de invernadero, carente de toda idealidad y de toda claridad de visión. ¿Cuál es la situación que se ha producido? La masa del Partido y de los simpatizantes se forma una opinión sobre la base de los documentos públicos que están en la línea de la Internacional y, por reflejo, de la oposición. Nosotros nos separamos de la masa: entre nosotros y ésta se forma una nube de equívocos, de malentendidos, de complicados embrollos. Al llegar a cierto punto, apareceremos como hombres que quieren seguir en sus puestos a toda costa, es decir, se nos atribuirá para nuestro daño lo que es típico de la oposición. Creo que nosotros, nuestro grupo, deberíamos permanecer a la cabeza del Partido porque estamos realmente en la línea del desarrollo histórico; porque, no obstante todos nuestros errores, hemos trabajado positivamente y hemos creado algo; los demás no han hecho nada y lo que hoy intentan hacer es liquidar el comunismo en Italia, retrotraer nuestro joven movimiento a los cauces tradicionales. Pero si continuamos adoptando las actitudes formalistas que hemos adoptado hasta ahora (claro que éstas son formalistas para mí, para ti, para Bruno, para Umberto,[7] no para Amadeo) conseguiremos el fin opuesto al deseado: la oposición se convertirá de hecho en la representante del Partido y nosotros quedaremos excluidos, sufriremos una derrota práctica, tal vez irreparable, que sería indudablemente el comienzo de nuestra disgregación

[7] *Bruno* es Fortichiari, *Umberto* es Terracini.

como grupo y de nuestra derrota ideológica y política. Pues bien, es menester no preocuparse demasiado por nuestra función dirigente: debemos seguir adelante, explicando nuestra acción política, sin mirarnos demasiado al espejo. Estamos en el filo de la corriente histórica y triunfaremos porque *remamos* bien y tenemos firme el timón en nuestras manos. Si sabemos trabajar bien, absorberemos al Partido Socialista y resolveremos el primero y fundamental problema revolucionario: unificar al proletariado de vanguardia y destruir la tradición populachera demagógica.

El comentario que has hecho sobre el Congreso socialista no me ha satisfecho desde esta óptica. En él apareces como el comunista que se mira al espejo; en vez de disgregar al PSI, tu comentario tiende a reforzarlo, colocando a todo el movimiento socialista en situación de antítesis insuperable respecto a nosotros. En lo tocante a los jefes, a Nenni, a Vella, etc., esto es indudable; pero en lo que toca a la masa inscrita, que es la que más cuenta, en lo que toca a la zona de influencia proletaria, ¿es eso cierto? Indudablemente que no, y estamos persuadidos de que el proletariado de vanguardia será atraído y asimilado por nosotros en su inmensa mayoría. ¿Qué hay que hacer entonces?

1) No insistir en antítesis hechas en bloque, sino diferenciar entre jefes y masa.

2) Localizar todos los elementos de disensión entre los jefes y la masa y profundizarlos, ampliarlos, generalizarlos políticamente.

3) Abrir una discusión sobre la política actual y no un examen de fenómenos históricos generales.

4) Hacer proposiciones prácticas e indicar a la masa las directrices prácticas de acción y de organización.

Ejemplifico para que me entiendas mejor y amplío la cuestión al Congreso popular, que no ha sido aprovechado por nosotros políticamente, aunque, junto con el desarrollo de la situación del Partido Sardo de Acción, nos ofrecía un terreno para hacer afirmaciones esenciales sobre el problema de las relaciones entre el proletariado y las clases rurales.

El problema socialista era éste: poner de manifiesto el flagrante contraste entre las palabras y los hechos de los jefes socialistas. Cuando la Internacional nos aconsejó hacer nuestra la divisa de los socialistas de derecha sobre el bloque entre los dos partidos, lo hizo porque era fácil prever que en aquella situación general la fusión se había hecho imposible y era preciso aprisionar a Vella y a Nenni en sus propios recintos, sentado, como necesariamente lo estaba, que su conducta era demagógica y que su línea divergía de la nuestra. Se ha visto en la respuesta a nuestra proposición. En el comentario sobre el Congreso era menester empezar señalando lo siguiente: la prohibición a los fusionistas[8] de organizarse, su exclusión del centro dirigente, la disolución de la federación juvenil:[9] eran éstos elementos políticos de primer orden a utilizar. Había que colocar a la masa socialista ante este hecho preciso, había que realizar para ella el trabajo de extraer, de entre la confusión de la polémica y el verbalismo, las líneas directrices concretas y exponerlas en forma clara y comprensiva.

Lo mismo en lo que se refiere al Congreso popular. Creo que cada movimiento del Partido

[8] La corriente de izquierda del Partido Socialista, favorable a la fusión con los comunistas. Fue derrotada por la corriente *defensista*, dirigida precisamente por Nenni, Vella, Vernocchi y otros.

[9] La Federación juvenil socialista era de orientación *fusionista*.

Popular, dados los vínculos existentes entre esta organización y el Vaticano, tenía para nosotros una importancia especial. El Congreso popular ha tenido, según mi opinión, el siguiente significado: existe un amplio y difuso descontento entre las masas campesinas contra la política de aquel partido, descontento determinado especialmente por el nuevo impuesto sobre los empresarios agrícolas. Este estado de ánimo se extiende del campo a la ciudad, en amplios estratos de la pequeña burguesía. La composición del PP es ésta: una derecha reaccionaria y fascista radicada en la aristocracia clerical, una izquierda con base en el campo, y un centro constituido por elementos urbanos y por eclesiásticos. La campaña del *Corriere* y de la *Stampa* lleva agua al molino del centro popular. Los elementos que a causa de esta campaña engañosa se van alejando del fascismo, se orientan necesariamente hacia el PP, única organización existente que con su táctica elástica y oportunista alimenta la esperanza de estar en condiciones de equilibrarse con el fascismo y de reintroducir una competencia de gobierno en el terreno parlamentario, es decir, una libertad entendida a lo liberal. La táctica fascista en relación a los populares es muy peligrosa y conducirá necesariamente a hacer más de izquierdas ese partido y a provocar esciciones a la izquierda. A los populares se les presenta la misma situación que durante la guerra, pero enormemente más difícil y peligrosa. Durante la guerra, los católicos eran neutralistas en parroquias y villas, mientras los periódicos y las altas esferas eclesiásticas apoyaban la guerra de manera clamorosa. Entonces, el gobierno no forzaba al centro a oponerse a la periferia o a homogeneizarse. Los fascistas no desean actuar así. Quieren tener un consenso abierto y una declaración de responsabilidad, especialmente ante las masas, en las células originarias de los partidos de masas. Es imposible obtener esto del PP si no se exige implícitamente su muerte. Parece evidente que nosotros debemos acentuar y ampliar la crisis de los populares, arrancando, incluso para nuestros periódicos, declaraciones de elementos de izquierda, como hemos hecho ya una vez en Turín con Giuseppe Speranzini.

La carta me ha resultado más larga y complicada de lo que había pensado. Puesto que deseo tratar algunas de estas cuestiones más ampliamente, termino por hoy.

Saludos cordiales para los compañeros y para ti.

Antonio

GRAMSCI A SCOCCIMARRO: LA POLEMICA CON BORDIGA Y LA LUCHA CONTRA EL SECTARISMO.

U.9. Viena, 5 de enero de 1924
N. P. 76

Querido Negri:

He recibido tu carta del 25 de diciembre, así como la carta de Palmi del 29 del mismo mes. Respondo a los dos de golpe. Transmite esta carta a Palmi y si es posible también a Lanzi y a Ferri.[10]

Te diré de manera sintetizada por qué insisto en considerar imposible que yo firme el manifiesto aun después de haber leído la segunda redacción. Para el manifiesto no existen ni el Eje-

[10] *Negri* es Scoccimarro; *Palmi*, Togliatti; *Lanzi*, Tresso y *Ferri*, Leonetti.

cutivo ampliado de febrero del 22, ni el de junio del 22, ni el Cuarto congreso, ni el Ejecutivo de junio del 23.[11] Para el manifiesto, la historia termina con el Tercer Congreso, y al Tercer Congreso hay que retornar para continuarla. Todo esto puede ser plausible como opinión personal de un compañero aislado y como expresión de un pequeño grupo; pero resulta simplemente demencial como directriz de una fracción mayoritaria que ha dirigido el Partido desde el Tercer Congreso en adelante y que continúa dirigiéndolo. Es demencial y absurdo, porque en todos los Ejecutivos ampliados, así como en el Cuarto Congreso, los representantes de la mayoría han hecho siempre las más amplias declaraciones en favor del centralismo, del Partido único internacional, etc. En el Congreso de Roma, se había declarado que las tesis sobre táctica habrían sido votadas a título consultivo, pero que aquéllas, tras la discusión del Cuarto Congreso, deberían ser anuladas y no se hablaría más de ellas. En la primera mitad de marzo de 1922, el Ejecutivo de la Comintern ha publicado un comunicado especial en el que se refutaban y rechazaban las tesis sobre la táctica del Partido, y un artículo de los Estatutos de la Internacional dice que toda deliberación del Ejecutivo es vinculante para cada una de las secciones. Quede esto sentado en lo que concierne a la parte formal y jurídica de la cuestión. La cual tiene su importancia. En realidad, después de la

[11] "Las reuniones de los Ejecutivos ampliados que siguieron al III Congreso, recordadas en la carta, no se ocuparon únicamente de los problemas italianos, sino que habían planteado y desarrollado, sobre todo, la táctica del frente único y lanzado la consigna de Gobierno Obrero. Sobre estos extremos la resistencia y la oposición de Bordiga había sido obstinada". (Togliatti, *op. cit.* pág. 148). Naturalmente, se trata de los congresos y de los Ejecutivos de la III Internacional.

publicación del manifiesto, la mayoría podría ser descalificada por completo y hasta excluida de la Comintern. Si la situación política de Italia no se opusiera a ello, considero que la exclusión se produciría. A juzgar por la concepción del Partido que se deriva del manifiesto, la exclusión debería ser taxativa. Si una de nuestras federaciones hiciese tan sólo la mitad de lo que la mayoría del Partido intenta hacer en relación a la Comintern, su disolución sería inmediata. No quiero aparecer como un completo payaso firmando el manifiesto.

Pero no estoy tampoco de acuerdo con la esencia del manifiesto. Tengo otra concepción del Partido, de su función, de las relaciones que se deben establecer entre él y las masas sin partido, entre él y la población en general. No creo en absoluto que la táctica que ha sido desarrollada a través de los Ejecutivos ampliados y del Cuarto Congreso sea errónea. Ni por sus planteamientos generales ni por sus detalles relevantes. Creo que también para ti y para Palmi será así, y no puedo por eso comprender cómo os embarcáis con tanta ligereza en tan peligrosa galera. Me parece que os encontráis en el mismo estado de ánimo en que yo me encontraba durante el período del Congreso de Roma. Tal vez porque desde entonces he estado lejos del trabajo interno del Partido, aquel estado de ánimo se ha disipado; en realidad, se ha disipado también por otras razones. Y una de las más importantes es ésta: no se puede en absoluto establecer compromisos con Amadeo. Es una personalidad demasiado vigorosa y tiene una convicción tan profunda de estar en lo cierto, que es absurdo pensar aplacarle con un compromiso. Continuará luchando y volverá a presentar sus tesis, siempre intactas, en toda ocasión.

Creo que no tiene razón Palmi al considerar que no es el momento propicio para iniciar una acción nuestra, independiente, y para abrir paso a una formación nueva, que sólo "territorialmente" apareciese como de centro. Es innegable que la concepción hasta ahora oficial sobre la función del Partido sólo ha conducido a petrificarnos en discusiones de organización y, por consiguiente, a una verdadera y precisa pasividad política. En vez de centralismo, hemos obtenido un morboso movimiento minoritario, y si se habla con los compañeros emigrados a fin de que participen más activamente en la acción exterior del Partido, se extrae la impresión de que para ellos, en realidad, el Partido es bien poca cosa y que bien poco estarían dispuestos a dar por él. La experiencia de la escuela de Petrogrado es muy expresiva. En realidad, me he persuadido de que la mayor fuerza de que dispone la organización del Partido en su conjunto radica en el prestigio y en las ideas de la Internacional, y no en los vínculos que la acción específica del Partido haya logrado suscitar: e incluso en este terreno se ha creado una minoría. Hemos permitido que sea la minoría quien ostente el título de verdadera representante de la Internacional en Italia.

Y hoy precisamente, cuando hemos decidido llevar la discusión ante las masas, debemos asumir un puesto definitivo y nuestra propia y exacta fisonomía. Mientras las discusiones se producían en un círculo restringidísimo y se trataba de organizar a cinco, seis, diez personas en un organismo homogéneo, era aún posible —si bien tampoco entonces fuese totalmente justo— llegar a compromisos individuales y descuidar ciertas cuestiones que no tenían inmediata actualidad. Hoy se va ante la masa, se discute, se determinan formaciones de masas cuya existencia no se limitará a unas cuantas horas. Pues bien, es necesario que este hecho se produzca sin equívoco, sin sobreentendidos, que estas formaciones posean una organicidad y puedan desarrollarse y transformarse en todo el Partido. Por eso no firmo el manifiesto. Aún no sé con exactitud lo que haré. No es la primera vez que me he encontrado en estas condiciones y Palmi debe recordar que en agosto de 1920 me separé también de él y de Umberto. Entonces era yo quien prefería mantener relaciones con la izquierda antes que mantenerlas con la derecha, en tanto que Palmi y Umberto se habían unido a Tasca, que se hallaba separado de nosotros desde enero. Hoy parece que ocurre lo contrario. Aunque, en verdad, la situación es muy distinta, y así como entonces había que apoyarse dentro del Partido Socialista en los abstencionistas, si se quería crear el núcleo fundamental del futuro Partido, así hoy es menester luchar contra los extremistas, si se quiere que el Partido se desarrolle y que deje de ser una simple fracción externa del Partido Socialista. De hecho, los dos extremismos, el de derecha y el de izquierda, al encerrar al Partido en la única y exclusiva discusión de las relaciones con el Partido Socialista, lo han reducido a un papel secundario. Probablemente quedaré solo. Como miembro del CC del Partido y del Ejecutivo de la Comintern, escribiré un informe en el que combatiré a unos y a otros, acusando a ambos del mismo pecado y recabando de la doctrina y de la táctica de la Comintern un programa de acción para nuestra actividad futura. Esto es todo lo que quería decir. Os aseguro que sea cual fuere vuestro razonamiento no logrará que modifique mi posición. Naturalmente, deseo continuar colaborando estrechamente con vosotros y pienso que la ex-

periencia de estos años habrá servido, por lo menos, para enseñarnos a todos que se pueden dar en el ámbito del Partido opiniones distintas y continuar, sin embargo, trabajando juntos con el máximo de recíproca confianza.

Ruega a los camaradas que están al alcance de tu mano que activen el envío de los artículos que he pedido. Palmi debería hacerme inmediatamente una *Batalla de las ideas* de tres columnas por lo menos (toda la última página). No sé qué libro o qué serie de libros o de otras publicaciones indicarle. Podría hacer una crítica del punto de vista sostenido por Gobetti en *Rivoluzione liberale*, demostrando que en realidad el fascismo ha presentado a Italia un dilema muy crudo y tajante: el de la revolución permanente y la imposibilidad, no ya de modificar la forma del Estado, sino de realizar un simple cambio de gobierno si no es mediante la fuerza armada. Y podría examinar la nueva corriente nacida en el seno de los ex-combatientes y cristalizada en torno a la *Italia libera*. Creo que el movimiento de los ex-combatientes en general, que ha representado, en efecto, la formación del primer partido laico de los campesinos, en especial en la Italia central y meridional, ha tenido una inmensa importancia en el derrocamiento de la vieja estructura política italiana y determinó el debilitamiento extremo de la hegemonía burguesa parlamentaria y, por consiguiente, el triunfo de la pequeña burguesía fascista, reaccionaria y vacua, llena aún de aspiraciones y sueños utópicos de renacimiento. ¿Qué exacto significado tiene la aparición del movimiento *Italia libera* en este cuadro general? Esto se me escapa y me gustaría de veras que Palmi me diese alguna claridad a este propósito.

Palmi debería ser, naturalmente, uno de los pilares de la revista, enviando artículos generales que hagan posible el renacimiento sustancial del viejo *L'Ordine Nuovo*. He descuidado siempre dar indicaciones para la colaboración de Valle, porque pienso que querrá tener campo libre a este respecto. Dile, sin embargo, que me gustaría tener un artículo suyo, sintetizado, sobre la cuestión de la reforma Gentile de la escuela. Lo de sintetizado tiene, claro está, un significado lógico y no métrico decimal. El artículo podría tener también cinco columnas y serviría como núcleo central de un número.

¿Y qué hace Lanzi? También él debería colaborar. Especialmente sobre la cuestión sindical. Escribidle y decidle que deseo saber algo de su actividad y sus opiniones sobre los hechos que se desarrollan.

Saludos

Gramsci

GRAMSCI A JULIA SCHUCHT: EL CULTO A LA PERSONALIDAD

(Viena), 10 de enero de 1924

[...] Nunca se podrá evitar que las grandes masas sinteticen la revolución en algunos nombres que parecen expresar todas las aspiraciones y el dolorido sentimiento de las masas obreras oprimidas. En una aldea italiana ha sucedido este hecho: tres días después de la muerte de Lenin, falleció un jornalero agrícola, comunista, que junto con sus compañeros de trabajo había sido obligado a inscribirse en las corporaciones sindicales fascistas.

Este jornalero hizo que lo enterrasen vestido de rojo con un ¡Viva Lenin! escrito en el pecho; Lenin había muerto, pero él quería ser enterrado así. Sus compañeros de trabajo lo acompañaron por la noche al cementerio y cantaron sobre su fosa la Internacional. El sepulturero ha contado el hecho y los fascistas disolvieron todas sus organizaciones locales, que estaban formadas en su mayoría por campesinos pobres revolucionarios, aterrorizados por el aislamiento y el garrote. Estos nombres, en una parte considerable de las masas más pobres y retrasadas, se convierten casi en un mito religioso. Y es esta una fuerza que no debemos destruir...[12]

Gramsci

GRAMSCI A TOGLIATTI Y TERRACINI: LA NUEVA LINEA DEL PARTIDO

U. 9. Viena, 9 de febrero de 1924
N. P. 90

Queridos compañeros:

Acepto con mucho gusto la invitación que me dirige el compañero Urbani para que fije al menos a grandes trazos las razones por las cuales creo

[12] No cabe duda de que Gramsci concede aquí una función positiva, en determinadas situaciones históricas (atraso de las masas, etc.), al denominado "culto a la personalidad". No obstante para quien conoce la personalidad gramsciana no cabe duda tampoco de que anteponía a tal juicio dos condiciones previas: que el mito concerniese a las masas y que no viniese dado por el jefe (como un autoculto a la personalidad que degenera en tiranía), y que fuese considerado como un momento transitorio para encaminar a las masas hacia una conciencia racional de los propios deberes y de las diversas etapas de la revolución.

necesario, en este momento, no sólo entablar una discusión a fondo sobre nuestra situación interna ante la masa del Partido, sino también proceder a un nuevo deslindamiento de los grupos que aspiran a la dirección del Partido.[13] Razones de oportunidad me obligarán, sin embargo, a no ahondar demasiado en determinadas cuestiones. Conozco la psicología difusa de nuestro movimiento y sé que la ausencia que hasta ahora ha habido de cualquier polémica interna y de cualquier intento enérgico de autocrítica ha creado también entre nosotros una mentalidad extremadamente puntillosa e irascible, que se encrespa por cualquier nadería.

La situación interna de la Internacional. No me ha convencido del todo el análisis hecho por Urbani de las nuevas orientaciones que se manifestarían en la Comintern después de los acontecimientos de Alemania. De la misma manera que hace un año no creí que la Internacional se desplazase hacia la derecha, según la opinión difundida por nuestro CE, tampoco creo hoy que se incline hacia la izquierda. La misma nomenclatura política adoptada por el compañero Urbani me parece absolutamente equivocada y, en todo caso, sobremanera superficial. En lo que a Rusia se refiere, siempre he creído que en la topografía de las fracciones y de las tendencias, Radek, Trotsky y Bujarin

[13] "Por fin Gramsci expone de manera definitiva y completa sus posiciones, poniendo término de este modo a las dudas y tergiversaciones de los compañeros a quienes se dirigía. Se comprende que hubiese demorado tanto dar este paso decisivo, si se tiene en cuenta quienes son algunos de los que ataca en esta carta... De un lado, temía que su posición de ruptura abierta provocase en Bordiga una reacción violenta con el resultado de escindir el Partido o de marginar al propio Bordiga, cosa que quería evitar al menos en aquel momento. De otro lado, temía que se desencadenasen en las filas del Partido disputas de carácter negativo y de carácter personal" (Togliatti, *op. cit.* pág. 185).

ocupaban una posición de izquierda; Zinoviev, Kamenev y Stalin una posición de derecha, mientras Lenin ocupaba el centro y actuaba de árbitro en todas las situaciones. Esto, naturalmente, en el lenguaje político usual. El núcleo considerado leninista, como es notorio, sostiene que estas posiciones "topográficas" son absolutamente ilusorias y falsas, y en su polémica ha demostrado constantemente que los considerados izquierdistas no son otra cosa que mencheviques arropados en un lenguaje revolucionario, pero incapaces de comprender las reales correlaciones de las fuerzas efectivas. Es sabido, en efecto, que en toda la historia del movimiento revolucionario ruso Trotsky se colocaba políticamente más a la izquierda que los bolcheviques, en tanto que en las cuestiones de organización formaba a menudo bloque, o se confundía sin rodeos, con los mencheviques. Como es notorio, ya en 1905 Trotsky consideraba que en Rusia podría realizarse una revolución socialista y obrera, mientras los bolcheviques sólo pretendían instaurar una dictadura política del proletariado aliado a los campesinos, dictadura que serviría de envoltura al desarrollo del capitalismo que no debía ser atacado en su estructura económica. Es también sabido que, en noviembre de 1917, mientras Lenin y la mayoría del Partido habían pasado a la concepción de Trotsky y se proponían implantar, no sólo el gobierno político, sino también el gobierno industrial, Zinoviev y Kamenev se mantenían en la opinión tradicional del Partido, querían un gobierno de coalición revolucionaria con los mencheviques y los socialrevolucionarios. Salieron por ello del CC del Partido, publicaron declaraciones y artículos en periódicos no bolcheviques y a punto estuvieron de llegar hasta la escisión. Es indudable que si en noviembre

de 1917 hubiese fallado el golpe de Estado, como falló en octubre pasado el movimiento alemán, Zinoviev y Kamenev se habrían separado del Partido bolchevique y probablemente se habrían ido con los mencheviques. En la reciente polémica que ha tenido lugar en Rusia, se ha puesto de relieve que a Trotsky, y a la oposición en general, en vista de la prolongada ausencia de Lenin en la dirección del Partido, les preocupa mucho un retorno a la vieja mentalidad, que sería deletéreo para la revolución. Al reclamar una intervención mayor del elemento obrero en la vida del Partido y una reducción del poder de la burocracia, trataban en el fondo de asegurar a la revolución su carácter socialista y obrero, impidiendo que se convirtiese lentamente en aquella dictadura democrática, envoltura de un capitalismo en desarrollo, que constituía el programa de Zinoviev y compañía aún en noviembre de 1917. Me parece que es ésta la situación del Partido ruso, mucho más complicada y más llena de sustancia de lo que aprecia Urbani; la única novedad es el paso de Bujarin al grupo Zinoviev, Kamenev y Stalin.

En lo que concierne a la situación alemana, me parece también que las cosas se desarrollan de una manera un tanto distinta a la que ha descrito Urbani.

Los dos grupos que en Alemania se disputan la dirección del Partido son, ambos, insuficientes e ineptos. El grupo de la denominada minoría (Fischer-Maslov) representa indudablemente a la mayoría del proletariado revolucionario; pero no posee ni la fuerza organizativa necesaria para dirigir una revolución victoriosa en Alemania ni una dirección firme y segura que la garantice de catástrofes aún peores que la de octubre. Este grupo está integrado por elementos jóvenes en la vida

del Partido, que se han encontrado a la cabeza de la oposición exclusivamente a causa de la característica falta de dirigentes en Alemania. El grupo Brandler-Thalhimer es ideológicamente, y en cuanto a preparación revolucionaria, más fuerte que el primero, pero también tiene flaquezas que, en ciertos aspectos, son mucho mayores y más deletéreas que las del otro grupo. Brandler y Thalheimer se han convertido en talmudistas de la revolución. Deseando encontrar a toda costa aliados para la clase obrera, han terminado por descuidar las funciones de la propia clase obrera; deseando conquistar a la aristocracia obrera, controlada por los socialdemócratas, han creído poder hacerlo no ya desarrollando un programa de carácter industrial que se ensamblara con los consejos de fábrica y el control, sino pretendiendo entrar en competencia con los socialdemócratas en el campo de la democracia y llevando hasta la degradación la consigna de gobierno obrero y campesino. ¿Cuál de los dos grupos se halla a la derecha y cuál a la izquierda? La cuestión es un poco bizantina. Es natural que Zinoviev, que no puede atacar a Brandler y Thalheimer como ineptos o como nulidades individuales, plantee la cuestión en el plano político y busque en sus errores un asidero para acusarlos de derechismo. Por otro lado, la cuestión se complica endiabladamente. En ciertos aspectos Brandler es un puchista más que un derechista, e incluso podría decirse que es un puchista porque es un derechista. Brandler había asegurado que era posible dar el golpe de Estado en Alemania para el pasado octubre, había asegurado que el Partido estaba presto técnicamente para ello. Zinoviev era en cambio muy pesimista y no creía que la situación estuviese políticamente madura. En las discusiones mantenidas en la Central rusa,

Zinoviev quedó en minoría y apareció, en cambio, el artículo de Trotsky: "Si se pudiese hacer la revolución a fecha fija". En una discusión habida en el Presidium, esto había sido bastante claramente dicho por Zinoviev. ¿Cuál es el quid de la cuestión? Desde el mes de julio, después de la Conferencia de la paz de La Haya, Radek, vuelto a Moscú tras una *tournée*, hizo un informe catastrófico sobre la situación alemana. De él se deducía que el CC dirigido por Brandler ya no contaba con la confianza del Partido; que la minoría, a pesar de estar constituida por elementos ineptos y en cualquier caso dudosos, tenía a su lado a la mayor parte del Partido y hubiese podido conquistar esa mayoría en el Congreso de Leipzig si el centralismo y el apoyo de la Comintern no lo hubiesen impedido; que el CC aplicaba sólo de manera formal las decisiones de Moscú; que no se había hecho ninguna campaña sistemática en pro del frente único y del gobierno obrero, limitándose a artículos periodísticos de carácter teórico y abstruso que no eran leídos por los obreros. Es evidente que después de este informe de Radek, el grupo de Brandler se puso en movimiento y que, para evitar la ascensión de la minoría, preparó un nuevo marzo de 1921. Si hubo errores, éstos fueron cometidos por los alemanes. Los camaradas rusos —es decir, Radek y Trostky— cometieron el error de dar crédito al "vendedor de humo" Brandler y a sus compañeros, pero de hecho tampoco en este caso su postura fue de derecha, sino más bien de izquierda, hasta el punto de que pudieron incurrir en la acusación de puchismo.

He creído oportuno extenderme algo sobre estos extremos, porque es preciso tener una orientación suficientemente clara en este terreno. Los Estatutos de la Internacional conceden al Partido ruso,

de hecho, la hegemonía de la organización mundial. Es indudable, por consiguiente, que hay que conocer las diversas corrientes que se registran en su seno para comprender las orientaciones que en cada caso se imprimen a la Internacional. Hay que tener en cuenta además la situación de superioridad en que se encuentran los compañeros rusos que, aparte de tener a su alcance la masa de informaciones propia de nuestra organización, disponen también de la más abundante y precisa, sobre ciertas cuestiones, propia del Estado ruso. Sus orientaciones se apoyan, por lo tanto, en una base material de la que nosotros no podremos disponer sino después de una revolución, y ello da a su supremacía un carácter permanente y difícilmente vulnerable.

El manifiesto de la izquierda comunista. Paso ahora a las cuestiones más estrictamente nuestras. El camarada Urbani dice que yo he exagerado mucho en mis apreciaciones sobre el carácter del manifiesto.[14] Sigo sosteniendo que el manifiesto es el inicio de una batalla a fondo contra la Internacional, y que en él se pide una revisión de todo el desarrollo táctico que se ha producido desde el Tercer Congreso.

Entre los puntos conclusivos del manifiesto, el correspondiente a la letra *b*) dice que es necesario abrir una discusión en los órganos competentes de la Internacional acerca de las condiciones de la lucha proletaria en Italia durante los últimos años, asegurando una amplia participación y al margen de las sistematizaciones contingentes y transitorias que con frecuencia sofocan el examen

[14] Se trata del documento preparado por Bordiga y que Gramsci no había querido firmar, como se deduce de la carta anterior.

y la solución de los más importantes problemas. ¿Qué significa esto, sino que se pide y se considera posible, no sólo una revisión de la táctica de la Comintern en Italia desde el Tercer Congreso, sino también una discusión sobre los principios generales que constituyen el fundamento de esta táctica? No es verdad que después del Tercer Congreso, como se afirma en el último apartado del capítulo ("La táctica comunista en Italia"), la Internacional no haya dicho lo que deseaba que se hiciera en Italia. En el número 28 de la revista *Internazionale comunista* se publicó una carta abierta del Ejecutivo internacional al CC del PCI, carta escrita hacia mediados de marzo de 1922, esto es, después del Ejecutivo ampliado de febrero. En ella se refuta y rechaza toda la concepción de las tesis tácticas presentadas al Congreso de Roma y se afirma que dicha concepción está en completo desacuerdo con las resoluciones del Tercer Congreso. En la carta se tratan especialmente los siguientes puntos: 1) el problema de la conquista de la mayoría; 2) las situaciones en las que la batalla se hace necesaria y las posibilidades de lucha; 3) el frente único; 4) la consigna de gobierno obrero.

En el tercer punto se especifica la cuestión del frente único en el campo sindical y en el campo político. Esto es, se dice explícitamente que el Partido debe entrar a formar parte de comités mixtos de lucha y agitación. En el punto cuarto se intenta trazar una línea táctica inmediata para la lucha italiana, táctica que debe conducir al gobierno obrero. La carta termina con esta frase: "Es preferible que el Partido se limite a las tesis elaboradas por el Tercer Congreso y el Ejecutivo ampliado de febrero renunciando a sus tesis propias, a que presente las tesis en cuestión, que forzarían al Ejecutivo a combatir abiertamente y de la for-

ma más enérgica las concepciones del CC italiano". No sé si, después de esta carta del Ejecutivo, que tiene un valor y un significado bien precisos, se puede reclamar que se reemprenda toda la discusión por encima de los hechos contingentes, como se dice en el manifiesto. Esto sería tanto como declarar abiertamente que el Partido italiano, después del Tercer Congreso, se encuentra en sistemático y permanente desacuerdo con la orientación de la Comintern y que pretende entablar una lucha de principios.

La tradición del Partido. Rechazo resueltamente que la tradición del Partido sea la que se refleja en el manifiesto. La que en él se expone es la tradición —es decir, la concepción— de uno de los grupos que han constituido inicialmente nuestro Partido, pero no la tradición del Partido. De la misma forma, niego que exista una crisis de confianza entre la Internacional y el Partido en su conjunto. Esta crisis únicamente existe entre la Internacional y una parte de los dirigentes del Partido. El Partido se constituyó en Livorno, no sobre la base de una concepción que después hubiese continuado existiendo y desarrollándose, sino sobre una base concreta e inmediata: la ruptura con los reformistas y con aquellos que se colocaban del lado de los reformistas contra la Internacional. La base más amplia, la que granjeó al comité provisional de Imola las simpatías de una parte del proletariado, era la fidelidad a la Internacional Comunista. Por eso se puede afirmar todo lo contrario de lo que el manifiesto sostiene. Sus firmantes podrán ser acusados, y con razón, de no haber sabido interpretar la tradición del Partido y de haberse situado fuera de ella. Pero esta es una cuestión puramente verbal y bizantina. Lo impor-

tante es el hecho político: Amadeo, que se encuentra en la dirección del Partido, ha pretendido que su concepción prevalezca y se convierta en la concepción del Partido. Con el manifiesto hoy lo intenta de nuevo. Que nosotros hayamos permitido que tal tentativa tuviese éxito en el pasado, es una cosa; que hoy continúe intentándolo y sancionemos toda esta situación y enclaustremos al Partido firmando el manifiesto, es otra. En realidad, nunca habíamos permitido, en un sentido absoluto, que esta situación se consolidase. Yo, por lo menos, antes del Congreso de Roma, en el discurso hecho ante la asamblea de Turín, había dicho con bastante claridad que aceptaba las tesis sobre la táctica sólo por una razón contingente de organización del Partido, pero que me declaraba partidario del frente único, incluido su natural desenlace en el gobierno obrero. Por lo demás, el conjunto de las tesis nunca había sido discutido a fondo en el Partido, y en el Congreso de Roma la cuestión quedó bastante clara; si el Ejecutivo no hubiese contraído un compromiso con los delegados de la Comintern, mediante el cual las tesis sólo serían presentadas a título consultivo y habrían de ser modificadas después del Cuarto Congreso, no es muy probable que la mayoría de los delegados hubiese estado con el Ejecutivo. Esa mayoría no habría vacilado ante un ultimátum de la Comintern y habría seguido su tradición de fidelidad internacional. Ciertamente, yo habría hecho lo mismo, y conmigo las delegaciones piamontesas con las que había celebrado una reunión después del discurso de Kolarov, y con las que estaba de acuerdo en estos puntos: impedir a la minoría conquistar por sorpresa al Partido, pero no dar al voto un significado que fuese más allá de la cuestión organizativa.

La concepción del manifiesto. Aparte de estas cuestiones más o menos jurídicas, considero que ha llegado el momento de dar al Partido una orientación distinta de la que ha tenido hasta ahora. Comienza una nueva fase en la historia, no sólo de nuestro Partido, sino también de nuestro país. Es preciso, por consiguiente, que se entre en una fase de mayor claridad en las relaciones internas del Partido y en las relaciones entre el Partido y la Internacional. No quiero extenderme demasiado, trataré sólo algunos puntos en la esperanza de que logren iluminar también las cuestiones dejadas a un lado.

Uno de los más graves errores que han caracterizado y aún caracterizan la actividad de nuestro Partido puede ser resumido con las mismas palabras en que se expresa la segunda tesis sobre la táctica: "Sería erróneo considerar estos dos factores de conciencia y de voluntad como facultades que se puedan obtener y se deban pretender por cada uno separadamente, ya que sólo se realizan mediante la integración de la actividad de muchos individuos en un organismo colectivo unitario".

Este concepto, justo si se refiere a la clase obrera, es falso y extremadamente peligroso si se refiere al Partido. Antes de Livorno, era ése el concepto de Serrati, quien sostenía que el Partido en su conjunto era revolucionario, aunque en el coexistiesen socialistas de distinto pelaje y color. En el Congreso de escisión de la socialdemocracia rusa este concepto fue sostenido por los mencheviques, que decían que es el Partido en su conjunto el que cuenta, y no los individuos aislados. Respecto a éstos bastaba con que se declarasen socialistas. En nuestro Partido esta concepción ha determinado sólo parcialmente el peligro oportunista. No se puede negar, en efecto, que la minoría

ha nacido y ha hecho prosélitos por la ausencia de discusiones y polémicas en el interior del Partido, es decir, por no haber concedido importancia a cada compañero por separado y no haber tratado de orientarles un poco más concretamente de lo que puede hacerse a través de comunicados y disposiciones sumarias. En nuestro Partido ha habido que lamentar otro aspecto de este peligro: la esterilización de toda actividad del individuo, la pasividad de la masa del Partido, la necia certidumbre de que hay quien piensa en todo y todo lo provee. Esta situación ha tenido gravísimas repercusiones en el campo organizativo. Al Partido le faltó la posibilidad de elegir, con criterios racionales, a los elementos de confianza a quienes asignar determinadas tareas. La elección se hacía empíricamente, de acuerdo con los conocimientos personales de cada dirigente, y recaía la mayoría de las veces sobre elementos que no gozaban de la confianza de las organizaciones locales y eran por lo mismo saboteados. Y aun hay que agregar que la labor desarrollada no se controlaba más que en una mínima parte y por lo tanto se producía en el Partido una verdadera y auténtica separación entre la masa y los dirigentes. Esta situación aún se prolonga y me parece llena de innumerables peligros. Durante mi permanencia en Moscú no he encontrado ni a un solo emigrado político —y éstos procedían de los puntos más diversos de Italia y se cuentan entre los elementos más activos— que comprendiese la posición de nuestro Partido y que no criticase acerbamente al CC, haciendo, sin embargo, se comprende, las más amplias promesas de disciplina y obediencia. El error del Partido ha sido el de haber situado en primer plano y de manera abstracta el problema de la organización del Partido, que después se ha

reducido exclusivamente a la creación de un aparato de funcionarios ortodoxos respecto a la concepción oficial. Se creía, y aún se cree, que la revolución depende exclusivamente de la existencia de semejante aparato y se llega incluso a pensar que tal existencia pueda determinar la revolución.

El Partido ha carecido de una actividad orgánica de agitación y propaganda, que por el contrario debería haber merecido toda nuestra solicitud y haber dado lugar a la formación de verdaderos y auténticos especialistas en este campo. No se ha buscado la forma de despertar entre las masas, en cada ocasión propicia, la necesidad de expresarse en el mismo sentido que el Partido Comunista. Cada acontecimiento, cada fiesta de carácter local, nacional o mundial debería haber servido para agitar a las masas a través de las células comunistas, sometiendo a votación mociones, difundiendo llamamientos. Esto no ha sido casual. El Partido Comunista se ha manifestado en contra, asimismo, de la formación de células de fábrica. Toda participación de las masas en la actividad y en la vida interna del Partido, que no fuese la de las grandes ocasiones y siguiendo una orden formal del Centro, se veía como un peligro para la unidad y para el centralismo. El Partido no ha sido concebido como el resultado de un proceso dialéctico en el que convergen el movimiento espontáneo de las masas revolucionarias y la voluntad organizativa y dirigente del Centro, y sí, únicamente, como algo que viviese del aire, que se desarrollase en sí y para sí y al que las masas vendrían cuando la situación fuese propicia y la cresta de la ola revolucionaria llegase a su altura; o bien cuando la dirección del Partido considerase que debía iniciar una ofensiva, descendiendo hasta la masa para estimularla y conducirla

a la acción. Naturalmente, puesto que las cosas no ocurren de este modo, se han formado focos de infección oportunista sin que la dirección se enterase. Y estos focos han tenido su reflejo en el grupo parlamentario, y lo han tenido después, de una forma más orgánica, en la minoría.

Esta concepción ha influido en el problema de la fusión. La pregunta que hacíamos siempre a la Comintern era la siguiente: ¿Se cree que nuestro Partido se encuentra aún en estado de nebulosa, o bien que es ya una formación consumada? La verdad es que, históricamente, un Partido nunca está ni estará definido por completo. Pues él se definirá cuando toda la población se vuelva Partido, y esto significa que el Partido habrá desaparecido. Hasta su desaparición tras haber alcanzado los objetivos supremos del comunismo, el Partido atravesará toda una serie de fases transitorias y absorberá una y otra vez nuevos elementos en las dos formas históricamente posibles: por adhesión individual, o por la adhesión de grupos más o menos numerosos. La situación era todavía más difícil para nuestro Partido dadas las discusiones con la Comintern. Si la Internacional es un Partido mundial, aunque integrado por múltiples granos de sal, es evidente que el desarrollo del Partido y las formas que éste puede asumir dependen de dos factores y no de uno solo.

Es decir, no sólo del Ejecutivo nacional, sino también y especialmente del Ejecutivo internacional, que es el más fuerte. Para remediar la situación, para lograr imprimir al desarrollo de nuestro Partido el impulso que desea Amadeo, es necesario conquistar el Ejecutivo internacional, es decir, convertirnos en el eje de toda una oposición. Políticamente es ésta la conclusión a la que se llega, y es

natural que el Ejecutivo internacional trate de sentar las costuras al Ejecutivo italiano.

Amadeo tiene toda una concepción a este propósito, y en su sistema todo responde a una lógica coherente y consecuente. Piensa que la táctica de la Internacional acusa los reflejos de la situación rusa; es decir, que ha surgido sobre el terreno de una civilización capitalista atrasada y primitiva. Para él, esta táctica es extremadamente voluntarista y teatral porque sólo con un extraordinario esfuerzo de voluntad se podía conseguir de las masas rusas una actividad revolucionaria que no estaba determinada por la situación histórica. Piensa que para los países más desarrollados de la Europa central y occidental esta táctica es inadecuada o francamente inútil. En estos países, el mecanismo histórico funciona de acuerdo con todos los postulados marxistas: es ésta la determinación que faltaba en Rusia, y por eso la tarea más absorbente debe ser la de organizar el Partido en sí y para sí. Yo creo que la situación es muy distinta. En primer lugar, porque la concepción política de los comunistas rusos se ha formado en el terreno internacional y no en el nacional; en segundo lugar, porque en la Europa central y occidental el desarrollo del capitalismo no sólo ha determinado la formación de amplios estratos proletarios, sino también del estrato superior, la aristocracia obrera con su secuela de burocracia sindical y de grupos socialdemócratas. La determinación que en Rusia era directa y lanzaba a las masas a la calle, al asalto revolucionario, en la Europa central y occidental se complica a causa de todas estas superestructuras políticas creadas por el mayor desarrollo del capitalismo, que hacen más lenta y prudente la acción de la masa y reclaman, por consiguiente, del Partido revolucionario toda una estrategia y una

táctica bastante más complejas y de más largo aliento que las que necesitaron los bolcheviques en el periodo comprendido entre marzo y noviembre de 1917. Pero una cosa es que Amadeo tenga esta concepción y trate de hacerla triunfar no sólo a escala nacional, sino también a escala internacional: él está convencido y lucha con mucha habilidad y con mucha elasticidad para alcanzar su objetivo, para no comprometer sus tesis, para demorar una sanción de la Comintern que le impediría continuar, hasta que se produzca la soldadura con el período histórico en el que la revolución de Europa occidental y central arrebate a Rusia el carácter hegemónico que hoy posee. Pero otra cosa es que nosotros, que no estamos persuadidos de la historicidad de esta concepción, continuemos apoyándola políticamente y concediéndole por consiguiente un valor internacional. Amadeo se sitúa en el punto de vista de una minoría internacional. Nosotros debemos colocarnos en el punto de vista de una mayoría nacional. Por lo mismo, no podemos desear que el gobierno del Partido sea entregado a representantes de la minoría a fin de que éstos queden de acuerdo con la Internacional, si después de la discusión abierta en torno al manifiesto la mayoría del Partido permanece al lado de los actuales dirigentes. Esta es en mi opinión la cuestión central que debe determinar nuestra línea de conducta. Si estuviésemos, en fin de cuentas, de acuerdo con las tesis de Amadeo, deberíamos plantearnos el problema de si, teniendo con nosotros a la mayoría del Partido, convendría quedarse en la Internacional, dirigidos nacionalmente por la minoría para dar tiempo al tiempo y llegar hasta un viraje de la situación que nos diese razón teóricamente, o si convendría romper. Pero si no estamos de acuerdo con las tesis, firmar el manifiesto signi-

fica asumir toda la responsabilidad de este equívoco. Si se recaba la mayoría sobre las tesis de Amadeo, someternos a la dirección de la minoría nosotros, que no estamos de acuerdo con estas tesis y que podríamos resolver la cuestión orgánicamente, es tanto como quedar en minoría cuando por nuestras concepciones estamos de acuerdo con la mayoría que se alinearía en torno a la Internacional. Esto significaría nuestra liquidación política, y la separación de Amadeo en virtud de tal estado de cosas asumiría el aspecto más antipático y odioso.

Indicaciones para el trabajo futuro. No quiero extenderme en esta parte porque exigiría mucho espacio para ser tratada adecuadamente.

Me limitaré a algunas indicaciones. La futura labor del Partido deberá ser renovada en dos aspectos, el organizativo y el político.

En el campo organizativo, creo que es necesario valorar el CC y hacerlo trabajar más, cosa posible dada la situación. Pienso que sería necesario establecer mejor las relaciones que deben mediar entre los diversos organismos del Partido, ordenando más exacta y rigurosamente la división del trabajo y la fijación de las responsabilidades. Deben crearse dos órganos y dos actividades nuevas: una comisión de control constituida principalmente por viejos obreros, que emitiría su juicio en última instancia sobre las cuestiones litigiosas que no tengan una inmediata repercusión política y para las que no sea necesaria, por consiguiente, la inmediata intervención del Ejecutivo; y debe examinarse constantemente la situación de los miembros del Partido con vistas a las revisiones periódicas. Un comité de agitación y propaganda que recopile todo el material local y nacional necesario y útil para la labor de agitación

y propaganda del Partido. Este comité debe estudiar las situaciones locales, proponer actos de agitación, redactar llamamientos e instrucciones para orientar el trabajo de los organismos locales; debe apoyarse sobre toda una organización nacional, cuyo núcleo constitutivo será el radio para los grandes centros urbanos y la cabeza de Partido para el campo; debe empezar su trabajo elaborando un censo de los militantes del Partido, que deben ser clasificados a fines de organización de acuerdo con la antigüedad y los cargos que hayan desempeñado y la capacidad que hayan demostrado, aparte, evidentemente, de sus dotes morales y políticas.

Deberá establecerse una precisa división de trabajo entre el Ejecutivo y la OI. Fijar responsabilidades y competencias precisas que no puedan ser infringidas sin graves sanciones disciplinarias. Pienso que éste es uno de los lados más débiles de nuestro Partido y el que mejor ha demostrado que el centralismo que habíamos establecido más bien era una formalidad burocrática y una vulgar confusión de responsabilidades y competencias, que un riguroso sistema organizativo.

En el campo político es preciso formular con exactitud unas tesis sobre la situación italiana y sobre las posibles fases de su desarrollo ulterior. En 1921-22 el Partido tenía la concepción oficial de que era imposible la ascensión de una dictadura fascista o militar; conseguí a duras penas que esta concepción se eliminase y no fuese fijada por escrito, logrando modificar fundamentalmente las tesis 51 y 52 sobre la táctica. Ahora me parece que caemos en otro error estrechamente ligado al de entonces. Entonces no valorábamos la oposición sorda y latente de la burguesía industrial contra el fascismo, y no se pensaba que fuese posible un gobierno socialdemócrata, sino una de estas tres so-

luciones exclusivamente: dictadura del proletariado (solución menos probable), dictadura del Estado mayor por cuenta de la burguesía industrial y de la Corte, y dictadura del fascismo; esta concepción ha encadenado nuestra acción política y nos ha conducido a muchos errores. Ahora, de nuevo se pierde de vista la emergente oposición de la burguesía industrial y, muy especialmente, la que se dibuja en el Mediodía con carácter más resueltamente territorial y que presenta, por lo tanto, algunos rasgos de problema nacional. Existe un poco la opinión de que puede y debe producirse un auge proletario en exclusivo provecho de nuestro Partido. Creo, bien al contrario, que con ese auge nuestro Partido continuará siendo minoritario, que la mayoría de la clase obrera seguirá con los reformistas, y que los burgueses demócratas liberales aún tendrán muchas cosas que decir. Es indudable que la situación es activamente revolucionaria y, por consiguiente, que dentro de un determinado lapso de tiempo nuestro Partido tendrá a su lado la mayoría; pero si este periodo quizás no sea largo cronológicamente, si será sin duda denso en fases suplementarias, que debemos prever con cierta exactitud para poder maniobrar y no caer en errores que prolongarían los tanteos del proletariado.

Creo, por otro lado, que el Partido debe plantearse prácticamente algunos problemas que nunca han sido apuntados y cuya solución se ha dejado a los elementos que estaban estrechamente ligados a ellos. El problema de la conquista del proletariado milanés es un problema nacional de nuestro Partido, que debe ser resuelto con todos los recursos de que el Partido dispone y no exclusivamente con los recursos milaneses. Si no tenemos con nosotros de manera estable a la mayoría aplastante del proletariado milanés, no podremos ni vencer ni mantener la revolución en toda Italia. Por eso es preciso llevar a Milán elementos obreros de otras ciudades, introducirlos a trabajar en las fábricas, enriquecer las organizaciones legales e ilegales de Milán con los mejores elementos de toda Italia. Pienso así, a ojo de buen cubero, que sería necesario introducir en el cuerpo obrero milanés a un centenar, por lo menos, de compañeros dispuestos a trabajar para el Partido "a cuerpo perdido". Otro problema de este tipo es el de los trabajadores del mar, estrechamente ligado al problema de la Armada. Italia vive del mar; no ocuparse del problema marinero como de uno de los problemas más esenciales, y al que el Partido debe dedicar su mayor atención, significa no pensar concretamente en la revolución. Me dan escalofríos cuando pienso que durante mucho tiempo ha sido un muchacho como el hijo de Caroti el dirigente de nuestra política entre los marineros. Otro problema es el de los ferroviarios, que siempre hemos contemplado desde un ángulo puramente sindical, pese a que el problema trasciende esa cualidad para transformarse en problema nacional y político de primer orden. El cuarto y último de éstos es el problema del Mediodía, que hemos ignorado como hacían los socialistas, creyendo que fuese solucionable en el ámbito normal de nuestra actividad política general. He estado siempre convencido de que el Mediodía se convertirá en la fosa del fascismo, pero creo también que será el mejor observatorio y plaza de armas de la reacción nacional e internacional, si antes de la revolución no estudiamos adecuadamente las cuestiones y no estamos preparados para hacer frente a cualquier eventualidad.

Creo haber dado una idea bastante clara de mi posición y de las diferencias que existen entre ella y la que resulta del manifiesto. Como pienso que

más bien estaréis de acuerdo en buena parte con mi posición, en la que nos hemos encontrado juntos por no poco tiempo, espero que aún tendréis la posibilidad de decidir de distinta manera de cuanto estabais a punto de hacer. Con los más fraternales saludos.

Masci

GRAMSCI A SCOCCIMARRO Y A TOGLIATTI. LA TACTICA POR LA CONQUISTA DEL PARTIDO EN LA NUEVA LINEA

1o. de marzo de 1924

Queridísimos compañeros:

La huelga de los bancarios, que me ha colocado en la imposibilidad de cobrar un giro, no me ha permitido aún adquirir una máquina de escribir para nuestra oficina. No puedo por eso desplegar toda la labor que desearía en la actual situación de nuestro Partido, ya que me es imposible conservar copia del material preparado. Os expondré por eso brevemente mi opinión sobre las directrices generales que me parece más útil y oportuno dar a nuestra acción.

Vuestras cartas me han producido una gran satisfacción y me han reanimado. Era muy pesimista sobre el porvenir de nuestro movimiento. Caminábamos directamente hacia la conquista de nuestro Partido por los "terzini",[15] es decir, estábamos preparando con nuestras propias manos ese mismo acontecimiento que de palabra decíamos querer evitar. Mi impresión era la siguiente: el centro del Partido, absorbido por su labor organizativa, no tiene en cuenta el hecho de que en todo este tiempo se ha realizado, pese a todo, un cierto trabajo, una cierta propaganda política. Esta propaganda y esta acción han sido realizadas por la Internacional Comunista de acuerdo con una línea determinada, y es indudable que ellas han creado estados de ánimo, corrientes de opinión, líneas de conducta que operan en el seno de las masas y establecen una situación dada. Sería pueril negarlo: la lucha por la conquista del PSI ha sido en este último tiempo *la única* acción política concreta que nos ha mantenido en cierta relación política con la masa, que nos ha permitido decir que estábamos vivos. ¿Podéis encontrar vosotros otra acción que contraponerla? ¿Acaso la propia acción sindical no ha tenido eficacia, en todo caso, como revuelta por la conquista del PS? El trabajo organizativo, la tenaz y dura lucha por conservar el aparato del Partido son, ciertamente, grandes cosas: pero sobre ellas no se puede hacer el balance de un partido. Vivir no es bastante: es necesario tener una historia, es necesario moverse y desarrollarse para poder afirmar que se es un organismo político que tiene una base propia y que nos pertenece el futuro, como deseamos. Vuestra decisión mejora enormemente la situación, evita todo enclaustramiento definitivo; evidentemente, las dificultades serán aún muchas, pero no tan inextricables como se presentaban anteriormente. Nosotros podemos constituir el centro de una fracción que tiene de su parte todas las probabilidades para convertirse en el Partido entero. Quiero reproduciros un fragmento de la carta que me escribe un obrero emigrado en Moscú, que ha tenido

[15] Se llamaban "terzini" a los integrantes de la izquierda del Partido Socialista, favorables a la adhesión a la Tercera Internacional. Su dirigente más autorizado era Serrati. En 1921 éstos quedaron en el Partido Socialista, pero se separaron de él poco después, para adherirse al Partido Comunista.

barruntos de nuestras discusiones y se ha apresurado a manifestarme su opinión (pertenecía a la primera minoría del EA[16] de junio pasado y se desplazó a las posiciones mantenidas por nosotros, no tanto en público como en las reuniones celebradas con el grupo de los emigrados en contraposición con Tasca): "Hay dos en Moscú que parece como si quisieran revolucionar el Partido. Al oír a estos dos honorables señores, parece como si el CC y el CE fuesen una secta que gobierna sin ningún control, sin capacidad ni inteligencia, que la policía lo sabe todo y deja hacer, tiene instrucciones: cuando las órdenes lleguen, héte aquí al P. metido en cintura, según ellos. Están haciendo informe tras informe a la Comintern y esperamos que ocurra cualquier cosa. Lo que yo deseo es que el P., en los límites que la legalidad permite, tenga vida por abajo y no por arriba; que tenga en cuenta el pensamiento de los compañeros y no impida que se manifiesten ideas contrarias a las directrices firmadas solamente por un grupo de compañeros, que tendrán toda la inteligencia que quieran, pero que también son personas que cometen pecados; que no se imite demasiado a los rusos, porque no todo lo que se pudo y se puede hacer en Rusia puede hacerse entre nosotros. Hay demasiada diversidad de carácter: aquí ha habido toda una actividad clandestina, extendida incluso a las masas, mientras dudo que entre nosotros la ilegalidad llegue de hecho a ser una actividad propia del P.; es un motivo más para no creer que la voz del Partido llegue a las masas. Me parece que la vida ilegal del Partido es demasiado legal y que hay muchos defectos que son elementales, pero que no se ven. Estas son dudas, de todos modos, que expreso sin ninguna prueba, que me vienen a la mente por haber oído lamenta-

[16] Ejecutivo ampliado (de la Internacional).

ciones exageradas por demás, pero en las cuales puede haber aunque sea un poco de verdad. Una cosa aún. Me parece que en el P. se están formando tres corrientes, una de izquierda, una de centro y una de derecha. De ellas temo a una, la bombista, que está también contra Tasca-Graziadei, así que tendremos no ya uno solo, sino dos desastres. No quisiera que tú fueses, sin querer, el centro recolector de todo ese lastre que infesta a la derecha y a la izquierda. Por esta razón, si entablas la lucha fija bien los términos y exige de todos la máxima claridad de ideas y de propósitos. Y si llegase cualquier congreso o conferencia y se metiesen alrededor de ti estos cuervos, debes saber servirte de ellos, pero apártalos rápido con el fusil. Estas cosas las pensaba cuando supe que no habías firmado el manifiesto de la izquierda (del que, sin embargo, no conozco el contenido) y así, creí que tú habrías formado un centro donde se terminase con el alboroto de la derecha y de la izquierda, reagrupando alrededor tuyo a un buen número de compañeros que hayan aprendido algo del pasado italiano, que hayan comprendido la revolución rusa y sepan cómo se organiza y cómo trabaja un Partido que tiene por misión llevar a la masa proletaria al poder".

Quería que leyéseis este fragmento porque me parece muy ilustrativo de los diversos puntos de vista, y demuestra con cuánto interés siguen los acontecimientos los emigrados (que son tal vez la mayor reserva de fuerzas organizativas con que cuenta nuestro Partido), aprovechando cada minucia para formarse un juicio.

Para nosotros, la cuestión más grave es indudablemente la de diferenciarnos de los derechistas; pero no me parece que sea insuperable y pienso que en gran parte es un problema de personas. La diferenciación respecto a los izquierdistas se pro-

ducirá, para nuestro pesar, automáticamente, por el solo hecho de nuestra posición. Creo que sería indispensable preparar una serie de tesis sobre la situación italiana, que nos sirvan de plataforma. Su publicación aparecería con la firma de los compañeros de nuestro grupo exclusivamente, de modo que ello estableciese un deslindamiento: los demás elementos que se quisieran adherir lo harían posteriormente y se verían obligados a dar este paso que, políticamente, tendría su significado, si es que no se ven obligados a diferenciarse para evitarlo: sería útil que nuestras tesis antecediesen a las de los demás. Firmaríamos yo, Palmi, Negri, Leonetti y algún otro de la mayoría que estuviese de acuerdo con nosotros (por ejemplo, ¿qué piensan Tresso, Gennari, Montagnana, Marabini?); no sé qué actitud adoptaría Urbani, sin embargo, espero que se adherirá. Sería útil contar con Gennari y Marabini por la autoridad que tienen en muchos y amplios estratos de las masas en razón de su pasado y de su experiencia (desgraciadamente, la experiencia siempre viene confundida con la antigüedad), aunque esto parezca peligroso. De otro lado será preciso contar con las firmas de los obreros de los centros más importantes. ¿Quién podría firmar de Turín? ¿Tal vez Oberti? Los compañeros que conozco mejor son los emigrados: de ellos tendremos a ciencia cierta a Bernolfo y acaso a Ravazzoli, de Milán, con el cual he conversado largamente en Moscú. De Milán no conozco a casi nadie. De Génova, ¿qué piensan Arecco y Franzoni, a quienes conozco y me parecen dos magníficos compañeros? De Trieste, Roma, Nápoles, Messina, Bari, Florencia y Palermo a casi nadie conozco y no sabría cómo conducirme. Deberíamos tender a tener con nosotros a los compañeros de todos estos centros; si lo lográsemos, habríamos dado un gran paso

adelante y la nuestra se convertiría en una demostración de primera categoría. Creo que tendremos con nosotros a Germanetto. ¿Qué piensa Gnudi? ¿Y la maestra Arecco, de Alessandria? ¿Y Azzario, Bellone (Virgilio), Betti (de Bolonia), Ferrari (de Módena), Longo (de Turín), Peluso, Polacco (de Udine), Roberto, Scaffidi (de Girgenti), Tarozzi? Este trabajo debéis hacerlo vosotros, encargando quizás a un compañero de gran confianza; es extremadamente importante y de gran responsabilidad. Si se hace bien dará unos frutos magníficos. Cuando las tesis estén preparadas y se tenga la seguridad de una buena recogida de firmas de la mayoría tradicional del Partido, creo necesario arrancar el asentimiento de algún compañero de la derecha, del tipo de Pastore y Mersú: pero sólo cuando el trabajo esté realizado y el núcleo ya constituido. Será preciso también contar con las firmas de compañeros emigrados, especialmente en Francia: creo, como he dicho, tener las de Bernolfo y Ravazzoli: escribiré a Bernolfo para que me informe y me proporcione nombres seguros, como, por ejemplo, el de Bonino y de algún otro. Entre los emigrados en Rusia, estará con nosotros Bianco (autor del fragmento antes citado) y tal vez Parodi con algún otro. En Rusia, sin embargo, entre los emigrados hay un gran casino, que creo habrá aumentado después de mi marcha. Sobre el contenido de las tesis quiero oír vuestro parecer, ya que la ausencia de contacto directo con los acontecimientos italianos, que conozco sólo por la lectura de los diarios más importantes, me lleva siempre a recelar de la corrección de mis conclusiones.

Debemos insistir poco sobre el pasado, especialmente en lo que se refiere a nuestro P. Aludiremos a la extrema confusión que se ha producido en Italia a causa del fenómeno fascista, determinado por

la falta de unidad de la nación, a causa del desenvolvimiento del Estado por la irrupción en la vida histórica de enormes masas populares que no sabían contra quién luchar, por la debilidad del desarrollo del capitalismo que, de hecho, no ha sometido a su control la economía del país, ya que existe todavía en Italia un millón de artesanos, y que la inmensa mayoría de la agricultura es precapitalista; de otro lado, la cuestión de las relaciones entre la ciudad y el campo se presenta en Italia, en virtud del problema meridional, sobre una base territorial neta, determinando el nacimiento de partidos autonomistas o de partidos de tipo original, como el de la democracia social. Esta confusión debe servirnos para explicar la ambigüedad de muchas de las actitudes del Partido y la existencia de cierto sectarismo que ha paralizado al Partido. La situación se ha clarificado, es indudable. El fascismo ha definido su carácter. Las elecciones han proporcionado la forma de impulsar la situación de los partidos hacia una cierta claridad. Examen de los pp. pequeñoburgueses: Popular y Republicano en la Italia septentrional y central, representantes de los campesinos y los artesanos, de la democracia social en el Mediodía, con sus apéndices de nittismo, amendolismo, etc.; significado de la entrada en el redil de Orlando y De Nicola, santones meridionales que representan la tendencia del capitalismo burgués a buscar cierta unificación dentro del fascismo o a impedir que la unidad, siquiera por un instante, resultase rota. Distinción entre fascismo y fuerzas burguesas tradicionales que no se dejan "ocupar": *Corriere*, *Stampa*—la Banca—el Estado Mayor—la Confederación General de la Industria. Estas fuerzas, que en el periodo 1921-22 han asegurado la fortuna del fascismo para evitar el desplome del Estado, que han ganado bajo el fascismo aquella base de masa popular que les había faltado en el 1920 por la irrupción de las masas más elementales y pasivas en la vida histórica, estas fuerzas se resienten hoy de la situación internacional, son un aspecto italiano de la situación internacional, que tiende hacia la izquierda a causa del reconquistado dominio de la burguesía sobre sí misma. Se registran dos corrientes: una, la de la *Stampa*, que plantea abiertamente la colaboración con los socialistas —lo que no sería ajeno a un experimento McDonald en Italia—, en la forma y el modo que la situación italiana lo consienta; la otra, la del *Corriere*, que está más atada al conservadurismo burgués y que haría una alianza con los socialistas, pero sólo después que éstos pasaran por muchas horcas caudinas. La *Stampa*, en otros términos, tiende a conservar la hegemonía septentrional-piamontesa sobre Italia y no es contraria, para lograr el intento, a introducir a la aristocracia obrera en el sistema hegemónico. El *Corriere* tiene una concepción más italiana, más unitaria —más comercial, menos industrial— de la situación, y de la misma forma que ha apoyado a Salandra y Nitti, los dos primeros jefes de gobierno meridionales (los sicilianos son meridionales por decirlo de algún modo), apoyaría a Améndola, esto es, a un gobierno en el que participe con las fuerzas auténticamente dominantes la pequeña burguesía meridional, y no la aristocracia obrera del Norte. ¿Cómo se desarrollará la situación? El solo hecho de que el fascismo exista como gran organización armada determina este desarrollo. ¿Llegarán hasta el golpe de Estado las fuerzas que he descrito? No lo creo. No tienen confianza en que los reformistas, en caso de un golpe de Estado, sean capaces, participando en el gobierno, de frenar el movimiento de masas que se desencadenaría ineluctablemente. Los reformistas no han

tenido el coraje de unirse a estas fuerzas, que querían actuar en los meses de septiembre-octubre de 1922 y que habían confiado al general Badoglio el encargo de abrir fuego contra el fascismo. Indudablemente, los reformistas vacilan hoy todavía más, cuando los fascistas son más fuertes militarmente y tienen el gobierno en sus manos. Quizás Modigliani en la práctica y... Rigola en teoría sean los dos únicos reformistas favorables a semejante planteamiento.

Esta disposición de las correlaciones de las fuerzas políticas en nuestro país nos proporciona indicios sobre la dirección a seguir:

1) Propaganda minuciosa e incesante sobre la consigna de gobierno obrero y campesino, que debe emanar de todo el conjunto de la situación italiana y no ser una mera fórmula teórica.

2) Lucha contra la aristocracia obrera, es decir, contra el reformismo, por la alianza de los estratos más pobres de la clase obrera septentrional con las masas campesinas del Mediodía y de las Islas. Creación de un comité de organización para el Mediodía, que dirija la lucha con el máximo vigor. Estudio de las posibilidades militares de una insurrección armada en el Mediodía y en las Islas. Estudio de la posibilidad de hacer algunas concesiones de carácter político a estas poblaciones, mediante la fórmula de República federativa de los obreros y los campesinos, en lugar de gobierno obrero y campesino.

3) Reorganización del Partido: intensificación de la labor de educación política, a fin de evitar graves discusiones y discordias en los momentos culminantes de nuestra actividad. Ampliación de la esfera dirigente del Partido: creación de un núcleo dentro del Partido, a través de la constitución de un comité de organización y propaganda que haga una relación de los miembros adheridos, reúna el *dossier* de cada uno, recoja su biografía política, mantenga contacto con los mejores, los estimule, los controle y los guíe constantemente por medio de comuniones y de instrucciones.

4) Mayor atención a la emigración. Crear en cada centro importante del exterior escuelas de Partido con una dirección central. Introducir en el nuevo CC a tres o cuatro emigrados como miembros efectivos y suplentes que mantengan en alto el prestigio del Partido y trabajen eficazmente en el extranjero.

En cuanto a las relaciones internacionales, tendríamos que ser todo lo explícitos que sea posible. Deberíamos reafirmar nuestra fidelidad al CE,[17] explicando que también para Italia consideramos las decisiones del Tercer Congreso en adelante como las únicas que pueden permitir un auténtico contacto con las masas en el periodo de la ofensiva capitalista.

En lo referente al PSI, deberíamos afirmar que es tarea nuestra resolver la cuestión, que se mantendrá hasta que exista un PS independiente de los unitarios. La resolveremos por todos los medios, sin excluir ninguno. Sobre este asunto os diré francamente lo que pienso; sólo nuestra debilidad organizativa, nuestro escaso contacto con las masas de nuestro P. nos ha impedido aprobar las deliberaciones de la Comintern. Todas las teorías y las concepciones que habíamos inventado eran tan sólo un fruto de nuestra debilidad. Si nuestro Partido se fortalece como aspira a hacerlo y como ocurrirá si sabemos imprimirle una dirección justa, si conseguimos crear un núcleo central amplio y bien formado políticamente, ¿qué peligros puede representar la táctica de la Comintern? Ningún otro peligro que éste: que fuera del Partido existan grupos más

[17] Comité Ejecutivo (de la Internacional).

revolucionarios que nuestro grupo constitutivo, los cuales, al ingresar en nuestra organización, asumirían la dirección de ésta: peligro que sería una suerte desde el punto de vista revolucionario... a menos que caigamos en la puerilidad de creer que la revolución está garantizada sólo porque a la cabeza del Partido proletario se encuentren determinadas personas que se llaman fulano o mengano en vez de Sempronio y Vegezio.

Os he escrito sin orden ni concierto porque no sé qué decisiones se han adoptado sobre la forma de regular la discusión. ¿Habrá sólo artículos individuales o se permitirán las plataformas comunes a grupos y fracciones? La cosa es importante, claro está, pero sólo hasta cierto punto. Es evidente que, ya sea ante un congreso o conferencia, ya ante el Ejecutivo de la Comintern, al llegar a un determinado momento habrá que presentarse con plataformas de grupo. Por eso nosotros debemos preparar de inmediato nuestras tesis y recoger las adhesiones, como he dicho, por vía privada y reservada. Los puntos fijados servirán de directores para la redacción de artículos, si la discusión se hiciese imprescindible por vía individual.

Rogaría a Palmi que hiciese un esquema analítico de las tesis, para transmitírmelas a mí y a Negri (y a otros si se considera oportuno), a fin de hacer las revisiones y las adiciones en el plazo más breve posible. La sinopsis de las tesis debería ser en mi opinión:

1) Una breve alusión a la situación internacional, que muestra una recuperación del movimiento proletario debido a dos razones: a) la burguesía ha recobrado parcialmente el dominio sobre las fuerzas productivas; b) la socialdemocracia se ha desplegado más a la derecha y la burguesía tiende a concederle representación parcial. Por eso la burguesía

vuelve al liberalismo y las fuerzas revolucionarias avanzan, pero sin tener a su lado la mayoría de los trabajadores. La táctica de la Comintern, sometida a la prueba de los acontecimientos, ha demostrado ser idónea para interpretarlos y conducirlos.

2) Una parte mucho más extensa sobre la situación italiana, de cuyo análisis debe surgir la divisa de gobierno obrero y campesino.

3) Cuestiones organizativas dependientes de la situación en todos los campos: Partido, sindicatos, etc., relaciones internacionales, relaciones con otros partidos.

Las tesis no deben ser muy largas en su conjunto, no deben contener tratamientos teóricos sino a modo de indicación, deben ser exclusivamente políticas y actuales. Si aparecen cuestiones teóricas, serían tratadas aparte, en artículos de revista.

Creo haber sido bastante abarcante pese a la exposición un poco desordenada: no he aludido a muchas cosas porque me parecían obvias.

Os abraza fraternalmente

Masci

Debería decir algo acerca de la cuestión que Palmi suscita sobre mi conducta pasada.[18] Diré únicamente que también yo tuve conocimiento en el Congreso de Roma de las cuestiones más graves del Partido, y que las otras habían llegado a mi conocimiento antes, en tal forma que se hacía imposible cualquier enjuiciamiento. Más aún: en 1921, antes de la publicación del *Comunista*, fui invitado en Roma por Chiarini,[19] el cual sin explicarme mucho de qué se trataba me invitó a entrar en el Eje-

[18] En una carta precedente, Palmi (Togliatti) había criticado a Gramsci por haber tardado demasiado en tomar posición contra Bordiga.

[19] Delegado de la Internacional.

jutivo para contrarrestar la influencia de Amadeo y para ocupar su puesto. Respondí que no quería prestarme a intrigas de tal naturaleza, que si se quería una dirección distinta se plantease la cuestión políticamente. Chiarini, que nunca había tomado posición —hacía en Roma el bordiguiano, mientras en Moscú enviaba informes contra el Partido—, no insistió ni me explicó más ampliamente el fondo de la cuestión. Sólo me dijo que a causa de la debilidad de Urbani y de la completa ausencia de trabajo de Luigino y de Bruno[20] en el Ejecutivo, la tendencia de Amadeo había tomado vuelos, cosa que estaba en contra del espíritu de las decisiones de la Comintern, que quería dar al grupo de Turín la prioridad dentro del PCI. En el IV Congreso hacía pocos días (pocos numéricamente y no sólo metafóricamente) que yo había regresado del sanatorio, después de cerca de seis meses de permanencia que me había servido de poco, que sólo había impedido la agravación de la dolencia y una parálisis que me hubiera podido tener postrado en cama durante unos años. Desde el punto de vista general, persistía el agotamiento y la imposibilidad de trabajar a causa de la amnesia y los insomnios. Pingüino,[21] con la delicadeza diplomática que le distingue, me tomó por asalto para proponerme nuevamente que asumiese la dirección del Partido eliminando a Amadeo, el cual sería excluido sin rodeos de la Comintern si persistía en la misma línea. Le dije que había hecho lo posible para ayudar al Ejecutivo de la Internacional a resolver la cuestión italiana, pero que no creía se pudiese, de ningún modo (y mucho menos con mi persona), substituir a Amadeo sin una previa labor de orientación del P. Que para sustituirlo era preciso, de otro lado, en el contexto italiano, contar con más de un elemento, porque Amadeo, en cuanto a capacidad general de trabajo, vale al menos por tres, suponiendo que se pudiese prescindir de un hombre de su talla. Yo andaba sobre ascuas, porque no era éste el trabajo más conveniente en mis condiciones de debilidad crónica. Me advirtió que la mayoría de la delegación no tenía ninguna directriz propiamente dicha. Bastaría con que cada cual aludiese, aunque fuera vagamente, a la situación, para que se destapase y manifestase que era potencialmente un minoritario. Políticamente, era algo penoso y desagradable. Si Pingüino, en vez de ser un necio, hubiese tenido un gramo de inteligencia política, el Partido habría desempeñado un papel de lo más mezquino, ya que la mayoría, al menos en su delegación al Congreso, habría quedado como un fantasma sin consistencia. El solo hecho de que Negri y yo hablásemos con los compañeros sobre estas cuestiones, ensombreció a Amadeo, quien, si no me engaño —y Negri debe recordarlo—, empleó palabras muy fuertes a nuestro respecto. ¿Qué habría sucedido si yo no hubiese "brujuleado", como desgraciadamente hube de hacer? Que la mayoría de la delegación habría estado conmigo, menos algunos elementos como Azzario, y se habría producido la crisis del P. a distancia, sin un acuerdo previo con vosotros —Urbani, Bruno, Luigino, Ruggero— y Amadeo habría dimitido; el CC, poco habituado a trabajar, se habría desfondado, y la minoría, aún menos preparada de lo que ha estado después, se habría encontrado en la mano... con un puñado de moscas. ¿Quizás fui demasiado pesimista? Puede ser, dadas las condiciones en que me encontraba. Sin embargo, no me lo parece. Era fácil prever que el fascismo, llegado al poder de forma imprevista,

[20] *Urbani* es Terracini; *Luigino*, Luigi Reposi; *Bruno*, Bruno Fortichiari.

[21] Rakosi, el conocido dirigente del Partido húngaro, entonces miembro del Ejecutivo de la Internacional.

forzado por los acontecimientos que lo acosaban y no le dejaban otra vía de salida, desgarrado entre la tendencia mussoliniana —que veía todos los peligros de una guerra civil desencadenada a fin de satisfacer el ansia de poder de los gregarios que hubiesen querido arramblar con todo— y la tendencia de la masa gregaria —que quería una revolución "romántica", con pelotones de ejecución, tribunales expeditos, etc., en suma un capítulo de Michelet—, habría encontrado cierto equilibrio golpeándonos a nosotros, impidiéndonos hacer algo, cosa que hubiese puesto el poder en manos del Estado Mayor. No era tampoco pesimista en las previsiones sobre la conducta de los miembros del Ejecutivo de entonces. Me atrevo a decir incluso que no hubiese creído lo que hoy he visto: la actitud de Luigino ha sido escandalosa; Bruno, no obstante tener muchos motivos para la actividad, ha demostrado una ausencia desoladora de pasión política. La táctica de retirarse cuando no se logra que prevalezcan las opiniones propias en un P. como el nuestro, que sólo con milagros de dialéctica política puede remontar las diversas situaciones que se le presentan, es una táctica suicida y no la había previsto a despecho de todo mi pesimismo. En verdad, se había formado un nudo que sólo una voluntad y una capacidad de trabajo como la de Amadeo podían romper. Yo no tenía ni la capacidad ni la voluntad necesarias y, en las condiciones en que me encontraba, no podía asumir la carga de determinar una nueva situación. Hoy, después de vuestra carta, pienso de distinta manera: es posible constituir un grupo apto para el trabajo y con fuerte iniciativa. A este grupo daré toda la contribución y la colaboración que mis fuerzas me consientan y en lo que ellas puedan valer. No me será posible hacer cuanto quisiera porque aún atravieso días de atroz debilidad, que me hacen temer una recaída en el estado de coma y de inconsciencia en el que me he encontrado en años pasados. Pero haré un esfuerzo pese a todo. Confió en vosotros para el movimiento, y pienso que con el trabajo común conseguiremos atraernos a la mayoría del P. y crear un organismo sano, robusto, capaz de desarrollarse y de luchar como la clase obrera italiana tiene derecho a esperar después de tantos sacrificios y tantos dolores.

Masci

GRAMSCI A JULIA SCHUCHT: DIFICULTADES Y DUDAS

(Viena) 6 de marzo de 1924

Queridísima mía:

Quisiera besar tus ojos para enjugar las lágrimas que me parece estar viendo, que me parece sentir en mis labios como otras veces, cuando mi malignidad te hacía llorar. Nos hacemos daño, nos atormentamos mutuamente porque estamos lejos el uno del otro y no podemos vivir así. Pero te desesperas demasiado. ¿Por qué? Me has prometido muchas veces ser fuerte, fuerte, y yo te he creído y sigo creyendo que lo eres, más de lo que tú piensas: a menudo eres más fuerte que yo, sólo que yo estoy habituado a la soledad en la que he vivido desde la niñez, a ocultar mis estados de ánimo tras una máscara de dureza o una sonrisa irónica, y en ello estriba toda la diferencia. Durante mucho tiempo, esto me ha perjudicado; durante mucho tiempo mis relaciones con los demás fueron algo enormemente complicado, una multiplicación o una división por

siete de todos mis sentimientos reales, para evitar que los demás comprendiesen lo que yo de verdad sentía. ¿Qué es lo que me ha salvado de convertime en un completo espantajo? El instinto de rebelión, que de pequeño se enderezaba contra los ricos porque yo, que había tenido diez en todas las asignaturas de la escuela primaria, no podía ir a estudiar mientras iban el hijo del carnicero, del farmacéutico, del negociante en tejidos. Ese instinto de rebelión se extendió contra todos los ricos que oprimían a los campesinos de Cerdeña, y yo pensaba entonces que había que luchar por la independencia nacional de la región. "¡Al mar los continentales!", cuántas veces he repetido estas palabras. Luego conocí a la clase obrera en una ciudad industrial y comprendí lo que realmente significaban las cosas de Marx que antes había leído por curiosidad intelectual. Fue así como me apasioné por la vida, por la lucha, por la clase obrera. Pero cuántas veces me he preguntado si era posible vincularse a una masa cuando jamás había tenido el cariño de nadie, ni siquiera de los propios padres; si era posible amar a una colectividad si no se era amado profundamente por las criaturas humanas individuales. ¿No se reflejaría esto en mi vida de militante, no esterilizaría y reduciría a un puro gesto intelectual, a un puro cálculo matemático mi calidad de revolucionario? He meditado mucho sobre todo esto y he vuelto a meditar estos días porque pensaba mucho en ti, que has entrado en mi vida y me has dado el amor, me has dado aquello que siempre me había faltado y que con frecuencia me hacía malo y turbulento. Te quiero tanto, Iulka, que no advierto que te hago daño algunas veces porque yo mismo soy insensible.

Te he escrito, te he hablado de venir porque había percibido en tus cartas indicios de que tú

misma lo deseabas. También yo he pensado en los tuyos: pero, ¿no podrías venir por unos meses?, ¿crees imposible o difícil dejar a la familia incluso durante un periodo determinado? ¡Qué hermoso sería un nuevo paréntesis de vida en común, en la alegría cotidiana, de cada hora, de cada minuto, de quererse y de estar juntos! Ya me parece sentir tu mejilla al lado de la mía, la mano que acaricia la cabeza y te dice que te quiere aunque los labios callen.

Me ha dado un vuelco el corazón al leer tu carta. Ya sabes por qué. Pero tu alusión es vaga y yo me consumo porque quisiera abrazarte y sentir también una nueva vida que una las nuestras más aún de lo que están unidas, oh, amor mío, querida mía, querida mía.

Recibo ahora muchas cartas de los compañeros italianos. Me desean fe, entusiasmo, voluntad, fuerza. Creen que soy un manantial inextinguible, que me encuentro en una situación tal en la que todos estos dones no pueden faltarme y debo poseerlos en tal cantidad, que pudiera hacer de ellos una generosa distribución. Y estos compañeros están en Italia, en la hoguera ardiente de la lucha, y se encuentran desmoralizados, y se encuentran perdidos. A veces me siento angustiado. También he recibido carta de una camarada rusa que vive en Roma, que fue compañera de Rosa Luxemburgo y de Liebknecht, que escapó entonces de la masacre por un azar o por un esfuerzo inaudito de voluntad; también ella me escribe descorazonada, desilusionada: y no es italiana, no puede manejarse la justificación del temperamento. Exigen de mí demasiado, esperan demasiado y eso me deja una impresión siniestra. La situación del Partido ha empeorado mucho estos últimos meses. Bordiga se ha retirado al Aventino y su conducta ha hipnotizado

todo el mecanismo de la vida común de los compañeros. He llegado a tiempo para arrancar a algunos de esta situación, pero ¿bastará? Conservo siempre vivo en la memoria el recuerdo de una escena ocurrida en Turín durante la ocupación de las fábricas. El comité militar discutía la necesidad, que quizá se presentase el día siguiente, de una salida de los obreros armados de la fábrica. Todos parecían ebrios, estaban a punto de llegar a las manos, la responsabilidad les abrumaba, les maceraba hasta la médula. Uno que se puso en pie —había hecho cinco años de guerra como piloto y visto la muerte cien veces—, se tambaleó como si fuese a desplomarse. Con un gran dominio de los nervios intervine, les hice sonreír con una agudeza y les devolví a la normalidad y al trabajo fecundo. Pero hoy ya no podría hacer eso. En nuestro Partido todos son jóvenes, y la reacción lejos de fortalecer los nervios y la voluntad los ha deteriorado. Yo mismo, ¿por qué he estado enfermo tanto tiempo y por qué me resiento todavía? La vida que durante dos años me parecía siempre pendiente de un hilo, también para mí se interrumpió de golpe después de mi llegada o Moscú, cuando me sentía a cubierto y podía estar tranquilo. Hoy tengo necesidad de ser extremadamente fuerte: pero ¿cómo podré serlo faltándome tú, que tan gran parte eres de mí mismo? Ven, ven, Iulka aunque sea para poco tiempo, sólo para que pueda sentirte otra vez a mi lado e imprimir nuevamente un impulso al trabajo, mayor del que he podido darle hasta ahora [...]

Antonio

Quisiera tener una foto tuya más reciente, de estos días. Me da miedo olvidarte, conservar sólo la imagen que me ha quedado de ti la última tarde

que te dejé, cuando estaba tan nervioso y tan irritado porque no sabía qué decir. Me habías prometido otra fotografía. Mándamela y que ella me anuncie que también tú lo deseas.

¿Has corregido las notas de Riazanov? ¿Puedes mandármelas? ¿Has encontrado el folleto de Kerjenzev sobre la organización? ¿Podrías hacerme algunos extractos de las mejores páginas que se hayan escrito sobre la muerte de Lenin? Ya ves que te creo fuerte, puesto que te pido trabajar para mí.

GRAMSCI A TOGLIATTI, SCOCCIMARRO Y LEONETTI: LA PERSPECTIVA POLITICA

21 de marzo de 1924

Queridísimos compañeros:

Aún no he recibido respuesta a mi última carta, lo que viene a indicarme que habéis decidido iniciar el trabajo práctico por lo menos a grandes rasgos. Deberé por ello, también en ésta, ocuparme tan sólo de las cuestiones generales, a propósito de las cuales tampoco sé si habéis ya discutido y de qué manera.

He recibido, entre otras, dos cartas que me han impresionado y me parecen indicio de una situación general que deberíamos considerar seriamente. Me ha escrito Sraffa,[22] un fragmento de cuya carta podréis leer, oportunamente comentado, en el número 3 de *L'Ordine Nuovo,* y también Zino Zini.[23]

[22] Notabilísimo economista, profesor de economía política en la Universidad de Cambridge, que había sido uno de los dirigentes del grupo de estudiantes comunistas aparecido en Turín en 1920 y seguía teniendo amistad con Gramsci.
[23] Profesor de filosofía, colaborador asiduo de *L'Ordine Nuovo.*

Uno y otro manifiestan estar aún con nosotros, pero ambos son extremadamente pesimistas: Sraffa se orienta hacia una posición que me parece totalmente maximalista; Zini permanece, en principio, con los comunistas, pero dice que se siente viejo, cansado, que ya no tiene confianza en nadie ni en nada y que se ha dedicado por completo, aparte de sus ocupaciones profesionales, a sistematizar su pensamiento en un libro que, a juzgar por los indicios que la carta contiene, será el puro reflejo de este estado de pasividad política. Sraffa colaborará en la *Rassegna* y pienso, a juzgar por las cosas que me ha escrito, que su colaboración será muy interesante. En lo que a él se refiere, el problema no me parece muy difícil; tras los contactos mantenidos con nosotros en Turín ha permanecido aislado y jamás ha actuado en los medios obreros, pero ciertamente es todavía un marxista y para enderezarlo y hacer de él un elemento activo de nuestro Partido, al que podrá rendir grandes servicios tanto hoy como en el porvenir, bastará solamente con sostener un contacto regular.

Hay en su carta un fragmento, que no será publicado, extremadamente interesante. Hablándome de la cuestión sindical, me pregunta cómo es que nuestro Partido no ha pensado jamás en crear sindicatos del tipo de los IWW[24] americanos que se

[24] "Toda la carta muestra hasta que punto el pensamiento de Gramsci se movía a un nivel mucho más elevado de aquel en que se encontraban aún los compañeros a quienes se dirigía en sus cartas. El plan de trabajo en las fábricas se derivaba de modo directo de las experiencias turinesas del periodo 1919-1920. De ahí la oposición de Tasca. En la conferencia del Partido del mes de mayo, se hizo aquella propuesta como parte de la plataforma del nuevo grupo dirigente. Las circunstancias objetivas no permitieron una actuación precisa de la propuesta de Gramsci; sin embargo, la actuación del Partido se orientó siempre en aquella dirección. Más interesantes y también más nuevas son las consideraciones inspiradas en el examen de la situación política

adaptaban muy precisamente a la situación de ilegalidad y de represión violenta por parte del Estado y de las organizaciones privadas capitalistas. Me ha prometido un artículo sobre la burocracia sindical en el cual, creo, expondrá también este argumento que me parece digno de nuestra máxima atención. Es cierto que no nos hemos planteado todavía prácticamente el problema de si es posible crear un movimiento sindical clandestino, centralizado, que trabaje para determinar una situación nueva en la clase obrera. Nuestros grupos y nuestro comité sindical han mantenido un carácter de Partido, de fracciones del Partido en el seno de la CG del L, que es necesario, pero que no resuelve toda la cuestión. Esta no puede ser sin embargo resuelta adoptando como modelo el de los IWW, que constituía prácticamente, la organización de los trabajadores denominados "emigrados", pero la organización de los IWW puede aportar algunas indicaciones y señalar la naturaleza del problema. Después del Ejecutivo de junio propuse, de acuerdo con Negri y Urbani (Tasca estaba completamente en contra), buscar la forma de organizar conspirativamente una pequeña conferencia de los representantes de las mayores fábricas italianas, veinte o treinta obreros de Turín, Milán, Génova, Pisa, Livorno, Bolonia, Trieste, Brescia, Bari, Nápoles y Messina, los cua-

y particularmente en el discurso en que Giovanni Améndola, hablando en Nápoles de las elecciones, había aludido al problema constitucional. No obstante, debemos decir que el Partido en su conjunto e, incluso, su mismo centro, tardaron mucho tiempo en penetrar el significado de la perspectiva política en torno a la cual trabajaba ya el pensamiento de Gramsci, la definición y determinación de unas directivas para la acción. Del mismo modo, en lo que concierne a las relaciones con el Partido Socialista, está superada en la carta la extenuante controversia, carente ya de sentido sobre la fusión y sus condiciones. Toda la cuestión parece situada en un nuevo plano, aquel en que, si reflexionamos, habría de moverse muchos años después" (P. Togliatti, *op. cit.*, págs. 241-242).

les, como representantes de las fábricas y no en nombre de un Partido, estudiasen la situación general, votasen mociones sobre los diversos problemas y eligiesen, antes de separarse, un Comité Central de las fábricas italianas. La conferencia tendría, como es natural, un puro valor de agitación y propaganda; nuestro Partido, que la organizaría, prepararía un temario que aborde el conjunto de las circunstancias y dé a las masas la impresión de un trabajo de conjunto, de una centralización. La cuestión me parece extremadamente importante y quisiera por ello que la discutiéseis colectivamente y en detalle, comunicándome vuestras opiniones, vuestras impresiones, las perspectivas que consideráis probables o posibles.

Estas son las cuestiones en que me ha hecho pensar la carta de Sraffa. La de Zini me lleva a reflexionar sobre otro problema. ¿Por qué se ha difundido hoy entre los intelectuales que en el 19-20 estaban activamente con nosotros, este estado de ánimo, de pesimismo y pasividad? Me parece que ello depende, en parte al menos, del hecho de que nuestro Partido no tiene un programa inmediato basado en la perspectiva de las soluciones probables que la actual situación pueda tener. Nos pronunciamos por el gobierno obrero y campesino, pero ¿qué significa esto hoy, concretamente, en Italia? Nadie sabría decirlo, porque nadie se ha cuidado de decirlo. Las grandes masas, de las que los intelectuales se hacen exponentes automáticamente, no tienen una orientación precisa, no saben cómo se podrá salir de la angustia actual, y por ello aceptan la solución del mínimo esfuerzo, la solución que ofrece la oposición constitucional-reformista. La carta de Sraffa es clara en este extremo. Zini es un militante más antiguo y no cree en la posibilidad de que el fascismo pueda ser destruido por Améndola, o por Giolitti,

o por Turatti, o por Bonomi: no cree en nada. Para Sraffa estamos en la situación del periodo 1915-17; para Zini apenas estaríamos en el año 1915, apenas habría estallado la guerra (textual), cuando todo era confusión y oscuridad completa. Pienso, por consiguiente, que se debe hacer un gran trabajo en esta dirección; trabajo de propaganda política y trabajo de investigación de las bases económicas de la situación. Deberíamos contemplar todas las probables soluciones que pudiera tener la presente situación y fijar para cada una de ellas una línea de acción. He leído, por ejemplo, el discurso de Améndola, que me parece muy importante; hay en él algunas alusiones que podrían tener ciertos desarrollos. Améndola dice que las reformas constitucionales propuestas por los fascistas plantean el problema de si en Italia no sería necesario separar la actividad constituyente de la normal actividad legislativa. Es probable que en estas alusiones esté contenido el germen de las directivas políticas de la oposición en el futuro Parlamento; el Parlamento, desautorizado y desacreditado ya por el mecanismo electoral del que ha resultado, no puede discutir reformas constitucionales, sólo una Constituyente puede hacerlo. ¿Es probable que recobre actualidad la consigna de la Constituyente? ¿Cuál sería en ese caso nuestra posición al respecto? En suma, la situación actual debe tener una solución política: ¿cuál es la forma que revestiría más probablemente esta solución? ¿Es posible pensar que se pueda pasar del fascismo a la dictadura del proletariado? ¿Qué fases intermedias son posibles y probables? Deberíamos hacer este trabajo de examen político, deberíamos hacerlo para nosotros, para las masas del Partido y para las masas en general. Soy de la opinión de que en la crisis que el país habrá de atravesar tendrá ventaja aquel par-

tido que haya comprendido mejor este necesario proceso de transición y que dará por ello a las masas impresión de seriedad. Desde este punto de vista somos muy débiles, sin duda más débiles que los socialistas que, bien o mal, llevan a cabo una cierta agitación y tienen además toda una tradición popular que los sostiene.

Justamente en el contexto de estos problemas generales se plantea hoy también la cuestión de la fusión. ¿Creemos posible llegar a las vísperas de la revolución con una situación como la actual? ¿Con tres partidos socialistas? ¿Cómo pensamos que se liquidará esta situación? ¿Se fusionarán los maximalistas con los reformistas? Es posible que esto suceda así, pero no creo demasiado en ello: el maximalismo querrá permanecer independiente para explotar la situación por cuenta propia. ¿Entonces? ¿Estableceremos una alianza, para constituir un gobierno soviético con los maximalistas, del mismo modo que la hicieron los bolcheviques con los socialrevolucionarios de izquierda? Me parece que si la situación llegase a presentarse, no sería tan favorable para nosotros como lo era para los bolcheviques. Es necesario tener en cuenta la tradición del PS, la ligazón que a lo largo de treinta años ha tenido con las masas; esto no puede resolverse ni con ametralladoras ni con pequeñas maniobras en la víspera de la revolución. Es un gran problema histórico que puede ser resuelto si desde hoy lo abordamos en toda su amplitud y si desde hoy iniciamos su solución. Creo que si constituimos fuertemente nuestro grupo, si desplegamos una actividad política y organizativa adecuada para mantener compacta la actual mayoría de nuestro Partido entre los izquierdistas irreductibles y los derechistas liquidadores, podríamos asu[illegible]ir y desarrollar automáticamente la táctica de la C[illegible]intern para la conquista de la mayoría del PS. [illegible]es una idea límite y una orientación, no ciert[illegible]

algo que se pueda realizar prácticamente. Se trata de conquistar la influencia sobre la mayoría de las masas que son influidas hoy por el PS; se trata de conseguir que, en caso de que se produzca un ascenso del movimiento obrero revolucionario, éste se organice en torno al PC y no al PS. ¿Cómo lograrlo? Será necesario hostigar al PS hasta que su mayoría venga con nosotros o se vaya con los reformistas. Es todo un proceso que debe ser dirigido por nosotros, que debe darnos a nosotros todas las ventajas activas, y no un hecho mecánico. Pienso por ello que vuestras últimas posturas son muy peligrosas: caemos nuevamente en la misma situación que teníamos desde el IV Congreso a junio. El episodio de la circular es muy instructivo. Circulares de tal género se envían solamente a muy pocos compañeros de extrema confianza, no a las organizaciones como tales; a las organizaciones, en la situación actual, se envían circulares "políticas", "diplomáticas".

¿El proceso de Roma no nos ha enseñado nada? ¿No habéis pensado que en muchos centros los "terzini" se han convertido en los verdaderos dirigentes de nuestro movimiento? ¿No habéis pensado que Vella y Nenni pueden haber tratado de introducir entre los "terzini" salidos del PS algunos de sus fieles? Estoy persuadido de ello, estoy seguro. Nenni ha estado en el Partido republicano, donde hay una cierta experiencia de intrigas, y por otra parte ha recogido, para su uso, los métodos organizativos de la Comintern. En el periodo 1921-22 visité muchas organizaciones nuestras; en Como, por ejemplo, centro de una región bastante industrializada, no teníamos ni un elemento organizativo; la federación tenía que ser administrada desde Sondrio. En Como, a causa de la actitud adoptada por Ronconi en Livorno, la masa comunista había queda-

do con el PS y más tarde se hizo "terzina". Pondría mi mano en el fuego en la seguridad de que en Como, por ejemplo, nuestro Partido está en manos de los "terzini" más o menos directamente, y que entre los "terzini" hay allí gente de confianza de Momigliano. Prueba de que sea así no tengo. ¿A quién se ha encomendado la tarea de la reorganización? A un "terzino" a quien se creía comunista y que no goza de simpatía alguna entre las masas. Al menos es esto lo que me ha escrito un amigo bien informado. El "terzino" ha recurrido a un comunista para la reorganización efectiva, pero el hecho demuestra: 1) que el Partido tiene un aparato de organización muy defectuoso; 2) que es posible la entrada en el Partido de afiliados socialistas que determinan una fuga de documentos.

Espero que el correo me traiga alguna comunicación a la que responderé inmediatamente.

Saludos afectuosos

Masci

Si tenéis la posibilidad, enviadme copia también de ésta y enviad copia a Urbani. En el nuevo apartamiento en que estoy apenas es posible escribir a máquina, lo que complica muchas cosas.

GRAMSCI A TERRACINI: LAS VIAS NACIONALES

Viena, 27 de marzo de 1924

N. P. 119

Querido compañero:

Cada semana te envío al menos una breve carta para no interrumpir la costumbre y porque siem-

pre tengo alguna petición tuya que responder o bien alguna petición que hacerte. Si con fecha del 20 no has recibido ninguna, quiere decir que ha habido algún extravío.

Las tesis debe redactarlas Palmi, como habíamos acordado, quien te las enviará inmediatamente; sin duda conoces ya, por su última carta, cómo habían decidido comenzar la discusión los compañeros de Roma. Te envío mi respuesta a esta carta.

En unos días veré a Ridel,[25] que se encuentra aquí, y le pediré aclaraciones sobre lo que afirma a propósito de la sección militar. Recuerdo que se ha hablado de este asunto, pero no se ha hecho nada. Nunca tuvo lugar en Turín la reunión de Samore, Chiarini, Pieraccini[26] y Ridel; Pieraccini nunca fue a Turín; Samore tenía desconfianza hacia Chiarini, que se nos había presentado, en octubre de 1919, como estudiante sin partido, para ver, solamente, cómo estaba organizado en Turín el círculo estudiantil y mostraba no comprender gran cosa de la cuestiones generales. Pieraccini, en julio de 1920, cuando fui a Florencia para asistir a la conferencia de los abstencionistas, me puso en guardia contra Chiarini, al que consideraba sin ambages como un espía y de quien me dijo era mantenido al margen de los estudiantes socialistas. Ridel se refería evidentemente a las conversaciones llevadas a cabo, que en sus propósitos, tal vez, deberían haber tenido como resultado la constitución de un comité. Te ruego me informes si has recibido hace tiempo una larga carta mía sobre Chiarini, en que te escribía todo lo que conozco sobre este gran tipo. Por los indicios parecería que esa carta no te hubiese llegado.

[25] Uno de los delegados de la Internacional.

[26] Samore pertenecía al grupo de los estudiantes comunistas de Turín, Pieraccini al movimiento estudiantil socialista de Florencia, Chiarini era uno de los delegados de la Internacional.

Sobre la cuestión del frente único y el gobierno obrero y campesino considero que los materiales hasta ahora conocidos y las orientaciones dadas por la Comintern corresponden en sus líneas generales a la situación y deben ser aprobados en bloque. La cuestión me parece que se plantea en rigor en los términos siguientes: "¿Han sabido aplicar concretamente los diferentes partidos, en los diversos países, con sus condiciones especiales, esta orientación?" A esta pregunta puede responderse: no. En ningún país se ha llevado a cabo una campaña sistemática y consecuente sobre esta consigna y me parece que radica en ello la debilidad del movimiento. Tomemos por ejemplo a Alemania, que, sin embargo, ha sido el campo de maniobra más dispuesto y adecuado para ello. La oferta de frente único hecha a los dirigentes de los partidos oportunistas no ha ido acompañada por toda esa acción sistemática que debería haberse desplegado cada día, en cada ocasión, entre las grandes masas. Se han escrito artículos teóricos, defendiendo el frente único en general, el gobierno obrero y campesino en general, pero estas consignas no se han ligado jamás a las situaciones que se sucedían rápidamente. Me parece que éste es un defecto general de todos nuestros partidos y sería necesario investigar sus causas para combatirlas. Una causa es sin duda el modo en que se entiende el llamado centralismo de la Comintern: hasta ahora no se ha logrado que existan partidos que sepan desplegar una política autónoma, creadora, que esté automáticamente centralizada por el hecho de que responde a los planes generales de acción esbozados en los congresos.[27] Por

[27] Se trata de la tesis de la imposibilidad de dirigir desde un centro único partidos diversos que operan en situaciones diversas, tesis que el movimiento comunista y obrero aceptará solamente tras un largo periodo de experiencias y elaboraciones.

ello creo difícil modificar la situación actual estableciendo la táctica obligatoria, porque esto se ha hecho ya en la práctica, sin frutos. Italia es un ejemplo. El problema es muy difícil; se liga, en último análisis, al desarrollo de la situación general, que es muy lento y tortuoso; me parece que entre tanto no podremos objetivamente hacer las cosas de manera muy diferente a como se han hecho hasta ahora.

¿Qué actitud debemos asumir políticamente? Esta es otra cuestión, y muy embrollada. Pienso que está en función de la mayor o menor solidez de nuestro Partido. Si antes del Quinto Congreso nuestro Partido se recupera de la crisis, si logra disponer de un núcleo constitutivo y un centro que, por su propia acción y no por reflejos internacionales, goce de la confianza de las masas italianas, podremos asumir una posición independiente y permitirnos también el lujo de criticar. Actualmente creo que conviene *louvoyer* todavía algún tiempo para no aumentar la confusión y la crisis de confianza y de prestigio que existe ya en gran escala.

No conozco las tesis búlgaras para hacer la confrontación que me indicas; en general tengo a mi disposición poco material. No se si las tesis alemanas y las búlgaras son tesis internacionales o si se refieren sólo a sus respectivos países. En Bulgaria, de hecho, habida cuenta de la fuerza que tiene todavía el partido de los campesinos, me parece difícil poder prescindir de la afirmación de la "etapa" necesaria del gobierno obrero y campesino, substituyéndola por la de dictadura. En Alemania, al contrario, me parece que la consigna directa que se ha adoptado es la de la dictadura: no puedo juzgar si esto es normal y corresponde a la situación: lo dudo. Me parece que tiene razón Maslov cuando no excluye que debamos volver nuevamen-

te a la carta abierta,[28] pero, repito, tengo poco material para poder enjuiciar. La situación alemana me parece todavía poco clara, tanto en el Partido como en el país. Evidentemente, es necesario apoyar a la izquierda, que representa el movimiento real de las masas revolucionarias: esa izquierda, sin embargo, ¿ha encontrado su justa expresión política e ideológica en los dirigentes actuales? Todo el problema reside aquí, en mi opinión, y podría dar lugar a crisis agudas y profundas, desconocidas aún en el Partido; podría también llevar al Partido al borde de la catástrofe. Nada es tan peligroso como un cambio radical de los dirigentes en vísperas —o en lo que se presume como tal— de la revolución. La alusión que haces a la petición dirigida por Kuussinen a Serrati parece demostrar que se duda de la izquierda, que se la rodea de un cordón sanitario: ¿Cómo te lo explicas? ¿Qué hay de real ahora en este vuelco acontecido en la central alemana? ¿Es una maniobra o un estado de necesidad que se trata de curar con medios homeopáticos?

Te agradecería que me informases sobre el estado actual de la cuestión Trotsky-Zinoviev.[29] Me parece que tendrá repercusiones en el Quinto Congreso y será necesario adoptar alguna actitud para afrontarlas. ¿Cómo se ha desarrollado, a este respecto, la discusión con los partidos polaco, francés y búlgaro? La cuestión me parece extraordinariamente interesante y preñada de incógnitas. Se presentan toda una serie de problemas de principio y de organización que antes o después deberán ser resueltos porque se plantearán ineluctablemente.

[28] De hecho Maslov y su grupo fueron alejados poco después de la dirección del Partido alemán por sus tendencias extremistas.

[29] Alude a la iniciación del debate político en el seno del Partido bolchevique que concluyó con el aislamiento de Trotsky.

Quisiera tener información sobre el particular y también tus opiniones. De todos modos, cada vez me reafirmo más en la convicción de que en nuestro país necesitamos trabajar para construir un Partido fuerte, política y organizativamente bien pertrechado y resistente, con un bagaje de ideas generales bien claras y bien firmes en las conciencias individuales, de modo que sea imposible la disgregación en cualquier choque con los problemas que surgirán, más numerosos y peligrosos cada día, con el desarrollo de la situación y el reforzamiento objetivo del movimiento revolucionario. Quizá fuese oportuno intercambiar opiniones largamente sobre estos problemas entre nosotros, para estar en condiciones de resolverlos cada vez que se presenten, con espíritu de equipo y seguros de contar con el apoyo de todo el grupo. Una de las grandes fuentes de la fuerza de los compañeros rusos es ciertamente ésta, de la misma manera que la falta de compenetración aparece, por el contrario, como una debilidad de otros partidos, que corren permanentemente el riesgo de disgregación, incluso de los núcleos constitutivos que parecían más sólidos.

Saludos cordiales

Masci

GRAMSCI A TERRACINI: PARTIDO Y SINDICATO

Viena, 19 de abril de 1924

Querido Urbani:

Quiero explicar mejor lo que he querido decir a propósito de la acción sindical que deberíamos

desarrollar, para que no surjan malentendidos y dañosos equívocos. Dada mi larga ausencia de Italia y la carencia de impresiones concretas y detalladas, que en estas cuestiones son indispensables, me cuidaré siempre mucho de sugerir determinadas formas de organización, especialmente ilegales. Someto únicamente a la discusión de los compañeros este problema concreto: en Italia ya no existe hoy siquiera un mínimo de acción snidical centralizada. La CGIL y todas sus organizaciones han caído en letargo, aplican plenamente la táctica de la pasividad, de dar tiempo al tiempo, etc. Nosotros, por principio —y por toda una serie de consideraciones prácticas que hoy vienen en apoyo de ese principio—, no queremos crear una nueva central sindical. Sin embargo, es necesario hacer algo; las masas obreras están tranquilas relativamente; continuamente tienen lugar huelgas aisladas. Si nosotros ponemos en vigor, en toda su extensión, las normas de organización de las células de fábrica, si nosotros, como tú también convienes, convocamos la Conferencia de obreros de fábrica, en un momento dado, aunque no lo queramos, nos encontramos ante la necesidad de desplegar una verdadera y definida acción sindical. Si creamos en la fábrica una fuerza política no podremos evitar que ésta se convierta automáticamente en el centro, en la representación de toda la fábrica, y que los trabajadores esperen de ella consignas y directivas. Esta acción será una verdadera y auténtica acción sindical: deberá plantearse los mismos e idénticos problemas que se planteaban en el pasado los Consejos de las ligas. Nosotros, dada la ausencia de los organismos oficiales, deberemos satisfacer todas las exigencias de las masas. ¿Qué hacer, pues? ¿Renunciar también a la organización y a la agitación porque de ellas, en un cierto punto del desarrollo,

se derive la necesidad de una acción real y verdadera? Ciertamente, no. Por lo tanto es menester resolver el problema y encontrar una forma que contenga esta sustancia en las condiciones que se dan en Italia. Este es el terreno de discusión que he planteado en sus términos más generales. Porque no queremos crear una nueva central sindical, la organización deberá ser, evidentemente, ilegal; luego tendremos prácticamente un real y verdadero sindicalismo ilegal. ¿Que es peligroso? Sin duda. Pero en general no podremos evitarlo si queremos trabajar. ¿Crees que las grandes masas se preocupan mucho de los intercambios de notas entre comités sindicales de diferentes partidos? Eso es útil para los comités mismos y para un proselitismo restringido de obreros simpatizantes que en tiempos menos ásperos ingresarán en el partido; pero no sirven en absoluto para influir a las grandes masas. Estas sólo pueden sentir la eficacia de la acción práctica, que únicamente puede desplegar una organización extendida en el seno de esas mismas grandes masas. ¿Cuál es la debilidad principal de la clase obrera italiana? El aislamiento, la dispersión; nosotros deberíamos luchar contra este estado de cosas. Evidentemente, no podemos aspirar a grandes resultados inmediatos. Pero pondré un ejemplo: si dispusiésemos ya de una organización difundida en las fábricas, es indudable que a través de una campaña metódica y sistemática se conseguiría obtener para el Primero de Mayo una buena afirmación de existencia. ¿Cómo se crea entre los trabajadores la convicción de que existe ya una centralización, de que en todas las fábricas se lleva a cabo el mismo trabajo, de que se puede intentar un movimiento sin que ninguna fábrica pueda temer permanecer aislada y por lo tanto ser golpeada? A través de múltiples medios que en su con-

junto producen la sensación requerida. Es preciso, en mi opinión, hacer que nuestros grupos voten mociones sobre los acontecimientos actuales, en nombre de todo el personal de la fábrica A, B, C, etc.; nuestros periódicos las publicarán, los obreros leerán y se enterarán. Y así sucesivamente. Creo que hay que encontrar toda una técnica nueva de agitación y propaganda y también de organización. Hay que conseguir que una gran parte de las masas se habitúe a las acciones ilegales, a guardar el secreto, etc.; pienso que en este campo los trabajadores han dado muchos pasos adelante a través de una dura experiencia. Tanto es así que, en mi criterio, se debería plantear sin rodeos el problema de organizar una manifestación pública en Turín, Milán o cualquier otra gran ciudad. Dirás que es exagerado. No estoy hablando en broma. Pienso que si en Turín y en Milán consiguiésemos concentrar en un punto dado de la ciudad, con una organización bien dispuestas, a 50.000 obreros, no sucedería ninguna catástrofe y la cosa tendría enorme repercusión. Es cierto que pensar hoy en una cosa así sería de locos, pero afirmo que en el desarrollo de la actividad que he enunciado más arriba deberíamos insertar el problema de alcanzar un resultado de tal género.

Creo haberme explicado suficientemente. De todos modos, ten presente que propongo estas consideraciones a la discusión de los compañeros y nada más. Pienso que no son en absoluto utópicas. Es necesario salir de la situación actual, que a fin de cuentas se limita a intercambios de cartas y a reuniones de los comités. Indudablemente es muy necesario reflejar, ponderar, encontrar las mejores formas de organización, habituar a los compañeros al trabajo concreto, etcétera.

En suma, es preciso comenzar y, en todo caso,

comenzar a discutir entre nosotros para tener ideas claras y directrices concretas. Creo que al menos en esto estarás de acuerdo.

Fraternalmente

Sardi

GRAMSCI A JULIA SCHUCHT: EL CRIMEN MATTEOTTI

(Roma), 22 de junio de 1924

Queridísima Iulka:

He estado esperando poder ponerme en camino y mi partida ha ido aplazándose un día tras otro: de ahí que no te haya escrito, pensando que yo mismo llegaría antes que la carta. ¿Saldré al fin, quiero decir, podré hacerlo en los próximos días? No lo sé y por ello he querido escribirte para que de todos modos me sientas a tu lado, querida mía, para que sienta mi amor que la abrazo estrechamente.

He vivido jornadas inolvidables y continúo viviéndolas. Por los periódicos es imposible hacerse una idea exacta de lo que está ocurriendo en Italia. Caminábamos sobre un volcán hirviente; de pronto, cuando nadie lo esperaba, y especialmente los fascistas, archiseguros de su infinito poder, el volcán,[30] ha entrado en erupción, liberando un inmenso torrente de lava ardiente que ha invadido todo el país, volteando al fascismo de arriba abajo. Los acontecimientos se desarrollaron con rapidez fulminante, inaudita; de día en día, de hora en hora cambiaban las

[30] La chispa fue provocada por el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti por los fascistas.

situaciones, el régimen era atacado por todas partes, el fascismo quedaba aislado en el país y se respiraba su aislamiento en el pánico de sus dirigentes, en la fuga de sus partidarios. Fue un trabajo febril; era necesario adoptar disposiciones cada hora, dar directrices, tratar de imprimir una dirección al torrente popular desbordado. Hoy, la fase aguda de la crisis está aparentemente superada. El fascismo toca generala desesperadamente para reagrupar sus fuerzas que, si bien reducidas, continúan dominando, respaldadas como están por todo el aparato estatal y por las condiciones de increíble dispersión y desorganización en que se encuentran las masas. Pero nuestro movimiento ha dado un gran paso adelante: el periódico ha triplicado la tirada; en muchos centros, nuestros compañeros se han puesto a la cabeza de las masas y han intentado desarmar a los fascistas; nuestras consignas son acogidas con entusiasmo y recogidas en las mociones votadas en las fábricas; en estos días creo que nuestro Partido se ha convertido en un verdadero partido de masas. He participado en las reuniones de todos los grupos de oposición parlamentaria, que para la opinión pública constituían el centro dirigente del movimiento general. Grandes palabras, pero ninguna voluntad de actuar; un miedo increíble a que nosotros les desbordásemos y, en consecuencia, maniobras para obligarnos a abandonar la reunión. ¡Cuántas experiencias he reunido en estos días! He visto de cara a la "pequeña burguesía" con todos sus típicos caracteres de clase. Su sector más repugnante es el que integran los populares y los reformistas (por no hablar de los maximalistas, pobres gentes de casa tronada); los más simpáticos eran Améndola y el general Bencivenga, de la oposición constitucional, que se declararon en principio favorables a la lucha armada y dispuestos también (al menos de palabra) a ponerse a las órdenes de los comunistas si éstos estuviesen en condiciones de organizar un ejército contra el fascismo. Un diputado demócrático social (se trata de un partido siciliano que reúne a latifundistas y campesinos), que es *duque*, Colonna di Cesarò, ministro de Mussolini hasta el mes de marzo, declaró ser más revolucionario que yo porque hace propaganda del terror individual contra el fascismo. Todos, naturalmente, contrarios a la huelga general propuesta por mí y a hacer un llamamiento a las masas proletarias.

La situación es todavía agudísima. Ha habido ya una tentativa de golpe de Estado por parte de los fascistas extremistas, desbaratada por una amplia concentración de soldados y carabineros. Corren los más extravagantes bulos. Ciertamente, en estos días puede ocurrir cualquier cosa, que podría incluso ser un golpe de mano militar. Políticamente la situación no está resuelta, ya que la oposición no quiere volver al Parlamento mientras no sean detenidos algunos dirigentes fascistas responsables. Por esto no podré pensar en partir durante algunos días más. Pero mi viaje se realizará pese a todo, porque será necesario que en Moscú estén informados de la situación real y de las necesidades de nuestro movimiento, que ha de hacer frente a tareas inmensas.

¡Cuántas dificultades se interponen a nuestra felicidad, querida mía! Pero las venceremos todas, cumpliendo entre tanto con nuestro deber. Qué contento hubiese estado, de haberte tenido conmigo estos días. Me hubieses ayudado, tus caricias habrían calmado mis nervios y mi cabeza, que me duele siempre. Tendremos que resolver nuestra situación; en cuanto estés en condiciones de poder hacerlo, deberías decidirte a venir a Italia para

estar junto a mí. Hubiese querido tener noticias de tu salud en estos días, que preceden en poco tiempo al nacimiento de nuestro pequeño, estar seguro de que te encuentras bien, de que te sientes fuerte y de que mi retraso no te ha inquietado [...] ¡Qué felices seremos cuando volvamos a vernos! Comenzará una nueva vida para nosotros, que nos hemos hecho más fuertes y mejores en estos meses de espera. Te besa, queridísima mía,

Antonio

He conseguido averiguar la dirección de tu hermana. Iré a saludarla en cuanto me sea posible.

GRAMSCI A JULIA SCHUCHT: EL INTENSO TRABAJO DE ORGANIZACION

21 de julio de 1924

Queridísima Iulka:

He recibido tu carta del 6-13 de julio; recibí también una carta de Bianco que me habla de ti. Transcurren unos días descoloridos y melancólicos. Los acontecimientos se han coagulado gelatinosamente; en el país se lleva a cabo un trabajo enorme entre las masas de la población, en todas las clases, pero se produce molecularmente, en forma no visible, y por ello exige una tensión enorme para ser comprendido y dominado. Se pueden cometer (y desdichadamente se cometen) errores gravísimos, aun sin quererlo, porque la situación es distinta de una región a otra y para ser controlada y encauzada requeriría de un gran partido habituado al trabajo sistemático, que estuviese en

condición de responder con todos sus elementos constitutivos a los impulsos del Centro. La temperatura es tórrida y sufro nuevamente de insomnio, de decaimiento; pensar me fatiga, el trabajo me deja los nervios en condiciones deplorables. Hay muchas cosas que debería hacer y no lo consigo. Pienso en ti, en la dulzura de quererte, de saberte tan próxima aunque tan lejana; querida Iulka, a pesar de estar tan lejos tu pensamiento me ayuda a ser fuerte. Pero mi vida no podrá ser normal en tanto estemos separados: mi amor por ti es parte de mi personalidad en demasiada medida para que pueda sentirme normal sin tu presencia. Quizá contribuya a ello un poco de cansancio y el recuerdo del equilibrio que en mí existía en el periodo de nuestra felicidad. Pero creo que esto es también en general justo; no es posible despedazarse y trabajar en una sola actividad, la vida es unitaria y cada actividad se apoya en las demás; el amor enriquece toda la vida, ¿no es cierto?, crea un equilibrio, una mayor intensidad en las otras pasiones y los otros sentimientos. Pero no quiero entrar en doctrinas. Quisiera contarte muchos episodios, muchas pequeñas cosas que te darían una impresión del ambiente y del momento que atraviesa Italia. Había acumulado muchos recuerdos para relatártelos, una vez junto a ti y no sé decidirme a escribírtelos; me parece que así resultarían estúpidos e insignificantes. Probaré quizá en otra ocasión y comenzaré como un diario, desde mi llegada a Italia, mi viaje en ferrocarril de Tardis a Milán por Venecia; mis conversaciones con un fascista que quería anexionar a Italia Niza, la Saboya, Malta y el cantón de Tesino, y al que hice perder la cabeza haciendo el juego del nacionalista sardo y demostrándole científicamente que una Italia fascista habría perdido Cerdeña; el des-

dichado no sabía responder a mis argumentos de fascista sardo y se retorcía desesperadamente para convencerme de que estaba equivocado; me divertí enormemente. Más tarde escuché la conversación de un industrial sedero de Schio con un propietario de tierras de Padua que, en cambio, me impresionó de modo siniestro por la seguridad y la fuerza que los interlocutores demostraban. Luego una reunión ilegal del Partido —fingiendo una excursión turística a la montaña— de empleados de una empresa de Milán: todo un día de discusiones sobre las tendencias, sobre la táctica y, durante la comida en el albergue, lleno de excursionistas, discursos fascistas, himnos a Mussolini, comedia general para no despertar sospechas y no ser molestados en las reuniones, celebradas en un bellísimo valle, blanco de narcisos. Y más y más aún: el florecer de claveles rojos en el pecho de los obreros romanos la noche que se difundió la consigna del Partido de huelga general; regresaba a casa hacia medianoche y todo el barrio de Porta Pía, que atravesaba, era un hormiguero de trabajadores con el clavel rojo al pecho, dominando las calles: en la periferia de la ciudad imperaba un aire de insurrección mientras en el centro los fascistas intentaban sembrar el pánico con sus pelotones, la bayoneta calada, pelotones que desaparecían cuando avistaban una compañía de soldados prestos a disparar. Pero... me he sentido un poco melancólico al regresar a Italia y comprobar en seguida una situación mejorada hasta este punto; al captar solamente a través de los relatos las impresiones del terror pasado en los momentos más agudos del fascismo; al conocer por los demás la caza que los fascistas, creyéndome en Turín, emprendieron contra mi sombra y las palizas y bayonetazos que por mi cuenta sufrió mi hermano, que perdió un dedo y la mitad de su sangre. Estoy seguro de que no me habrían cogido, pero hubiera querido probar la emoción de sentirse rabiosamente perseguido y esquivar esa rabia impotente.

Imagínate hoy: vivo en un hotelito de la calle Vesalino, en el cruce de la Vía Nomentana, con una familia alemana que todavía no sabe exactamente mi nombre e ignora que soy diputado comunista; hago el papel de profesor serio, me tienen en gran consideración y me dejan tranquilo de modo exasperante.

Quisiera contarte muchas cosas, pero te las diré todas de palabra —¿no es cierto?— haciéndote reír y reír, y te las contaré interrumpiéndome de cuando en cuando para darte un beso, un tierno beso en la oreja o en la nuca, para abrazarte, porque no podré hacer de otro modo, porque me parece imposible que podamos estar juntos sin recordar a cada momento que nos queremos mucho, aunque seamos personas serias que luchan y trabajan y que tienen, también, un hijo.

Queridísima Iulka, te quiero muchísimo y te abrazo estrechamente,

Antonio

Tu hermana está bien: aún no he conseguido hablar con ella porque se encuentra en los baños, no sé dónde. Ha estado recientemente enferma en la clínica Bastianelli, en el Policlínico; cuando supe su dirección y pasé por el Policlínico ya se había repuesto y había marchado a los baños, a Pescara, según decían algunos, o a Toscana, según otros. Le transmitiré la dirección apenas consiga encontrarla de nuevo; es conocida en la Embajada rusa, donde creo que se ha hecho registrar como ciudadana de la URSS (es decir, de la SSSR).

L'Ordine Nuovo ha sufrido una interrupción, reaparecerá en unos días.

GRAMSCI A JULIA SCHUCHT: LA CRISIS DEL FASCISMO

4 de agosto de 1924

Queridísima:

He recibido tu carta del 28 de julio y pienso que cuando recibas ésta tal vez toda tu vida habrá cambiado. Quisiera escribirte muchas cosas, pero la semana pasada he emborronado una carta con la que temo haberte dado la impresión de estar de nuevo un poco tonto. Sin embargo, no debes impresionarte, nada grave ha sucedido. Algunas veces, pensando en ti y en la felicidad que hubiéramos podido vivir juntos, me siento un poco melancólico y paso de la fase "lobo sentimental" a la fase "oso en la caverna". Pero los acontecimientos en que estoy inmerso se encargan de arrojarme el jarro de agua fría. La situación es hoy más clara y seguirá esclareciéndose de día en día. Están a la vista grandes novedades, a mi juicio. Hay un plazo de vencimiento en octubre con motivo del cual se habla ya de sacar los fusiles: todos se preparan afanosamente. Los fascistas, en los espasmos de una crisis mortal, cometen error sobre error: problablemente cometerán también el de provocar antes de octubre un movimiento para romperlo. De todos modos hemos entrado en una fase activa y tengo la impresión de que los fascistas resultarán destrozados ellos mismos; pero... no en nuestro beneficio inmediato; atravesamos una ola de democratismo fanático, reacción psicológica a los tres años de terror, que repercute también contra nosotros, aun cuando nuestro Partido se refuerza y afluyen constantemente nuevos miembros a nuestras filas.

Antonio

GRAMSCI A JULIA SCHUCHT: LA DISTANCIA ENTRE LAS NECESIDADES DE LA SITUACION Y LA FUERZA DEL PARTIDO

18 de agosto de 1924

Queridísima Iulka:

He recibido tu carta del día 6, vísperas de una nueva vida para nosotros. ¡Cómo quisiera estar contigo! Mientras escribo quizá haya nacido ya nuestro pequeño, quizá esté junto a ti y puedas acariciarlo después de haber sufrido para darle la vida. Por eso mi alegría es un poco melancólica. Cuántas cosas que no puedo saber, quisiera saber. ¿Pero qué importa saber, si es imposible sufrir contigo? Me parece ser un privilegiado, porque la suerte sólo me deja aquello que puede hacerme feliz; pero mi amor por ti es demasiado fuerte, demasiado intenso, me siento vivir contigo tan estrechamente unido que no consigo liberarme de estos opresivos fantasmas. Y mi felicidad tiene así el rostro alargado y se siente un poco triste.

Tengo mucho que hacer, pero esta clase de trabajo no es la más adecuada para absorber toda la vida y todos los pensamientos. Los acontecimientos se desenvuelven implacablemente; entre tanto es preciso reorganizar el Partido, que es débil y trabaja muy mal en su conjunto. Formo parte del

Centro político y soy secretario general; debería ser también director del periódico, pero no me alcanzan las fuerzas. No puedo trabajar mucho todavía. Sería preciso tener ojos para todo, seguirlo todo. Mañana saldré para Milán y Turín a fin de ver cómo funcionan estas dos organizaciones, las mayores que tenemos. Carecemos de trabajadores responsables, especialmente en Roma; las reuniones a que he asistido producen satisfacción por el cuadro de buena voluntad y de ardor de los compañeros, pero también pesimismo por la falta de preparación general. La situación es óptima para nosotros; la oposición organiza un movimiento militar y arman... a nuestros compañeros. El fascismo se está quebrantando, parece enloquecido, no acierta a encontrar una medida política que le reporte utilidad. Todo se vuelve contra ellos. Pero la evolución de los acontecimientos será relativamente lenta, porque nosotros somos todavía muy pocos y muy mal organizados [...].

Antonio

GRAMSCI A JULIA SCHUCHT: EL DESARROLLO DEL PARTIDO

(Roma), 18 de septiembre de 1924

Queridísima Iulka:

[...] Debería trabajar mucho; no siempre consigo hacer cuanto debiera. Hasta hace pocos días estaba bastante tranquilo; podía moverme con una cierta tranquilidad, aunque con mucha prudencia. Todas las semanas podía celebrar tres o cuatro reuniones con los organismos dirigentes del Partido o bien con las organizaciones locales de los compañeros. Reuniones muy interesantes, especialmente las realizadas con la masa obrera. Conversaciones, discusiones, informaciones, problemas a resolver, cuestiones de principio y de organización a sistematizar. La afluencia hacia nuestro Partido es grandísima: en unos meses de propaganda hemos casi triplicado los miembros, el periódico ha crecido en un 120 por ciento en relación a la tirada de hace tres meses, nuestra literatura es muy buscada, las organizaciones sindicales se reconstruyen en torno a nuestras células. Es impresionante la audiencia que encuentra nuestra propaganda entre los campesinos. Nuestra sección agraria había impreso 2.000 tarjetas para una asociación nacional de defensa de los campesinos; solamente de la provincia de Siena solicitaron 5.000. Naturalmente, esto no quiere decir que hayamos superado las dificultades. El Partido continúa, de hecho si no de derecho, siendo ilegal; cualquier reunión que sea sorprendida es disuelta y los compañeros detenidos y encarcelados por algunos días. Es preciso ser muy prudentes en las relaciones con los compañeros que trabajan en los centros del Partido para evitar su descubrimiento, el secuestro y la dispersión de los archivos y los papeles. Tras la muerte del diputado fascista Casalini, a mí, a quien antes dejaban tranquilo, me han comenzado a vigilar; por aquellos días fui reconocido por un fascista turinés que me denunció a una compañía de amigos suyos; la policía, "para defenderme", comenzó a seguirme, es decir, a dificultar mis movimientos y a obligarme a gastar dinero en automóviles para ir a reuniones a las que antes iba en tranvía. No puedo escribirte muchas cosas porque no me fío del correo; las experiencias que estamos acumulando en Italia son extremadamente inte-

resantes y plantean continuamente nuevos problemas a resolver. En estos días se están realizando numerosos congresos provinciales que nos darán un cuadro de nuestras fuerzas y nuestra capacidad de lucha; así podremos establecer un programa concreto de trabajo, más preciso y sistemático de todo lo que hasta ahora hemos hecho [...].

Antonio

GRAMSCI A JULIA SCHUCHT: EL HURACAN HISTORICO

(Roma), 10 de noviembre de 1924

Queridísima mía:

He regresado de Cerdeña hace tres días; he encontrado dos cartas tuyas. Para contarte todas las impresiones de estos días habría de escribirte un libro entero. Los acontecimientos se suceden vertiginosamente y, sin embargo, se presentan en forma tan caprichosa y pueril, que para dar de ellos una valoración comprensible a quien no vive en Italia, inmerso en el ambiente, haría falta una exposición sistemática de la psicología del fascismo, fase aguda de la civilización burguesa en descomposición galopante, cuando el proletariado no tiene todavía la organización suficiente para tomar el poder. La desmoralización, la cobardía, la corrupción, la criminalidad asumen grados inauditos; cuatro mozalbetes y cuatro idiotas aparecen como la expresión política de la situación y plañen o enloquecen bajo el peso de la responsabilidad histórica que de improviso gravita sobre sus hombros de *dilettantes* ambiciosos e irresponsables; la

tragedia y la farsa alternan en escena sin conexión alguna; el desorden alcanza grados que parecían imposibles a la fantasía más desenfrenada. A veces me veo también yo como una brizna en medio de este huracán histórico, pero tengo bastante energía para mantener toda la frialdad posible y para hacer cuanto considero justo [...]

Querida mía, apenas consigo imaginarme padre; quizá dependa de eso. En mi tierra natal he jugado mucho con una sobrinita mía de cuatro años; como había tenido miedo de algunos cangrejos cocidos, le hice vivir toda una novela en que entraban 530 cangrejos malos mandados por su general Masticabrodo, asistido por un Estado Mayor brillantísimo (la maestra Sanguisuga, el maestro Scarafaggio, el capitán Barbablu, etc.) y un pequeño grupo de cangrejos buenos, Farfarello, Patapun, Barbabianca, Barbanera, etc. Los malos pellizcaban las piernas con mis manos, los buenos acudían en triciclo armados de asadores y escobas para defenderla; los chuf, chuf del triciclo alternaban con los escobazos, con diálogos de ventrílocuo, y toda la casa se llenaba de aquella sociedad de cangrejos en acción, en medio del estupor de la pequeña que creía todo y se apasionaba en el desarrollo de la novela creando ella misma nuevos episodios y nuevas peleas. He vivido un poco de mi infancia y me he divertido así, durante tres días, mucho más que recibiendo las visitas de las notabilidades locales, incluidas las fascistas, que venían a visitarme con gran sosiego y solemnidad, congratulándose de que yo fuese... un diputado, aunque fuese comunista. Los sardos se sienten honrados... ¡eh!: ¡ánimo *paris!*, ¡adelante Cerdeña! Francamente divertido, sin duda. Pero vinieron también los afiliados de la Sociedad Local de Socorros Mutuos de artesanos, obreros o campesinos, poniendo por

delante su presidente, que no hubiera querido comprometer el apoliticismo de la asociación, y me formularon muchas preguntas: sobre Rusia, sobre el funcionamiento de los Soviets, sobre el comunismo, sobre lo que significan capital y capitalistas, sobre nuestra táctica respecto al fascismo, etcétera. Esta reunión fue muy interesante porque me dio la medida de los prejuicios extendidos y del atraso del campo italiano, me proporcionó también una prueba de la impaciencia que existe y de la inmensa influencia que ejerce Rusia: "¡Todos queremos ser rusos!"; incluso el presidente, aun con muchos "¡Eh! ¡Eh!", terminó por estar de acuerdo. Cuando ponga un poco de orden en mis recuerdos te relataré algunos episodios característicos de la vida que he encontrado; estoy abrumado de ocupaciones y arranco un minuto a mis andanzas de una a otra punta de Roma. Un compañero sale de viaje dentro de unos días y te llevará jabón de Marsella (he enviado un paquete por correo y otro lo he enviado por un viajero); te llevará también un gorrito sardo, del pueblo de Desulo, que me parece muestra una extraña semejanza entre los kirguises y los montañeses de Barbagia (Barbagia = Barbaries). Te abrazo estrechamente, querida mía

Antonio

GRAMSCI A JULIA SCHUCHT: MAS SOBRE EL DESARROLLO DEL PARTIDO

(Roma), 26 de noviembre de 1924

Queridísima:

Hace casi un mes que no tengo noticias tuyas.

He tenido que alejarme otra vez de Roma y justamente en los días del correo, por ello he saltado una carta. Dentro de algunos días partiré de nuevo y estaré en Milán por lo menos una quincena. Trabajamos afanosamente. La situación se ha reajustado por el momento en una forma que nos obliga a una actividad minuciosa, pero gigantesca en su conjunto. El proletariado despierta y recupera la conciencia de su fuerza; la recuperación entre los campesinos es todavía mayor, su situación económica es espantosa; pero la organización de masas es todavía difícil y el Partido en su estructura de células y grupos de aldea es lento en el trabajo y en los movimientos. El Centro del Partido ha de intervenir continuamente sobre el terreno, estimular y controlar el trabajo, asistir a los compañeros, orientarles, trabajar con ellos. Hemos llegado a ser muy fuertes; hemos logrado organizar mítines públicos ante las fábricas en presencia de 4.000 obreros que aclamaban al Partido y a la Internacional. Los fascistas no infunden ya tanto miedo; en ocasiones, tras un mitin las masas marchan en columna, al asalto de la casa de cualquier dirigente fascista. La burguesía está disgregada: ya no es capaz de darse un gobierno de su confianza y debe aferrarse desesperadamente al fascismo; las oposiciones languidecen y en realidad sólo trabajan para obtener de Mussolini un respeto mayor de las formas legales.

He recibido una carta de un grupo de compañeros italianos que han querido festejar contigo el aniversario de la Revolución de Octubre; la carta tenía un cierto tono de solemnidad que me ha divertido, era por otra parte muy sincera sin duda; quisiera saber por ti cómo se han desarrollado estas ceremonias. Me sentiría verdaderamente contento si el pequeño, para demostrar su ale-

gría, hubiese dejado alguna huella sobre alguno de los celebrantes; no creo con ello ofender en nada la dignidad del pequeño ni hacer agravio a la buena educación que tú habrás tratado de imbuirle [...]

Antonio

GRAMSCI A JULIA SCHUCHT: EL PUNTO CRITICO DE LA SITUACION

(Roma), 1 de junio de 1925

Queridísima:

Recibí tu carta del 10-21 de mayo y no sé si tú has recibido ya las dos últimas que he expedido. Creo que se ha producido un poco de desorden y de confusión en este periodo, tanto para mí como para ti, en la distribución de la correspondencia.

En lo que a mí respecta, la vida se desenvuelve aparentemente tranquila, es decir, no tienen lugar grandes escenas dramáticas. Los acontecimientos se desarrollan todavía de manera implacable y es preciso fijar en ellos toda la atención para seguirlos, comprenderlos, y tratar de guiarlos. En el país, las fuerzas sociales activas se alinean preferentemente con los fascistas o con nosotros; los partidos intermedios mueren lentamente. La crisis les alcanza a todos. En algunos círculos intelectuales, en que parecía que nosotros no podríamos penetrar de ninguna manera, comienzan ya a oirse voces solicitando el frente único con los obreros revolucionarios. Nuestros progresos en la organización de la clase obrera son más acentuados de día en día. De esta manera nos encontramos cada vez

más cerca de una serie de puntos críticos: 1) la amenaza por parte de los reformistas —que no quieren permitir la pública demostración de que somos el partido obrero relativamente más fuerte— de llegar a la escisión sindical; 2) la amenaza de los fascistas de rompernos las costillas, por la misma razón; 3) un trabajo interno de la extrema izquierda del Partido para crear un fraccionalismo. Somos demasiado fuertes para no desplegar iniciativas que conducen a la revelación de nuestra fuerza, y somos todavía demasiado débiles para estar en condiciones de afrontar de lleno un choque.

Por ello la tranquilidad aparente está entretejida de ansiedad y tensiones continuas. Y estoy solo, querida mía... Siento esta soledad más que ninguna otra cosa, incluso por la organización ilegal del Partido que obliga a un trabajo individual e independiente. Trato de evadirme de este desierto puramente político visitando frecuentemente a Tatiana, que me recuerda a ti. Pero no puedo compensar tu ausencia de ningún modo. Cuantas escenas presenta a mis ojos el mundo que me rodea, me recuerdan a ti y a Delio, y me hacen sentir más agudamente mi infelicidad. Además no me es posible sumergirme en el trabajo del Partido como quisiera y sería necesario. El calor que comienza a hacerse sentir me enerva y me ha vuelto a producir insomnio crónico. Pero no importa... Todo pasará, porque estoy seguro de que tú vendrás a Italia y de que será posible que todas nuestras fuerzas se desplieguen y se afirme toda nuestra personalidad, asistiendo juntos al desenvolvimiento de la vida de Delio. Te abrazo muy, muy fuerte, querida mía, junto con nuestro pequeño.

Antonio

Este libro se terminó de imprimir el día 3 de agosto de 1973 en los talleres de Imprenta de Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, México 11, D. F. Se imprimieron 2 000 ejemplares más sobrantes para reposición. Fecha de edición: 10 de agosto de 1973.



